

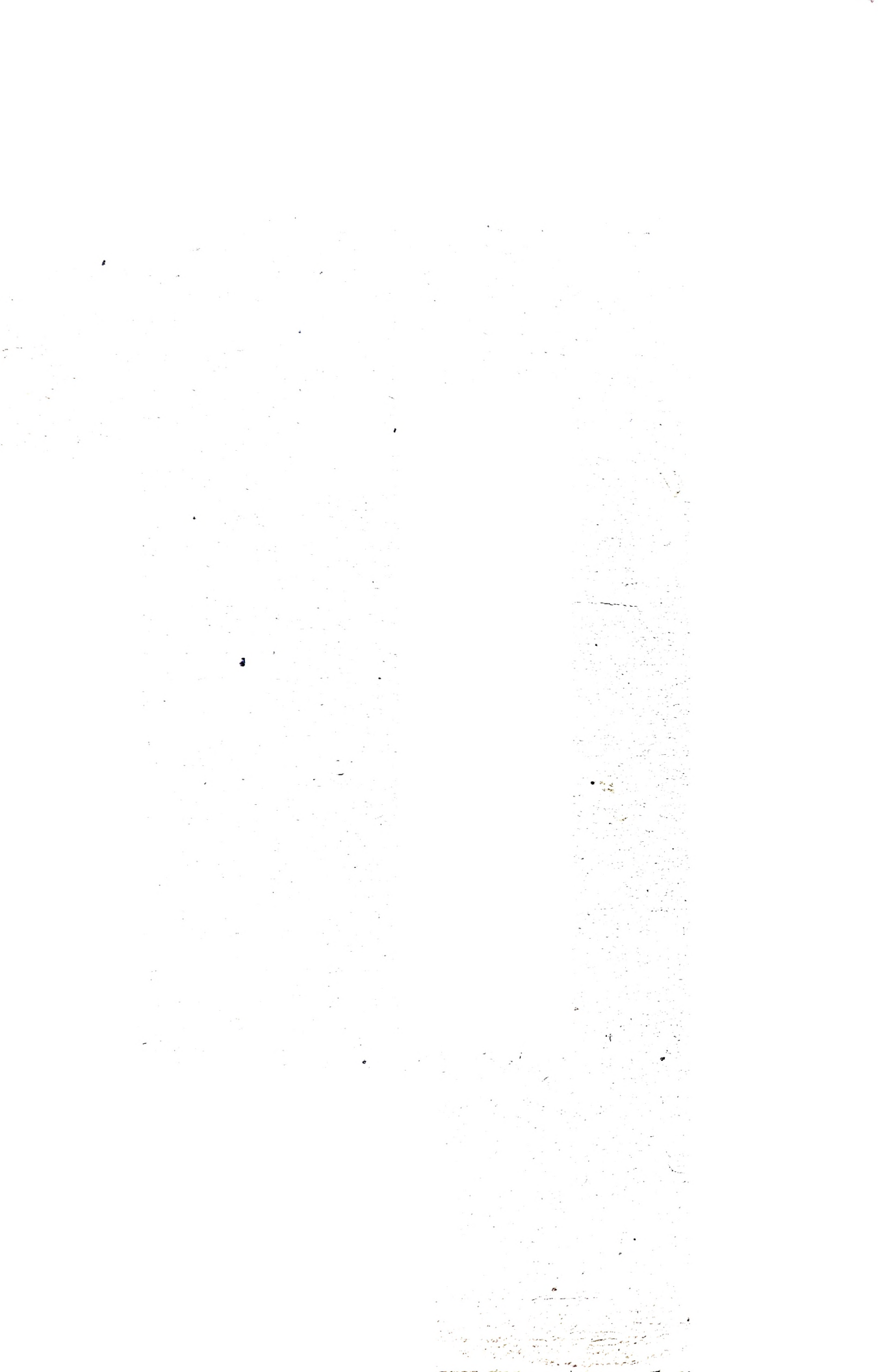
Laura Cortinas

CARMITA

NOVELA

Montevideo

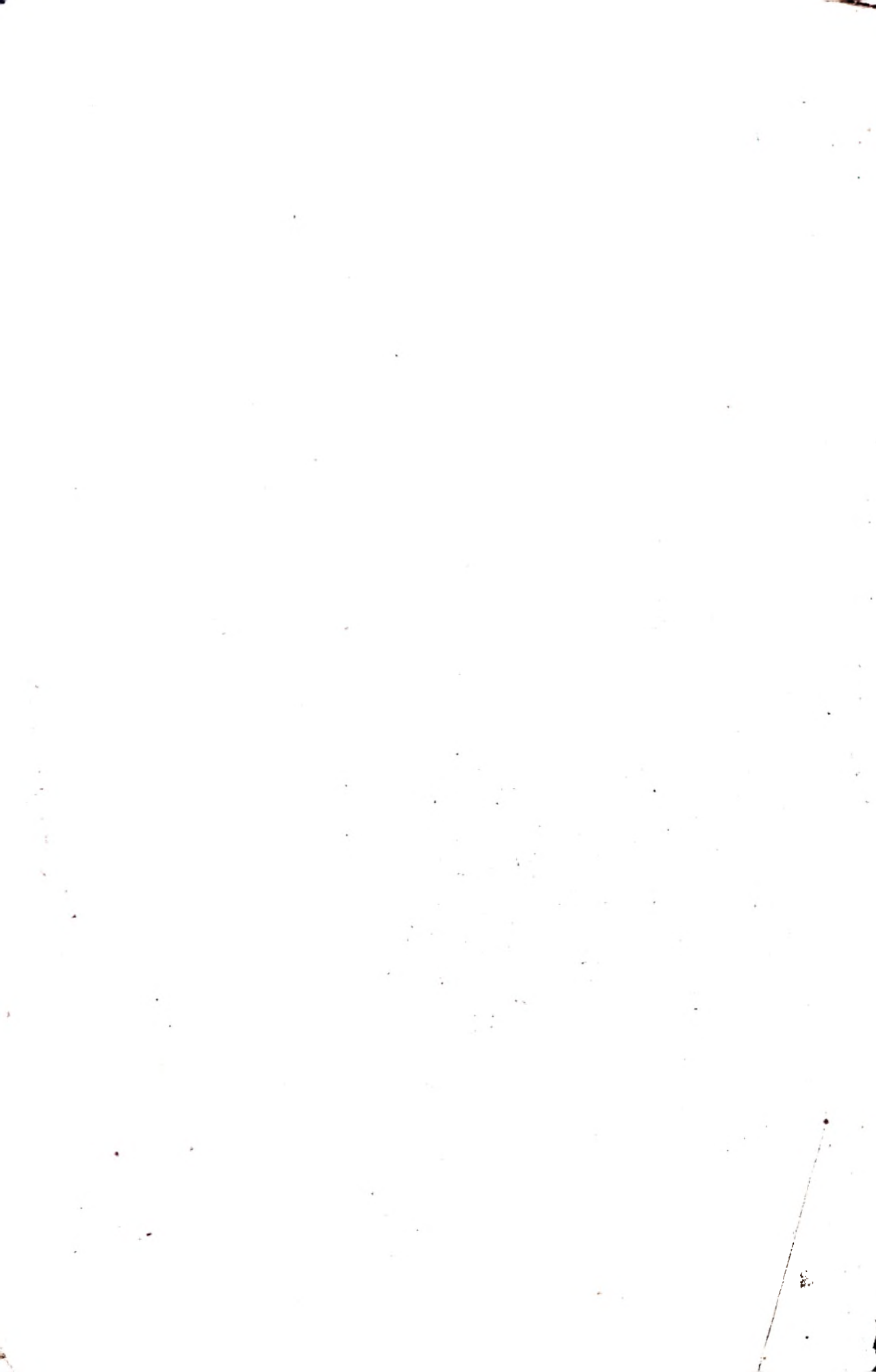
1927



Donacion
El Galzotto



CARMITA



Laura Cortinas

CARMITA

NOVELA

TALLERES GRAFICOS

José Florensa

Cerrito, 740



CARMITA

Terminadas las clases de aquel día, que debía ser para Carmita el último de su larga estada en el convento, rodeáronla sus compañeras formando alegre y bullicioso corro.— La invitaron a pasearse por el jardín quizá para cambiar las últimas confidencias, aprovechando esos momentos de solaz que preceden todas las comidas en los internados religiosos.

Se alejaron sigilosamente del grupo, dos compañeras para ir en busca de la Hermana Rita, Ceadora de Comedor. Encontráronla allí y le rogaron que las acompañara a presencia de la “Madre Superiora” y también que intercediera ante ésta, para que les permitiera despedir dignamente a la querida Carmita.

La Hermana Rita, con su habitual condescendencia, guiólas hacia “El Capítulo”, salón donde la Superiora hacía sus oraciones. Se presentaron ante ella saludándole un tanto cohibidas, pues la fa-

ma de su severidad e intolerancia para con las infracciones a las reglas de la comunidad las hacía desconfiar del éxito.

La Superiora, viéndolas acompañadas por la Hermana Rita púsose en guardia y dijo: — ¿Que os trae a mi, hijitas?

La Hermana Rita, animosa en su excesiva timidez, respondió: — “Madre venimos a pedirnos permiso para organizar una fiestita, pues deseamos despedir alegremente a Carmita”.

—María del Carmen, objetó la Superiora.

—La costumbre, Madre.

—Mala costumbre, Hermana. — ¿Y qué clase de fiestita quieren organizar

—Madre, dijeron tímidamente las niñas, pedimos prórroga para la hora de la cena y palabra en la Mesa.

—Como nos permitió, cuando festejamos la inauguración de la Capilla, dijo la Hermana Rita humildemente.

—Que trajo tantos disgustos, agregó la Madre.

La Hermana Rita, con voz que sabía implorar arguyó: — Madre diez años hace que está la niña con nosotras ¡y ha sido tan buenita!

La Superiora un tanto conmovida, bajo su aparente severidad, no quiso esta vez ser inflexible y dijo: — Bueno hijitas, vayan contentas, tendrán palabra y media hora de prórroga en la Me-

sa; (1) pero cuidado con ofender a Dios; la lengua es nuestro gran enemigo.

—Madre, dijo tímidamente una de las peticionarias, ¿y no nos regalará algunos dulcesitos?

—Y no nos permitirá poner flores en la Mesa? — agregó la otra, ya más animosa.

—Si mis hijitas.— Hermana Rita dé usted las órdenes que yo quedo tranquila, pues es su fiadora.

—Así se hará, Madre; e inclinándose dijeron todas al salir: — Buenas tardes, Madre. Muchas gracias.

—Dios las guarde hijitas, dijo la Superiora, levantando su mano para bendecirlas.

La Hermana Rita se separó de las niñas para impartir órdenes. Irma y Gloria, que así se llamaban éstas, corrieron al jardín a recoger flores. — Momentos después reuníanse en el Salón Comedor y comenzaban los preparativos para la comida.

(1) A diario se come en veinticinco minutos y en silencio.

LA ÚLTIMA CENA

LA ÚLTIMA CENA

Al sonar la última campanada de las siete, las pupilas, formando filas dobles como de costumbre, marchaban silenciosas hacia el comedor, pero al llegar a la portada de acceso, quedaron deslumbra-
das, creyeron soñar.— Irma y Gloria habían guardado el secreto.

—¡Viva Carmita! — gritaron éstas con emoción.

—¡Viva! ¡Viva! — corearon todas con loco entuismo.

Aquel Salón Comedor, era de una severidad monacal, en consonancia con el resto del edificio. Jamás un detalle de coquetería femenina, descubrió allí ninguna clase de refinamientos.— Era un salón que aconsejaba permanencias breves y exageradas sobriedades. Con sus largos ventanales, sin visillos, con sus paredes desnudas, con su gran mesa desmantelada aquella inmensa habitación era fría hasta en estío. Esa noche, siendo la misma no

lo parecía; lindas y blancas manos obraron el milagro.

Cajas que guardaban con amor los blancos tulles de la comunión, fueron saqueadas; flores místicas, flores de capilla, fueron profanadas, el jardín arrasado; hasta algún cristalero, si existía, fué violado, y todo aquello en maravillosa conjunción, daba una impresión de belleza y de vida.— Manos de mujer habían pasado.

Las pupilas, hubieran creído soñar, pero aquel ¡viva! rompiendo el encanto llamólas a la realidad. Vibrantes de alegría y emoción, ocupaban bulliciosamente sus asientos.

Sólo hubo un instante de recogimiento: a una palmada de la Hermana Rita, que ocupaba el sitio de honor, pusiéronse de pié y persignándose con devoción sincera, dieron gracias a Dios.

Un torrente de palabras amenazaba inundarlo todo.— Sólo las sirvientes hacían su servicio mudas y con más premura que de ordinario, pues hasta el menú también había sufrido reparaciones.

Gloria.— ¿Se puede hablar de cualquier cosa Hermana Rita?

Hna. Rita.— Si hijita, de cualquier cosa, que puedan decir y oír las niñas.

Teresa.— Como Carmita, desde mañana ya entrará en el mundo, debe saber de todo.

Pepita. — Y hasta podrá casarse.

Nene.— Entonces podremos hablar de novios.

Mercedes. — Y de flirt.

Marta. — ¿Y qué diferencia hay entre un novio y un flirt.

Rosita. — Tontísima, pues la que hay entre un pez y un pescado.

Irma. — Tontísima tu Rosita, esa más bien sería la diferencia entre un novio y un marido.

Hna. Rita. (Llena de confusión) — Niñas, no hay que divagar; hablemos sólo de aquello que pueda ser agradable a Dios y sernos provechoso.

Carmita. (Saliendo de su abstracción). — Respecto a esto Hermana Rita, nada puede ser más agradable a Dios que el Matrimonio; que es un sacramento.

Gloria. — Y en cuanto a provechoso, si nuestras madres y muchas otras no se hubieran casado, pues, no existiría este establecimiento.

Carmita. — Que es tan útil.

Lolita. — Además, aquel precepto: creced y...

Isabel. (Interrumpiéndola). — ¿Y dónde estaría la Hermana Rita?

Hna Rita. — Pues mis hijitas, en el cielo y con ustedes, ya es mas difícil.

Carmita. — Allá iremos hermanita; pero que sea bien tarde, cuando tengamos nietecitos.

Hna. Rita. — Bueno, bueno, doblemos la hoja; hablemos de música, de pintura, de filosofía... y veamos quien discurre mejor.

Elina. — De esas cosas no se habla en socie-

dad, me lo ha dicho abuelito.

Hna. Rita. — Eso sería, en los buenos tiempos de tu abuelito.

Matilde. — Pues mi mamá me decía lo mismo el otro día: “Niña, en sociedad no hagas de sabia; los hombres prefieren las niñas sencillas, y hasta las ignorantes, muchas veces.

Juana. — Yo pienso hacerme la tonta, para que ellos se empeñen en enseñármelo todo.

Gloria. — ¿Usted no cree Hermana Rita, que los hombres deben ser muy vanidosos?

Hna. Rita. — Yo no veo por qué, niña; la vanidad es un feo pecado que Dios castiga severamente.

Gloria. — Puesto que las mujeres, no queremos hacer, si no aquello que les place.

Hna. Rita. — No todas niñita, las hay que no se preocupan de sus opiniones.

Juana. — Si... en el convento...

Carmita. — Pues, en mis planes no entra hacer la niña ignorante.

Lolita. — Si la mujer ignorante, fuera la preferida; no veo para qué estamos tanto tiempo en el colegio.

Juana. — Para que nuestras mamás se diviertan entre tanto.

Hna. Rita. — Niñas, niñas...

Gloria. (Parándose, con cómica solemnidad) —
• “Levanto con amor, mi copa sin vino, y brindo

porque la compañera que hoy despedimos, sea muy feliz en el mundo que le abrirá sus puertas. Brindo también: porque sus éxitos sean innumerables y porque nosotras, la sigamos lo antes posible”.

Juana. — Yo brindo, para que el desencanto no le aconseje las negras tocas.

Pepita. — Ni tampoco sea, la perfecta vocación.

Hna. Rita. (En el límite de su paciencia). — Niñas, niñas, ordeno que se respete el santo hábito.

Juana. — Si hermanita, si es por respeto a él, que deseo no se lo ponga. No lo merece.

Carmita. — (Que quizá no quería dejar lacerada aquella dulce madrecita que tanto quería, dándose cuenta que la cena estaba al terminar parose). — “Yo levanto también con amor, mi copa sin vino y brindo, porque la vida nos haga más buenas; si hemos de sufrir, sea Dios nuestro refugio, el nos hará fuertes; si hemos de ser felices, tampoco le olvidemos, él nos hará justas. Brindo también, para que mientras hayan huérfanos hayan hermanas de caridad.

Las últimas palabras de Carmita, habían enternecido a las alegres y bulliciosas comensales, pues todas aquellas adorables cabecitas locas, querían entrañablemente a las buenas hermanitas.

Juana. — Pues yo preguntaría: ¿porque teniendo copas, no tenemos el vino?

Hna. Rita. — Nos han querido dar la ilusión

que lo tenemos; y créanme, mis queridas, que lo vale. — Llenemos pues con élla nuestras copas y brindemos.

Carmita. — ¡Esperando el milagro?

Gloria. — Yo preferiría, la realidad.

Juana. — ¡Aún con embriaguez?

Gloria. — Quizá.

Marta. — Que hable la hermana Rita.

Todas. — Que hable! ¡Qué hable!

Hna. Rita. — (Llena de confusión). — Yo nó... mi hábito... ustedes.

Carmita. — (Palmoteando) ¡Que hable la buena hermanita... que hable!

Todas: — ¡Que hable!

Carmita. (con entusiasmo) — Si, que hable la buena madrecita! Que hable!

.

Después de un instante de vacilación, la hermana Rita levantó su copa con unción; parecía un sacerdote, ofreciendo la sagrada hostia y dijo: “Brindo hijas mías, por que vivamos siempre todas, en la verdad y en la justicia. No olvidemos nunca, que Dios ha de pedirnos cuenta del mal que a los otros hiciéramos, como ha de perdonarnos, el que nos hagamos a nosotras mismas.— Seamos pues, tan indulgentes para con los demás, como severas para con nosotras.

Carmita. — ¡Viva la hermana Rita!

Todas. — ¡Viva!

Gloria. — ¡Viva doña Indulgencia!

Todas. — ¡Viva!

.
Y todo aquel bullicioso y alegre corro, salió del
Salón - comedor, cantando:

“Salve de los cielos

“Madre incomparable

“Salve de los hombres

“Amorosa madre.

CARMITA EN SOCIEDAD

CARMITA EN SOCIEDAD

Inicióse Carmita en la vida mundana con un bagaje enorme de ilusiones, y con una grande alegría interior, que exteriorizaba frecuentemente.

No era ella, una belleza, tal vez, ni siquiera fuera linda; pero si, muy graciosa y sugestiva. De estatura mediana, era menuda y bien formada; podía decirse que tenía un hermoso cuerpo. Su cabello era negro, como sus preciosos ojos, y su tez, muy blanca y tersa. Sus pies y sus manos, eran pequeños y llenos de gracia. Tenía mucho éxito doquiera se presentara, quizá, porque sabía sin saberlo, embellecer el momento presente.

Vivía deslumbrada; el Mundo se le antojaba el escenario donde vería reflejarse todas sus quimeras. Era una gran visionaria, muy vehemente, muy imaginativa, sensible a todo lo bello y hasta a lo frívolo; pero, carecía del sentido de lo práctico.

Nueve años la guardaron los muros del conven-

to, largo pupilaje dispuesto por su madre al morir, la que conociendo la excesiva condescendencia de sus padres, quizá, quiso preservarla de ella.

Encontró Carmita, en aquella santa casa, ternuras de hogar y firmeza y rectitud en la guía de sus instintos; pero la vida contemplativa la desorientaba. Su alma, rebelde a toda prisión, más o menos disimulada, vivía ansiosa de vida exterior, y aunque sometida, por la dulzura de su carácter, exaltábase su imaginación, que soñaba fuera de aquellos muros opresores, con un mundo perfecto, donde nada se opondría a sus deseos, ni a su voluntad.

Fué pues indescriptible el momento de su liberación; dejó aquellas buenas hermanas, con llanto pero sin honda pena; su corazón entonaba un himno a la alegría de vivir; y ese salmo a la vida, de aquella almita que no había sentido del mundo exterior, sino un rumor confuso y vago, era tan intenso, de tan múltiples matices, que el más experto sinfonista, no hubiera podido traducir en sonidos.

Si alguien le hubiera dicho en ese instante: "vivir, no es solo gozar; es también sufrir", le hubiera llamado sacrílego.

Tenía diez y seis años, he ahí la gran razón.

La salida del convento, marcó una etapa luminosa, en aquella alma que auroreaba.

El mundo le parecía una de esas grandes "Feries" donde todo es fantástico, todo es luz y sonido. Los paseos, se sucedían a los paseos, los bailes, los pic-nic, y garden-party, la contaron entre las primeras, siempre vibrante de alegría sana y comunicativa.

En medio de este ingenuo desenfreno, de esta insaciable sed de fiestas, una sola cosa dominaba los caprichos de su cambiante imaginación: "la música". Las hermanas habían hecho el descubrimiento y de ello, habían usado y abusado.

Sus abuelos, eran dos almas ingenuas, apesar de los años; la recibieron con los brazos abiertos. Muchas lágrimas les había hecho derramar, aquella disposición de la hija moribunda que los separaba de su nieta, durante los años de su educación; pero la habían respetado viviendo solo con la esperanza de recuperarla nuevamente, una vez terminados sus estudios.

Carmita, poco sabía de sus padres; se habían limitado a decirle, que estos se murieron, siendo élla muy niña, y que estaban en el Cielo.

Acostumbrose a rogarles como a los santos, para que la hicieran buena, que la sacaran del convento y que la casaran con algún príncipe, como en los cuentos. Su recuerdo no le había dejado esa amarga tristeza, muy común en los huérfanos, pues no los había conocido, y por lo demás, su alegría de vivir, era de las que se imponen a despecho de todo

y en medio al entusiasmo que sentía, por su reciente incorporación al mundo social, empezó a vislumbrar esa luz que no brillaba aún para ella, pero que su imaginación presentía prestándole todos los colores en que la descomponía su fantasía. Sus flirteos pues, comenzaron entonces a tomar caracteres alarmantes.

Temerosos sus abuelos de verla víctima de ese miraje que arrastra al abismo a tantas almas en su despertar, si en el momento supremo de las iniciaciones, se confunde el esperado, con el recién venido, decidieron alejarla del teatro de sus éxitos, y el pretexto fué la "música".

Terminaba el almuerzo y como de costumbre Carmita tenía la palabra, vicio adquirido tal vez en venganza de los prolongados silencios del convento, cuando su abuelito, la interrumpió bruscamente diciendo: ¿quieres oír a Caruso?

—Ya lo creo Papaíto; pero, me han asegurado que desgraciadamente esta vez no vendrá a Montevideo.

—Pero si la montaña no viene...

No le dejó Carmita terminar la consabida frase y ya estaba abrazándolo. —Sí, sí, papaíto, llévame a Buenos Aires, hoy mismo.

—Tranquilízate, niña, hablemos con calma; consultemos también a mamaíta.

Esta, alarmada por la vehemencia de su nieta, aunque esta vez sirviera a sus deseos, la miraba contristada.

—¿Qué dices mamaíta? ¿Vendrás con nosotros Bella-Carmita?

—Dios me libre, dijo la abuelita, que tenía terror al mar, yo no voy.

—Que se quede, que se quede, decía Carmita palmoteando; pero viendo a la querida abuelita entristecida, avergonzada de su egoísmo, recurrió a sus arrumacos cotidianos. Pues no iremos viejita — decía besándola — no faltaba más. Tal vez será mejor, pues así no resentiré a mis festejantes. Que vayan a oír a Caruso, las solteronas y las viejas.

—Pero niña, que obsesión, hay que tener más serenidad, dijo el abuelo.

—Sí papaíto, pero mucho más tarde.

—¡Ah! hijita! tu vehemencia me alarma, dijo la abuelita con tristeza.

—Quiero vivir alegre y feliz, como pájaro en la rama.

—Cuidado hijita con la trampa, decía el abuelo que salía canturreando después de haberlas despedido con un beso.

EN BUENOS AIRES

EN BUENOS AIRES

Dos días después llegaban a Buenos Aires, Carmita y su abuelo don Lindoro; dirigiéndose a casa de su sobrino Nicanorcito, jefe de la familia después de la muerte de su padre Don Nicanor de Ortiz, hermano gemelo de don Lindoro.

Recibióselos con alegría, y fueron hospedados con esa exquisita amabilidad, característica porteña, en su magnífica residencia situada en las Avenidas de Callao y Quintana.

Sorprendió mucho a Carmita la diferencia de vida y de escenario de aquellas dos ramas. Allí, en Buenos Aires, todo era novedad, lujo, confort; la vieja casa paterna de Montevideo, casi un siglo después, conservaba para la cuarta generación el mismo aspecto colonial orgullo del viejo tronco.

En el año 1807 llegaban al Río de la Plata con el Gobernador Elío, don Bruno de Ortiz, su mujer

Doña Rosario de Salazar y un niño de corta edad, llamado José. Eran estos inmigrantes, asturianos distinguidísimos, un tanto aventureros si se quiere. Instaláronse en Montevideo, siendo ellos unos de sus primeros pobladores.

Don Bruno de Ortiz, hidalgo caballero dos veces noble, por su corazón y por su abolengo, tuvo su casa y sus brazos siempre abiertos a todos los perseguidos y a todos los desgraciados, siendo tan querido entre los americanos como de los defensores del Rey.

Su hijo José, casose en el año 1824 con una criolla de pura cepa, doña Asunción Basualdo, hija y hermana de guerreros de la Independencia, y un año después, el 25 de Agosto de 1825, nuestro día de gloria, daba ésta a luz dos gemelos. Llamáronles Lindoro y Nicanor y fueron éstos la alegría de sus abuelos, pues con ellos vivía el joven matrimonio.

Refugióse ese mismo año en la hidalga casa, doña Teresa Basualdo de Sandoval, cuñada de don José de Ortiz, que había perdido a su marido en la batalla de Guayabos próxima a ser madre. Este fué un valiente jefe de la Independencia.

La desgraciada viuda fué recibida con mucho cariño, y dos meses después nacía una niña que no conocería a sus padres y a la que llamaron María del Carmen.

Visitaban la casa de los hidalgos españoles y

la no menos hidalga americana; el gobernador Soler, y el coronel Dorrego, siendo creencia general que éste refugióse allí después de su derrota, tan amplia era la hospitalidad de aquella casa.

Crecieron los gemelos Lindoro y Nicanor, junto a la bella Carmita, como llamaban a la huérfana pues la niña y su madre encontraron allí un verdadero hogar.

Sintiéndose ya viejos don Bruno y doña Rosario, quisieron hacer construir una buena casa y comenzaron a edificarla en el año 1830, en las cercanías del Cabildo. Decidieron quedarse para siempre en América, no se sabe si porque ya viejos no tuvieron valor para emprender el regreso, o si fué por simpatía a la patria de sus nietos.

Poco tiempo después, no habiendo aún terminado la construcción del edificio, fallecían los viejos fundadores de la familia.

Cuando Lindoro y Nicanor estuvieron en edad de educarse, don José los envió a Córdoba. La huérfana fué entonces el rayo de sol en aquella mansión doblemente entristecida, por la muerte y por la ausencia.

Años más tarde a su regreso de Córdoba, casóse Nicanor en Buenos Aires con una sobrina de Dorrego, con quien había mantenido estrecha relación, y luego vinieron a vivir en la casa paterna, de Montevideo.

Poco después casábase Lindoro, con la bella -Carmita.

Vivieron al principio muy unidos los dos matrimonios, mientras vivió don José, pero después de su fallecimiento suscitáronse continuas y enojosas querellas por cuestión de intereses, perdiéndose aquella cordialidad habitual. Reinando la anarquía en aquella familia antes tan unida, decidió Nicanor radicarse en la República Argentina, patria de su mujer y donde ésta poseía una rica heredad.

Lindoro y la Bella Carmita quedaron en la casa paterna de Montevideo. Tuvieron éstos una sola hija, a quien llamaron María del Carmen, como su madre. En el año 1887, casóse ésta con Jorge de Medina, un almirante español. Vivió el nuevo matrimonio también en la casa paterna, y al año siguiente, el 22 de Octubre de 1888 nació una niña, a la que llamaron también María del Carmen, pues una vieja superstición atribuía larga vida y mucha suerte, a la persona portadora de un nombre llevado sucesivamente por tres generaciones. Carmita también llamaron a la niña, aunque no la apellidaron "la bella" como a su abuela.

Seis años tenía la niña cuando un soplo de tragedia pasó por la casa solariega; la fiebre amarilla azote de la época, llevóse en pocas horas al joven matrimonio, dejando en la desesperación a sus padres, con la nieta en los brazos.

Guardaron largo duelo a sus queridos muertos,

vivieron solo en su dolor, así es que diez años más tarde, cuando Carmita regresó del convento, los encontró en su punto de partida y la vieja casa del año 1830 existía en el año 1900 maravillosamente guardada de los ultrajes del tiempo, pero conservando siempre su mismo aspecto colonial.

CAMBIO DE AMBIENTE

No ha de extrañarse desde luego la impresión que Buenos Aires produjera en Carmita. La residencia de su tío Nicanor era magnífica; el dinero y el buen gusto se habían complementado para hacer maravillas, reinando por doquiera el confort y la elegancia.

Carmita estaba deslumbrada no sabiendo qué admirar más, si la suntuosidad de sus palacios, su incesante movimiento, el brillante y extrañamente luminoso espectáculo de sus tiendas y vidrieras o la suntuosidad de sus avenidas y parques.

Su imaginación de colegiala conventual no le había atribuido todo aquello sino a París y a algunas otras ciudades europeas.

Missis Ortiz, su tía, era una dama muy distinguida de la colonia inglesa. Más de veinte años hacía que habíase casado con Nicanor de Ortiz y conservaba extraordinariamente su belleza madura. Tenía dos hijas, Gladys y Ketty, de 18 y 20 años, menos bellas que su madre; pero deliciosamente simpáticas. Hacían una vida social muy intensa;

no obstante su interior era muy confortable y ameno, característica del "Home" inglés.

El suegro del tío Nicanor, también inglés, era un banquero muy honorable, gran financista, había lanzado de lleno en los negocios a su yerno, el que sostenido por esa fuerza impulsiva de la raza sajona, consiguió en pocos años saborear el éxito.

Además de la impresión que Buenos Aires le produjera a Carmita, la diferencia de aquellas dos ramas, acentuada en su espíritu por el cambio de ambiente, la sorprendió en grado sumo y en sus infantiles cavilaciones creyó descubrir en ello una ley de atavismo, que la alejaba un tanto de los principios tradicionales de su raza.

Su abuelo, fruto de una alianza hispano americana, era profundamente conservador, severo en sus costumbres, idealista en sus doctrinas, aunque exageradamente católico.

Su tío Nicanor, vinculado a la raza sajona por su matrimonio constituía, un ejemplar más que de inglés, de americano del Norte: emprendedor, combativo, tenaz en la cristalización de los esfuerzos y práctico en la aplicación de sus energías. En religión, Nicanor de Ortiz era lo que se llama un "indiferente", y sus hijas, aunque educadas en la religión maternal, menos severa que la católica, influenciadas por el ambiente que las absorbía, carecían de todo prejuicio y no tenían más preocupación que vivir su vida.

LA OPERA

Caruso cantaba esa noche. Era en la temporada del año 1900 cuando sus facultades vocales hallábanse en la plenitud. Carmita preparábase para escucharlo; sentía la emoción del que espera y no quería perder ni un minuto.

En vano arguyeron sus primas, que era de mal tono ir a "prender las luces" del teatro y mucho mas tratándose de una obra como "Tosca", que no valía la pena.

—Para ustedes que oyeron esa y muchas otras,—decía Carmita,— pero no para mí que es la primera ópera que voy a oír. Recuerden que recién salgo del convento, donde no he oído más que misas.

—Tiene razón Carmita, dijo don Nicanor, yo la llevaré temprano y tío Lindoro esperará a las chicas y... ¡ya tiene para rato!

Carmita y su tío llegaron al teatro en el momento en que los violoncellos y los contrabajos atacaban los primeros acordes. Ocuparon el primer palco bajo junto al "avant-scene". La sala estaba aún casi vacía y Carmita contristose pensando en el autor de la obra que ella ansiosamente esperaba admirar.

El Director de orquesta, miró hacia el palco con curiosidad, quizá sorprendido por el inusitado ma-

drugón y posiblemente lo impresionó aquella expresiva fisonomía, que con ingenuidad un tanto provinciana reflejaba tan vivamente sus impresiones. Sus ojos continuaron fijándose con insistencia en Carmita. El blanco traje de la niña parecía un símbolo y cuando Caruso emitió las primeras notas del "Recóndita armonía", con esa su voz, cálida como una caricia, a los ojos de Carmita asomaron las primeras lágrimas de mujer, lágrimas de emoción; el Maestro que la observaba con admiración, recogiólas en su simpatía.

Comenzado ya el segundo acto llegaron las primas deslumbrantes de belleza y atavíos. Eran ellas tipos opuestos a Carmita; altas, elegantes, muy rubias; una tenía los ojos azules y la otra verdes. Muy hermosas las dos.

Cantaba también esa noche la Darclée. El rol de "Tosca" se avenía muy bien a las facultades vocales de la gran cantante, que estaba también en el apogeo de su voz.

La cultura musical de Carmita en el drama lírico, era casi nula y su único bagaje artístico eran sus estudios de piano al terminar; pero tenía una gran intuición. Su entusiasmo no tenía límites, aplaudía frenéticamente; para ella todo era perfecto.

En vano sus primas intentaban contenerla, mostrándole las fallas de estructura de la obra, del conjunto; perdían el tiempo. Carmita hubiera con-

decorado esa noche a Caruso, la Darclée y hasta al Director de Orquesta con su batuta.

Volvió Carmita al teatro varias veces, y alternándolo con paseos a Palermo, al Tigre, San Isidro, a tiendas y a todo lo que tenía algún interés, vió sucesivamente "Elixir d'Amore", "Manón" de Massenet, "Mefistófeles" y "Maestros Cantores".

Poco a poco su oído fué penetrando en aquel mundo nuevo del sonido. A todos asombraba la facilidad con que distinguía las diversas escuelas de orquestación y la rapidez con que se revelaba su gusto artístico. Nunca quiso perder ni un prelude, ni un simple recitado y mucho la preocupaba la insistencia con que se sentía observada por el Director de Orquesta; hasta había advertido, que en las dos noches que no llevó él la batuta, la miraba desde una butaca próxima al palco.

"El Director", como ella le llamaba siempre, aunque sabía su nombre por los programas, —no era lo que se llama "un buen mozo" pero si muy interesante y hasta original. Destacábanse en su pálida fisonomía, unos grandes ojos profundamente negros, ojos llenos de luz; de mirada intensa que descubrían una gran voluntad, ojos que vistos una vez, obligaban a volverlos a mirar. Tenía una buena figura y llevaba el frac con elegancia.

La temporada de Opera terminaba con "Maes-

tros-Cantores" y tanto le habían hablado a Carmita de sus dificultades orquestales que ésta se había pasado la tarde en el piano descifrando la partitura de Wagner. Sus primas se burlaban de su afición; pero comprendían que tal vez únicamente la música podría nivelar y encauzar aquella naturaleza impetuosa y desigual.

Como Carmita se había estudiado muy bien los temas, la labor orquestal de esa noche la deslumbró, adquiriendo el Director ante sus ojos contornos de genio. Sus primas festejan su sensibilidad, pronosticándole, prematura muerte por "aneurisma sentimental".

Don Nicanor y sus hijas comentaban en el foyer con algunos amigos la brillante temporada que terminaba; Carmita, silenciosa guardaba su emoción, cuando acercósele un mensajero con un ramo de flores y poniéndolo en sus manos dijo: "Para la Señorita". Carmita, nada preguntó, nada respondió. Desapareció el mensajero y muda de asombro estaba aún con el ramo en sus manos, cuando la voz de una de sus primas hubo de romper el encanto.

—¿Y esas flores? —preguntó Gladys.

—No sé, dijo Carmita, confundida.

—Quizá se trate de un error. Serán para ustedes...

—Carmita tiene un “filo”, dijo Ketty, que era terriblemente traviesa.

—Yo no ¿qué onurrencia, quizá alguna confusión.

Su tío Nicanor sacola de la embarazosa situación diciendo desde lejos: Niñas, el coche ¡pronto! ¡cuidado con el frío!

Carmita llevaba en sus manos las flores; sin saber porqué pensaba en el director de Orquesta.

EN MONTEVIDEO

EN MONTEVIDEO

A su regreso de Buenos Aires, encontró Carmita a su vieja mansión inconfortable y triste; proponíase conseguir el consentimiento de sus abuelos para ordenar las refacciones que amoldarían la casa familiar a las nuevas exigencias arquitectónicas. Proyectaba encargar todo a Buenos Aires. ¡Si aquí no hay nada!, decía, comparándolo todo con lo admirado recientemente en su viaje y encontrando la inferioridad en lo propio.

La mamaíta, que mucho la conocía, decía sonriendo: Ya pasará; tiene la "bomba" de Buenos Aires.

Un mes después, Carmita se había hecho nuevamente a su ambiente; la fiebre de lo nuevo y de lo bello había pasado. Quizá por aquella misma razón de atavismo que un día tanto la hiciera pensar en casa de su tío Nicanor...

Dora Fuentes y Carmita de Medina ensayaban el "Capricho-Brillante" de Mendelson a dos pianos,

en el Club Católico y se proponían tocarlo en el próximo concierto que tenían en preparación.

Un tanto fastidiadas por el subido murmullo de los comentaristas infaltables en estos casos, decidieron postergar el ensayo del número pianístico para mejor oportunidad, ya que la comedia era entonces el panal de atracción.

Ensayábase una pieza de los Alvarez Quintero. Los "papeles", como decían las niñas, habían sido muy bien distribuídos; entre las más bellas y los más distinguidos.

—Cambiamos de rol, murmuró Dora Fuentes, levantándose del piano seguida de Carmita y dirigiéndose a unas sillas situadas frente al escenario, un tanto alejadas de la colmena.

—Yo creo Carmita, que aquí en la pasiva no nos molestará la artillería gruesa, decía Dora aludiendo a los charlatanes.

¡Acercáronseles dos compañeras, de internado recientemente incorporadas al mundo social y a quienes ya conocimos en otra oportunidad. Eran Gloria López e Irma Gómez.

—Chicas, —dijo Gloria, dirigiéndose a Carmita y a Dora, —preséntennos a los muchachos; recuerden que recién salimos de la prisión.

—¡Y tanto!, agregó Irma, que yo creo que aún tenemos olor a convento.

—Olor de santidad, dirás, observó Gloria.

—Ya se les quitará mis queridas; las sahuma-

remos con humos de modernismo y se acabó, ¿verdad Carmita?, dijo Dora.

—Sí, — contestó ésta, — da excelente resultado.

—¿Qué tal la muchachada?, ¿vale la pena?, — preguntó Gloria.

—No es gran cosa, contestó Carmita, —lo mejor del grupo está en la comedia; pero ¡cuidado! ya está al hundirse la boya.

—¡Sí? cuenten, no sean malas.

—Chit... Chit.

—Ricas, piden silencio, dijo Dora, escuchemos.

.

—¿Y por qué el rol de ingenua se lo han dado a la mayor?, preguntó Gloria.

—Por eso, para que no lo parezca. Fué la mamá quien repartió los papeles, dijo Dora.

—No seas así; es que es el rol más difícil y ella es la más capaz, agregó Carmita.

—¿Y quienes son los del idilio?, preguntó Irma.

—Aquellos dos que están discutiendo en este momento, y que son enemigos, dijo Dora.

—Y se burlan así del autor esos pícaros?

—Bah! como de las mamás, si es preciso.

—Entonces ¿los que hacen el amor en la escena, no son los que resultan enamorándose? ¡qué raro!, dijo Gloria.

—¿Raro? No; pues por eso mismo que es obligación, es como en el matrimonio, dijo Dora.

—Pero Dora, ¡cuánto has adelantado!, contestó Gloria.

—Chit... chit.

Volvió a sentirse en el salón el reclamo de silencio.

—Te das cuenta Dora que estamos haciendo nosotras lo mismo que hace un rato criticábamos? Callémosnos pues, aconsejó Carmita.

Pero al callarse, empezaron a sentir los comentarios de los grupos más próximos.

—Ya lo creo; es cosa hecha, decía una señora, si siempre pasa lo mismo: nosotras armamos las comedias y luego...

—Naturalmente, la ocasión, respondió otra.

—La felicito Teresita :su hija se lleva lo mejor, agregó una tercera.

—Yo estoy muy desanimada, decía la mamá de la ingenua, es pura mostacilla. No vale la pena.

—¡Y... ¡gracias señora! es lo único que pasa por la aguja, contestó otra.

—¿Habéis oído niñas, cómo se ocupan de nosotras? — dijo Dora

—Chit... chit.

—Carmita, ¿piensas ir a la Opera esta noche? — preguntó Gloria.

—Sí, papáito fué a retirar las localidades.

—Dicen que Viene Caruso, comentó Gloria.

—Sí, creo que todo ha sido cuestión de reclame, — dijo Carmita, agregando: ¿Y ustedes también van?

—Yo iré a la “cazuela”, pues soy la cuarta y ninguna casada ¿te das cuenta? — dijo Irma. No me toca aún lucirme.

—Pero no te vayas a dejar ver, recomendole Dora.

—Nosotros tenemos un palco, — dijo Carmita; esta noche llevamos a Dorita, pero otro día les tocará a ustedes. No las olvidaremos.

El ensayo había terminado formándose diversos grupos; algunos caballeros acercáronse a Carmita, esta hizo las presentaciones del caso y continuaron los comentarios.

—¿Cuándo será el concierto?, — preguntó una de las niñas al secretario del Club que se había aproximado.

—No sabemos aún, señorita. Han surgido algunas dificultades; pero de todas maneras no será hasta después de terminada la temporada de Opera.

En ese momento don Lindoro llegaba en busca de Carmita|

Despidióse ésta de sus amigos deshaciéndose el grupo.

—Nos arruinó el programa el viejito, dijo uno de los “chicos”.— Y comenzó el desfile de la calle Cerrito.

EN EL "SOLIS"

En camino para el teatro pensaba Carmita en el Director de Orquesta y paladeaba la sorpresa que le causaría verla, ya que él no la podía suponer uruguaya. De ex profeso se había puesto el mismo traje que llevaba la noche que lo conoció en Buenos Aires.

"Solís estaba como en sus grandes noches; una quimera no cabía.

Dora, Carmita y sus abuelos, entraban al palco, en el mismo instante que el Director ocupaba el atril.— En vano esperó Carmita el momento en que sus ojos se encontrarían, pues el Maestro no fijó una sola vez los suyos en persona alguna y por el contrario, parecía que ellos buscaran algo en el vacío.— Estaba abstraído.

Carmita escuchaba esa noche la misma obra que, interpretada por los mismos artistas, tanto la había emocionado en Buenos Aires, y no obstante su alma sensible no había vibrado como entonces.

En los entre actos, llenábase su palco de visitantes; pero nada lograba interesarla.— Sin embargo, eran los mismos muchachos que días antes parecíanle interesantes y espirituales; esa noche en cambio, encontrábalos tontos, afeminados.

—¿Que te pasa Carmita? — preguntóle Dora. Y luego agregó: "Te noto extraña... ¿abstraída o distraída?"

—Nada, querida.— Quizá un poco fatigada del ensayo; ¡nos quedamos hasta tan tarde!

La segunda noche de la temporada sufrió Carmita la misma decepción. Nada la impresionó, a pesar de cantarse “Manón”, una de sus obras predilectas.

En tercera función de abono, anunciaron “Elixir d’ Amore”, y el Maestro sustituto ocupaba el atril.

Los ojos de Carmita recorrieron en vano todas las butacas; nuevo desencanto.

Sin embargo, como cantaba Caruso, la expectativa general y luego la emoción incontinida del público ante la maravillosa voz del divo, consiguieron hacer vibrar nuevamente a Carmita, y al terminar “La Furtiva Lágrima”, esa página tan emotiva, en la que rayaba a gran altura el famoso tenor, sintió Carmita otra no menos furtiva, que se deslizaba por sus mejillas. Muy fastidiada, miró rápidamente a su alrededor temiendo el ridículo y al posar sus ojos en el palco vecino encontróse allí con el Maestro que la miraba sorprendido. Se reconocieron, y supo él entonces por sus compañeros, quien era aquella niña que tanto lo había impresionado en Buenos Aires y a la cual temió no volver a ver ya más.

El Destino la ponía nuevamente en su camino. Cuando ya terminada la representación se retiraban Carmita y sus abuelos, vió ésta que el Director (como ella le llamaba siempre) se le acercaba discretamente, susurrándole al oído una palabra: “escribame”.

Sorprendida Carmita de su audacia, repetíase interiormente muchas veces: “¡qué atrevido!!” y toda esa noche y el día siguiente, aquella palabra “escribame”, la perseguía como una obsesión.

Volvió Carmita al teatro y entonces supo él encontrarla. Nuevamente susurróle, con voz aún más suplicante: “escribame” y aquella palabra, sentíala Carmita repercutir en sus oídos, en todos los momentos como una tentación. En la penúltima función, nuevamente la palabra tentadora dejóse sentir; pero, aquella voz, aquellos ojos ya no suplicaban; ordenaban... y la obsesión crecía.

El espíritu travieso de Carmita y su imaginación un tanto romántica, diéronle un mal consejo. Escribiré una carta en broma, — se decía para justificarse, — como las que escribía en el convento y que tanto divertían a las compañeras.

No midió el alcance del hecho, no temió ni un momento sus consecuencias; su juventud y su fantasía la impulsaban.

Al día siguiente, envió dirigida al Teatro, el siguiente billete:

"Señor Maestro Concertador,

Raúl Daniello

TEATRO SOLIS

"Pide usted que le escriba y me pregunto
Para qué lo desea el atrevido:
Si por saber mi nombre, o mi carácter
A través de la letra y el estilo.

Pero ¡cuidado! porque le aseguro
Que conocerme es un peligro serio
Y ponerse a soñar con mi persona
Es igualito que jugar con fuego.

Además, ¡sabe Dios si allá en Italia
Tiene el Maestro dueña, suegra y suegro!

¿Qué por qué con frecuencia es que lo miro?
Contesto: pues, señor, porque me gusta
Y el amor ocular no está prohibido

Mirémonos soñando y si me dice
Que una mirada a veces cuesta caro
Y que miedo le doy, el caso es claro:
El Maestro se va, yo aquí me quedo...
Y la bella ilusión guillotinamos.

Carmita.

Agosto 28-1900

La última noche, puso él discretamente en manos de Carmita esta breve esquila:

La última noche, puso él discretamente en manos de Carmita esta breve esquila:

“Señorita Carmita de Medina.

Interesante personita:

Pongo a sus piés toda mi simpatía y una admiración sin límites.

Volveré, se lo prometo.

Beso a Vd. la mano. — **Raúl Daniello.**”

Montevideo, Agosto 29 de 1900.

VERANO DE 1901

VERANO DE 1901

En aquel verano de 1901 la canícula hacía insoportable marcando un record no superado en muchos años atrás.

Todo Montevideo volcábase en sus playas; pero la predilecta de los argentinos, — nuestras golondrinas de estío, — era Pocitos.

¡La eterna ley de las compensaciones! La naturaleza, quizá arrepentida de habernos aprisionado entre dos gigantes: tomó al pequeño Uruguay y lo acostó muellemente sobre el dulce mar como si fuera un palacio flotante.—Desde entonces las olas murmuránle deliciosa “berceuse”, y en ese canto de mar que nos acuna está quizá el secreto de nuestro lirismo.

La familia de don Nicanor de Ortiz y la de Mister Stranford, su suegro, que habían retenido habitaciones en el Hotel Pocitos, — desde Buenos Aires, — llegaron a Montevideo en la mañana del 5 de Enero del año 1901.

Don Lindoro y Carmita apresuráronse a darles la bienvenida disculpando la ausencia de "Bella - Carmita" imposibilitada de acudir a saludarlos por encontrarse en cama sufriendo un fuerte ataque de asma.— Rogáronle al mismo tiempo en su nombre y en el propio, que aceptaran su casa como propia.

Muy agradecidos excusáronse los viajeros al no aceptar la hospitalidad ofrecida: en el número, eran doce personas que se habían comprometido a no separarse un sólo día, proponiéndose gozar al máximun aquella maravilla de mar, de cielo y de aire que se llamaba Pocitos.

Nicanor de Ortiz venía por primera vez al Uruguay, la patria de su padre, y tenía 45 años. No era ingratitud ni tampoco indiferencia hacia su familia de este lado del Río; pero los negocios, la vida agitada, no le habían dejado tiempo para el descanso y por eso para él este viaje tenía el mayor interés.

Reuníanse tarde y noche en la terraza de Pocitos el grupo de los Ortiz, los Stranford, los hermanos Carranza, algunos otros argentinos que también se alojaban en el hotel y Carmita a quien sus primas retenían allí casi constantemente.— Esta, extendía diariamente el círculo que rodeaba a los veraneantes, con aquellos amigos que creía oportuno presentarles.

Dentro de la monotonía del paisaje y la de la

vida de hotel, que no era entonces todo lo confortable que pudieran desear, trataban los turistas de variar el programa en lo posible; ya haciendo deliciosas excursiones en lancha o en "Kutter", a la Isla de Flores, a Las Toscas y a otras playitas vecinas, o ya reuniéndose en el salón de fiestas, donde se bailaba algunas veces, y otras, las menos, se hacía un poco de música; pero eso sí, donde se charlaba siempre con gran animación.

Gladys y Ketty Ortiz Stranford, eran dos encantadoras criaturas más inglesas por temperamento y por educación que porteñas, que lo eran sólo de nacimiento.

La raza americana, muy dúctil, sufre fácilmente la influencia del medio ambiente. Para ellas éste lo había sido su educación, el grupo de sus relaciones donde primaron las de su madre; y el atractivo fué la "libertad de acción" que hizo de ellas una deliciosa mezcla anglo - americana. Aunque naturalmente, tampoco faltaba quien dijera que de inglesas, no tenían sino el nombre. Cultivaban toda clase de deportes y el baile era una de sus predilecciones.

Missis Ortiz, inseparable compañera de su marido y de su padre, siempre que se trataba de paseos más o menos interesantes, delegaba en su cuñada Miss Stranford, sus obligaciones de madre.

Miss Stranford, aunque soltera, era una mujer madura, su fisonomía de hermosas líneas pero in-

expresiva y fría, no era sin duda alguna panal de atracción. Sin embargo estaba ella siempre dispuesta a marchar donde se le llevara, con verdadera condescendencia; pero tenía marcadas preferencias por las excursiones marítimas.

Se alojaban también en el mismo hotel, formando parte integrante del grupo, el doctor Alberto Carranza y su hermana Sarita, porteños éstos distinguidísimos y de rancio abolengo. Sarita, era muy joven, muy bella y muy rica, haciéndose perdonar por esta trilogía y por la gracia y distinción que la caracterizaban, su frivolidad y su vanidad sin límites.

Su hermano Alberto era uno de los jóvenes abogados que más se había distinguido en su generación.— Ultimamente, en el debate que había iniciado en la Cámara argentina el doctor Olivera, autor del proyecto de divorcio, el doctor Carranza había sostenido con el célebre abogado brillantísima controversia, y a pesar de ser considerado el doctor Olivera uno de los mejores parlamentarios, fué precisamente Carranza, el adversario de más fuste y el mejor documentado obteniendo en el debate un éxito de resonancia.

Las de Ortiz Stranford y los hermanos Carranza, reunidos aquella tarde en pequeño círculo, tomando el the, organizaban una excursión en "Kutter" para el día siguiente, y el punto elegido, fué la Isla de las Gaviotas, que aún no conocían. Re-

solvióse encargar a Carmita de las invitaciones, y al doctor Carranza de las provisiones.

LA ISLA DE LAS GAVIOTAS

Al día siguiente, a las 9 de la mañana estaban reunidos casi todos los invitados en el muelle de los pescadores en Pocitos, con la consabida protesta de las niñas, y hasta de alguno de los caballeros, por el madrugón.

Era una de esas mañanas maravillosas, en las que el despertar de la naturaleza, parece hablar a nuestras almas y a nuestros sentidos. Soplaban una suave y fresca brisa, ya que los vientos que a diario molestan tanto en Pocitos habían resuelto aquel día, hacerse sentir en otros escenarios; o es que quizá aún dormían.

Era uno de esos días en que se tiene la intuición del misterio, de algo nuevo, que se cruzará en nuestro camino.— ¿Será acaso la muerte? ¿Será acaso el amor?, como decía Amado Nervo.

El jefe de la excursión, era Roberto Pereyra y Rocha, caballero muy dado al deporte, de carácter franco, alegre y decidor.

Hízose la travesía sin mayor contratiempo; sólo Carlitos Píriz, flor de salón, extrañando quizá el invernáculo se había mareado.

Al llegar al islote elegido para término de la excursión, sufrieron el mayor de los desencantos. El escenario, no podía ser más pobre: áridas rocas, arena, mar... y ninguna gaviota.

Pereyra y Rocha y Paquito Alonso, acostumbrados a estos paseos, se propusieron sacar el mejor partido posible de éste. Quitaron rápidamente las velas del "Kutter" y formaron una especie de carpa que los protegiera del sol, que a esa hora, empezaba ya a molestar, e improvisaron una mesa con una tabla llevada al efecto.

Opino — dijo Paquito — que almorcemos temprano para regresar antes de medio día si no queremos morir de calor.

—Apoyado, dijo Carranza y marchóse en procura de las provisiones.

Carmita ayudábale a transportarlas desde el "Kutter", y mientras Ketty y Paquito, ponían la mesa, Miss Stranford recorría todos los recovecos del islote.

Sarita Carranza y Carlitos Píriz, sentados en unas rocas, respiraban con fruición el aire fresco de la mañana.

Cuando aparecieron las provisiones, reunieronse todos en un común anhelo.

El buen gusto de Carranza, todo lo había previsto; desde los frescos "sandwiches" en todas las variedades, y exquisitos "canapés de caviá" de anchoa, luego finas y doradas lonjas de pavo; pas-

teles de ostra, de verdura, de frutas, una deliciosa langosta, cuya carne rosada parecía un panal; rico queso y frescas frutas.— Todo esto iba desapareciendo rociado con delicioso “sauternes” y finalmente aparecieron, fuera de lista, unas sabrosas empanadas criollas, en el mismo momento que dejábase sentir el bordoneo de una guitarra, venida de contrabando.

—Bravo Paquito!! — gritaron todos, aplaudiendo con entusiasmo al verlo aparecer guitarra en mano.

—¡¡Que cante! ¡Que cante! — fué el clamor general.

—Primero las damas, dijo Paquito ofreciendo a Sarita Carranza el popular instrumento.

—Yo no, decía Sarita, mientras se alejaba del grupo con Carlitos Píriz, que aún no se había repuesto completamente de su mareo, y sentándose luego en unas rocas bastante distantes del barulento corro.

—Yo no he nacido para estas excursiones, dijo Carlitos, ni comprendo que haya gente que goce en estos paseos al aire libre. Si usted no hubiera venido, Sarita, no sería yo de la excursión, se lo aseguro.

—Y yo he venido por condescendencia, decía Sarita, por no ser agua-fiestas.

Y entre tanto, la guitarra que seguía buscando una mano amiga, la encontró en Dora Fuentes,

quien en sus frecuentes viajes a la estancia de su padre había aprendido a tocar algunos estilos. Era esta niña, un exquisito temperamento, que vibraba en todos los instantes y su espíritu era como el de Carmita, travieso e inquieto. Sus lindas manos presionaron dulcemente las cuerdas en un rápido arpegiado y su dulce y bien timbrada voz, acarició el oído de los excursionistas cantando:

“Aunque quieras un hombre

“Más que a tu vida,

“Muéstrate niña, ingrata,

“Y serás querida.

“Porque los hombres, porque los hombres

“Cuando se ven queridos ¡caramba!

“No corresponden.

—E¡ravo! ¡Bravísimo! — decían las mujeres con entusiasmo, y los hombres con cortesía.

—Otra copla Dorita, otra, pedían entusiasmasdas sus compañeras comprendiendo que llevaban la mejor parte.

“Yo comparo a los hombres

“Con las abejas,

“Pican todas las flores

“Luego las dejan

“Pero de paso... pero de paso

“Cada florcita lleva, ¡caramba!

“Su picotazo.

—Muy bien, muy bien, ¡bravo!

—Que contesten los hombres dijo Gladys, mirando intencionalmente a Carranza, que estaba a su lado.

—Yo no sé, decía éste, excusándose.

—Cómo no, insistía Gladys, usted que es tan fuerte en la controversia, debe contestar.

—Pero no con música. Si usted quiere contestaré a su oído y usted dirá.

—Pero Paquito Alonso, que ya tenía en sus manos la guitarra comenzó a rectificar su afinación y luego con simpática voz un tanto abaritonada cantó:

“Los hombres son el demonio

“Van diciendo las mujeres,

“Pero siempre están deseando

“Que el demonio se las lleve.

—(Todos) — ¡Muy bien, muy bien!

La alegría brillaba en todos los semblantes, hasta la fría cara de Miss Stranford, parecía rejuvenecida y hermoseada.— Esta, con marcado acento inglés dijo dirigiéndose a Paquito Alonso: Yo cantar si usted tocar lo mismo acompañamiento. Y cuando todos pensaban aún que ésta bromeaba, quedaron sorprendidos con la copla de Miss Stranford:

“Yo te quisiera querer
“Y tu madre no me deja,
“El demonio de la vieja
“Que en todo se ha de meter

¡Bravo! ¡Bravísimo!

—Quien nos hubiera dicho que en este saco habían chicharrones, decía Carranza y luego imitando el gesto de Miss Stranford dijo: haga sonar Paquito, yo cantaré.

Preludió este una peteneras.

En eso aparecieron los exquisitos dulces del Telégrafo, pues habíales llegado el turno.

Entre tanto Carlitos Piriz, que había descubierto una sorpresa de Carranza, sacando del agua una botella de champagne gritó:

Au champagne glacé.

Con el último sorbo dijo Gladys: ahora la petenera de Carranza, lo prometido es deuda.

—Pero con mano ajena Paquito.

Este, hizo sonar la guitarra y Carranza con voz de bajo sin contrata cantó:

“Hasta los caracolillos
“Que hay en la orilla del mar
“Me dicen: “que no te quiera
“Y no te puedo olvidar.

¡Muy bien, bravo, bravísimo!

—No nos falta ahora nada más que bailar un pericón sobre la arena — dijo Paquito.

—Que lo dirija Pereyra Rocha, dijo Carmita.

Mientras comenzaron a formarse las parejas, ya Paquito preludiaba los primeros compases de nuestro clásico baile.

Formose el semi círculo, girando unos minutos cada caballero con su dama, oyéndose de pronto la voz del director que decía: "A la voz de aura, cámbiense las parejas por la izquierda". Y la bulliciosa y alegre farándula, hubiera continuado hasta el día del juicio, sino la hubiera detenido un grito inesperado ¡"Auxilio, auxilio!"

Los bailarines no habían podido aún darse cuenta de qué se trataba, cuando ya Miss Stranford con su habitual serenidad, habiendo visto y medido el peligro, corría hacia la playa y quitándose la chaqueta arrojóse al agua.

Paralizados por el espanto aún no se había movido nadie de su sitio, y cuando quisieron reaccionar, los más arrojados corrieron hacia el lugar del suceso y vieron entonces venir a Miss Stranford jadeante, sosteniendo terrible lucha con las olas, trayendo flotante el cuerpo de Carlitos Piriz, sostenido por su brazo izquierdo, asidas sus ropas por la boca y remando desesperadamente con el derecho hacia la orilla. Sus compañeros pasaron momentos de cruel angustia y terrible expectativa, uno de esos momentos que no terminan nunca.

Paquito Alonso y Pereyra Rocha recibieron el cuerpo inanimado de Carlitos de manos de Miss Stranford, mientras los demás trataban de sostener a la heroína, extenuada por el esfuerzo.

Otros, entre tanto intentaban forzar la respiración de Carlitos.

Carranza tirábale la lengua hacia afuera, Paquito soplabá fuertemente a su boca para hacer llegar el aire a sus pulmones.

Sarita lloraba desesperada, acusándose "yo tuve la culpa, se me ocurrió un caracolillo y resbaló...., que no muera, decía siempre entre sollozos.

Sus compañeras trataban de tranquilizarla asegurándole que ya había pasado el peligro.

Serenados los espíritus, trataron de ponerse en marcha hacia Pocitos.— Carlitos aún maltrecho, juraba que no volvería a hacer más excursiones marítimas en toda su vida.

—No sea mal agradecido, dijo Carmita, mire que el accidente ha servido para hacer un descubrimiento. Pregúntele a Sarita.

Esta a su lado ayudaba a sostener a Carlitos y sonrojándose dijo: Cállate Carmita.

—¿Qué cosa? — preguntaba Carlitos. — quiero saber.

—Mire que era una confesión, — dijo Carmita.

—¿De veras Sarita?

—No, no, cosas de Carmita.

El "Kutter" se alejaba rápidamente y como soplaba buen viento, hicieron el trayecto en poco tiempo; pero todos estaban contristados con el accidente y la alegría había desaparecido.

Solo hubo un momento en que todos rieron.— Miss Stranford, pensando tal vez como sus compatriotas, que el tiempo es oro, dijo al llegar a Pocitos:

Hoy ya no tengo que bañarme.

DESPEDIDA DE MONTEVIDEO

El apartamento B) del Hotel Pocitos, presentaba aquella tarde inusitado desorden; balijas, cajas, tules, sombreros, trajes; todo un maremagnum. Las señoritas de Ortiz Stranford, preparaban su regreso a Buenos Aires, haciendo sus maletas.

Carmita ayudábales en la ingrata tarea, que amenizaban entre todas con alegres charlas.

Gladys, un tanto fatigada, habíase sentado un momento y llamaba con un gesto a Carmita.

—¿Que te pasa Gladys? — dijo ésta acercándose.

—Quiero hacerte una confidencia antes de separarnos.— Ven Carmita, alejémonos un poco.

—Secretitos! secretitos!, dijo Ketty.

—Se trata de algo serio por lo visto, — dijo Carmita, siguiéndola.

—¿No lo imaginas? — Sentémonos en estos sillones, aquí en este rinconcito, dijo Gladys.

—Estás misteriosa, me alarmas.

—Pues, no se trata de nada raro, ni grave, es muy sencillo: me he comprometido con Carranza, y este pedirá mi mano al llegar a Buenos Aires.

Sorprendióse Carmita, pero reaccionando rápidamente abrazó a su prima con alegría, diciendo: Mis felicitaciones querida!, pero ¿no decías tu que no lo querías?

—Es cierto, dijo Gladys, y no lo quiero aún; pero lo querré, estoy segura, porque se lo merece y porque en ello pondré toda mi voluntad.

—Ya lo creo que se lo merece, contestó Carmita; Carranza es lo mejor de lo mejor.

—Por eso, por sus condiciones es que yo renuncio al loco amor, ese, que siempre se sueña, y casi nunca se alcanza.— Yo estoy segura que encauzaré mis sentimientos y que se inclinarán hacia él, no lo dudes querida, pues Carranza es el más bueno, el que mejor me quiere y me ofrece un brillante porvenir; ya lo ves Carmita, las mejores garantías de felicidad.

—Pero, ¿y si apesar de todo no pudieras quererlo?— Piensa Gladys que el corazón ha de sentir y no comprender.

—Pues... me conformaré entonces, con dejarme querer

—No digas eso, Gladys, que es casi un renunciamento al amor, al sublime amor.

—Mira Carmita: el amor es una ilusión; el matrimonio es una realidad a la que fatalmente hemos de ir, luego, si nos empeñamos en perseguir aquél, corremos el riesgo de alejarnos de éste.

—Con esa teoría, dijo Carmita, no debiera tener nuestra preferencia el hombre que amemos, sino el que pueda o quiera casarse.

—No tan crudo Carmita; pero puedes estar segura que yo no perseguiré imposibles, ni tampoco me empeñaré en vencer al destino; hay que querer lo realizable.

—Desde luego Gladys, tu no eres una apasionada.

—No mi querida, esas exaltaciones no son elegantes.— Yo tengo mi teoría: entre enamorados, el uno quiere, y el otro, se deja querer; cuestión de roles... Pues, yo elegiré el último Carmita, es más cómodo.

—Si, pero más egoísta.

—Y amor, que siempre pide, ¿no es egoísmo acaso? — dijo Gladys.

—Lo hay que todo lo da.

—Mira Carmita, permíteme darte un consejo

sano, de hermana mayor; déjate de romanticismo, encauza bien tu vida; nadie más que tu lo necesita ¡eres tan sola!

—Te lo agradezco Gladys; pero, yo he de vivir la vida del sentimiento.

—Yo no te lo prohíbo; pero vamos al caso: ¿porque no quieres a Paquito Alonso, que es bueno, que es inteligente, rico y que te adora?

—Razones tiene el corazón que la razón no alcanza.

—No Carmita; es tu imaginación, que todo lo complica. Te ha dado por pensar en ese músico que viste unas cuantas noches, que lloraron juntos (¡qué cursi!) y que no sabes ni quién es ni si lo volverás a ver.

—La quimera Gladys.

—La soncera Carmita.— Mira, ponte en razón, tu no puedes estar enamorada de un hombre con quien nunca has hablado, y de cuya vida nada sabes.

—Por eso mismo Gladys. ¿No conoces tu la atracción del misterio?

—Tonterías Carmita.— Además, es ridículo ¡un artista!, uno de esos hombres que no tienen patria, ni hogar... Oye prima, no es de tu rango.

—El corazón elije y es soberano, Gladys.

—Uno de esos nómadas, que donde van dejan el rastro, es indigno de ti Carmita.

—Eres injusta Gladys, y pierdes el tiempo,

pues yo no te he dicho que lo quiero.

—Sí, pero cada vez que recibes uno de esos saludos como tu le llamas a las viajeras postales, te noto nerviosa, preocupada y hasta triste, que en ti es anormal.

—Me descubres estados de ánimo, que yo ignoraba.

—Tu no me dices la verdad Carmita.

—Te lo aseguro.— He pensado en él mas de una vez, como se piensa en algo que nos ha impresionado, como un cuadro, una estatua; pero esto, no puede ser amor.

—No hijita, eso no es amor, puedes tranquilizarte, dijo Gladys.

—Pero me gustaría volverle a ver y me halaga recibir sus saludos por que veo que me recuerda.

—Lo vés Carmita ¿cómo tu misma te estás sugestionando? — Acabarás por creerte enamorada.

—Y si así fuera, ¿podría darse mayor felicidad?

—Ah! Carmita, Carmita!, tu me preocupas.— Piensa en tus viejos abuelitos, los únicos lazos que te unen a la vida y trata de ser un poco práctica. oh! tu educación conventual, nunca me ha parecido buena; las hacen resignadas aun antes de haber sufrido, las hacen vivir para otra vida, con la ilusión que ha de ser mejor.— Yo, por mi parte ig-

noro si existe; pero solo sé, que ésta, la que estamos viviendo, la relegan a segundo plano. ¡craso error!... Carmita, abandona esas ideas que por viejas, ya son rancias.

—Nada tiene que ver el Convento con el ideal, con el amor.

—Te parece, Carmita; y por defenderlas de supuestos peligros, las alejan muchas veces de la realidad, porque es materia; pero que es verdad.

—No digas eso Gladys, tu no conoces esas santas criaturas, que son las buenas hermanitas. Nos hablan siempre de lo bueno, de lo bello, del ideal, de la dicha.

—Si Carmita; pero, como de algo que no existe en la tierra, que ellas no encontraron, que está solo en su Dios; y así poco a poco, se van sugestionando y creen que en esta vida, todo es transitorio y la vida va pasando y hemos de vivirla una sola vez Carmita.

—Te desconozco Gladys; nunca te he visto perder tanto tiempo en las cosas ajenas; eso no es práctico.

—Porque te quiero Carmita, y me das miedo.

—Nada temas por mí, soy fuerte.

—¿Ves como tengo razón? — Aún no has sufrido, y ya estas resignada.

—No lo ceras Gladys. ¡Si tengo en mi misma una gran fuente de alegría! Amo la vida, soy sana, lo bello me atrae, me impresiona; creo en el amor,

¡oh! sí, creo que es la mejor parte de la vida. Ya ves ¿porque no he de ser feliz, si también creo en la felicidad? — Mírame bien Gladys, hoy soy feliz. muy feliz.

—¿Qué te pasa Carmita? Me asustas.

—Mira esta tarjeta Gladys, es de él, y me dice que vendrá pronto.

—Me lo sospechaba, dijo Gladys con amargura.

—Creed y no temáis, dijo nuestro Señor Jesucristo; y yo creo, aun sin haber visto.

—Privilegio de ustedes las creyentes.

—Gran privilegio Gladys, hermana mía.

En este momento sintieron acercarse a ellas sus compañeras, que terminada su tarea estaban intrigadas con el largo coloquio.

¿No podríamos intervenir nosotras? — preguntaron a la vez Ketty y Miss Stranford.

—Como no, dijo Gladys; precisamente pensaba llamarlas en este momento. He comenzado por Carmita y continuaré con Vds. Novedades! novedades! ¿No adivinais?

Nos damos por vencidas; habla, dijo Ketty.

—Pues, que me he comprometido con Alberto Carranza, y pedirá mi mano al llegar a Buenos Aires. ¡A casarse tocan amigas!

—¡Viva la novia, gritó Miss Stranford.

—Viva! Viva! — corearon todas alegremente.

—Festejaremos el acontecimiento con una copa de champagne es de rigor, decía Ketty, mientras tocaba un timbre para dar órdenes.

—Me parece muy bien, dijo Gladys; pero entre nosotras y en secreto, es mi deseo. No quiero enterar a los viejos hasta que hayamos llegado a Buenos Aires.

—Que mandan las señoritas? — dijo el camarero encuadrándose en la puerta.

—Champagne glacé. — Sírvalo aquí mismo, dijo Ketty.

2

CARTAS CONFIDENCIALES

CARTAS CONFIDENCIALES

Buenos Aires, Abril 3 de 1901.

Querida Carmita:

¡Cuántos días recordándote!—
Cuántas cartas pensadas... y no escritas!.... Pero, tu no sabes querida, lo que significan los preparativos de la boda de una niña mimada de la fortuna.

Esta casa, es una colmena donde solo hay un zángano, la novia.

Si tu pudieras ver!, cintas, encajes, sedas en todos los tonos y matices, flores, mostacillas. Y todas estas frivolidades, destinadas a embellecerme, llenarán de encanto nuestra luna de miel; pues, convéncete mi querida Carmita que a los hombres todo les entra por los ojos, incluso el amor.

Tu no te imaginas, como he compadecido de verdad, recién ahora, a las desgraciadas cieguitas. Pensar, que no podrán ver todas estas maravillas

que salen de las manos de las hadas de la aguja, y que tampoco podrían verlas y admirarlas si las tuvieran! ¡Qué pena de cieguitas!

Tengo también todo el día en casa, con sus muestras y consultas, a los tapiceros, ebanistas, decoradores, empapeladores. En fin, me enloquecen, pues Carranza, no quiere que se ponga nada en nuestra casa, que no sea elegido por mí.— No sé, si es esto, confianza absoluta en mi buen gusto, o desconfianza de poder complacerme con el suyo.— Yo creo que la fama de mi exigencia, es mayor que la exigencia misma.

¡Si tu pudieras verme, me desconocerías. — Salgo muy poco, solo a tiendas y modistas, y hasta me paso largas horas recostada, soñando, como tu lo hacías en Montevideo; solo que yo sueño cosas realizables, no quimeras como tú, he ahí el secreto del éxito.

Me he olvidado un poco de mi preocupación de la línea; me paso hasta una semana sin pesarme, así es que, ya no soy tan servil de mi cuerpo como tu me llamabas por mis exajeradas gimnasias!

¡Tiene tantas complicaciones un casamiento! Carranza viene todos los días; es necesario que nos tratemos para conocernos un poco; hemos de estar luego, tanto juntos!

Me cuenta sus proyectos, su vida del pasado, del presente. Todo lo que yo he visto quiere ver y

saber; pero, tiene unos lentes ahumados que todo lo transforman, su amor. Está demasiado enamorado.

Tu no puedes imaginarte, como se ha puesto de exigente ¡oh! nuestros maridos criollos!, yo había pensado siempre librarme de ellos, por incómodos, y aquí me tienes, prometida a uno y quizá al más exajerado; ¡cosas de la vida!

Es terriblemente celoso y yo no comprendo los celos, si no en el conventillo; quiere vivir todas mis horas, adivinar todos mis pensamientos; pero, tengo la esperanza que esto será transitorio, pasará ¿no te parece?

He tenido con él muchas condescendencias, que por el momento, las he creído necesarias. — No voy al tennis ni al Palais de Glacé.— Tampoco he ido a ningún thé, ni dinner - danzant; pero no creas que he renunciado a todo eso para siempre. Sería ridículo. Solo, que he creído necesario poner un paréntesis en mi vida de fiestas, para dar cabida al breve noviazgo. Luego, en la vida que vendrá, me reservo mis gustos, para matizar los de Alberto.

Por lo demás, tampoco tendría tiempo, pues Carranza quiere casarse en la primera quincena de Mayo. Ya ves que poco falta.

Cuando llegamos a Buenos Aires de inmediato Carranza pidió mi mano, como habíamos convenido en Pocitos. Papa y mamá, quedaron tan sorprendidos como encantados, pues mi actitud indi-

ferente ante el asedio Carrancista en esa, les había hecho perder la fé en esa alianza, que ellos tanto deseaban.— Ahora, todo el mundo está contento, hasta Miss Stranford.

Tu sabes que mi novio, es una personalidad político - social, y en el mundo de las finanzas, es una potencia.

¿Si yo lo quiero?

Mira Carmita, según mi teoría yo me dejo querer; pero créeme, me encanta ver a este hombre fuerte, tan enérgico frente a otros hombres, temblar como un niño junto a mi, tratarme a veces como a una muñeca y llamarme su nena y todas esas adorables sonceras de un enamorado, y otras veces, tornarse cruel y hasta descortés, ya que la vehemencia latino - criolla hace tabla rasa de todo, hasta de la buena educación cuando los celos quemán, y entonces, ya no soy ni su nena, ni otras yerbas dulces, sino mujer cruel, mujer fría, y que sé yo cuantos epítetos por el estilo. — ¡Es divertido, ¡muy divertido!

Solo que ,en esta forma no seguiremos siempre; esto sería gastar la vida, y no vivirla, como yo ansío.

Para mi, una emoción dolorosa, ya no es ilusión. Mis sentimientos no tienen espinas, son suaves, tranquilos. Yo creo en Carranza, es un caballero; luego, las demás mujeres me tienen sin cuidado.

Por lo demás yo no tengo la obsesión del amor en todos los instantes; pero Alberto es la vehemencia misma, y si unas veces me encanta, otras veces me asusta.

Es necesario que te vengas a fines de Abril; quiero que pases conmigo los últimos días de soltera. Además, deseo que te hagas hacer aquí el traje, pues tu formarás en el cortejo.— Llevaré ocho madrinas, todas vestidas iguales, en creppe georgette color de rosa, con lacitos plateados.

Tu sí, pequeña personita, que parecerás una muñeca con los grandes volados y la elegante capotita!, serás un poema en rosa ¡lástima grande, que no ha de verte el llorón de la batuta!

Sabrás que he de casarme por las dos Iglesias; mamá consiguió de Carranza que aceptara también la ceremonia protestante por su familia que lo son todos.— A mí esto me entusiasma, pues dicha ceremonia es más lucida y brillante que la católica.

Mi traje de novia será una maravilla, no te lo describo, no hay palabras. Yo quiero que Alberto tenga siempre, siempre, la visión de ese minuto bello que será nuestra boda.

Cara Carmita, creo haberte contado todo. Solo falta, que tu trasmitas de ello lo que te parezca, con mis cariñosos saludos a Bella Carmita y tío Lindoro, ¿vendrán ellos?

Pídeles también en mi nombre, que te permitan venir enseguida.

Cariñosamente te besa.

GLADYS.

Montevideo, Abril 30 de 1901.

Gladys queridísima:

Mis telegramas te han tenido al corriente de la gravedad de Bella Carmita y de la imposibilidad de asistir a tu boda. ¡Pobre abuelita!, está mejor, pero tan delicada!— La proximidad del invierno me aterra, el doctor dice que si sigue reaccionando y puede levantar un poco el espíritu, convendría llevarla a climas más dulces. Qué terrible enfermedad es el asma, y complicada con bronco-neumonía es desesperante. Ojalá podamos llevárnosla a Río; es nuestra esperanza y nuestra ilusión.

¿Y tus preparativos de boda, Gladys, como marchan?

Qué pena para mí, no poder volar hasta Buenos Aires. Ahora que me gustaría tanto estar a tu lado! No puede ser, aquí estoy atada por el deber y por el cariño; los lazos más fuertes.

A Bella Carmita, para que esté tranquila le hemos dicho que tu boda se ha prorrogado.

Yo nunca he visto casar a nadie, Gladys! — Debe ser muy emocionante la ceremonia; pienso en

la novia, qué enorme responsabilidad la suya; la felicidad de un hombre, en sus manos tan frágiles, tan pequeñas... Y pienso, ¡que es tan difícil ser mujer!

Tu, Gladys, tienes un carácter hermoso, todo lleno del optimismo sano de la vida, eres dulce, nunca has sufrido tienes el alma nueva para el dolor; pero, yo quisiera sentirte más enamorada. -- No sé porque presiento, que en el matrimonio aunque éste, como en tu caso, esté defendido de la lucha material, que debe ser cruel; no sé porqué me dice a mi el alma, que solo un gran amor nos hará sentir dulce, la cadena que nos une a otro ser.— Y mi alma, tampoco sabe aún de dolores, solo sabe de inquietudes.

Pero, yo he vivido lejos de mis abuelitos, no tuve madre, y allá en el Convento muchas veces me sentí lejos de los que tenía cerca, ¡oh! la incompreensión!— Si yo deseaba reir, ellas, las hermanitas querían rezar, y así muchas veces.

Por eso, yo presiento que el amor debe ser una gran luz en nuestra imaginación y en nuestro corazón, que nos hará más comprensivos con la persona amada.

Yo pienso también que Carranza es muy diferente de ti en gustos, en ideas; son ustedes temperamentos poco afines, y si tú no lo quieres mucho, mucho, sufrirás un poco para adaptarte a él.

¡Basta Carmita! ¡Basta de sermón! — adivi-

no que estás diciendo al leerme, y hasta veo tu linda carita que frunce el ceño agregando: ¡que no estamos en el Convento, Carmita!

Y tienes razón: ¡si es tu boda! ¡si tocan a cantar y eres la más alegre! ¡si tocan a bailar y eres gran bailarina! ¡alegrémonos, bailemos!...

Solo que... Carranza no baila.

¡Gladys queridísima, cómo me gustaría verte guardar en los baúles, tus lindos chiches de mujer elegante y rica, ya imagino el derroche.

Recuerdo que muchas veces tu decías en Pocitos: “para ti Carmita, nada, es mucho; y para mi, todo es poco”.— Cierto es, que tu le llamabas “miss nada”, a la ilusión, al misterio, a la quimera.

Yo te pido, que en mi recuerdo, en el baúl predilecto, en aquel que hayas guardado las cosas más bellas de tu ajuar, pongas un paquetito de “reservas espirituales” y el día que creas que te ha fracasado alguna toilette... acudas a ellas y quizá no te arrepientas.

A fin de semana te enviaré una colección de cofias, que en mis largas veladas a Bella Carmita he hilvanado para tí. Yo no sé, si me habré puesto a tono, he tratado de adivinar los colores y las cosas que han de rodearte y luego, las he armonizado, con tanto cariño, he grabado en cada puntada un recuerdo mío y quién sabe cuántas fantasías de la loca de la casa, ¡tantas!, que con

ellas podríamos hacer mil castillos en el aire.

Guárdame algunos lindos moldes, yo no soy rica como tú, y me gustan también tanto, las cosas bellas! Como tu no tendrás tiempo, pídele a Mis Stranford que lo haga por tí.

Olvidaba darte una noticia: Raúl está en Buenos Aires. Estuvo de paso en Montevideo, y trató de verme, fué todo inútil; Bella-Carmita estaba muy grave, era imposible. Me envió un hermoso ramo de flores. Trabaja en "La Opera"; pero ignoro hasta cuando durará la temporada y si lo volveré a ver.

Si vas al Teatro, mírale por mí desde lejos, y con permiso de Carranza.

Adios bella novia. Muchas, muchas felicidades; muchos, muchos sueños... todos serán pocos, y mis mejores votos.

CARMITA.

EPITALAMIO

Para Gladys el día de su boda.

Mayo 17 de 1901

Olor de flores y de incienso
Bajo la bóveda del Templo,
Luces de claror triunfal
Inquietud de los semblantes
Y los acordes tremantes
De la música nupcial.

Hay labios temblorosos
(La emoción de esperar)
Párpados que se agitan
(La emoción de soñar)
¡Dios del amor, preside este cortejo
Y trae contigo a la felicidad!

Marcha de Lohengrin, como ninguna
Arrebatada, tremolante, dulce.
El novio va como a través de un sueño,
La novia toda su belleza luce,
Y vestidas de rosa, las madrinas
Como en un haz floral, todas se unen.

¡Momento sin igual en que los novios
Ante el altar temblando se arrodillan
Y al cambiar el anillo de las nupcias
En los ojos, muy pálidos se miran!

Dios bendiga su unión de vida y sueños
De mutua protección y de ternura
¡Las flores de azahar no pierdan nunca
Su fragancia y su nítida blancura.

(Espíritu sagrado del amor bendecido:
No te separes nunca del borde de este nido!)

Se van los novios, lentamente,
Al compás de la marcha nupcial;
Amor, díles algo al oído...
Algo que nunca han de olvidar!

(Dios del amor)

“¡Oh novia blanca, como hecha de luna:
Nunca dudes, conserva tu ilusión
Y ten para la buena y la mala fortuna
Siempre un canto de cisne entre tu corazón!”

CARMITA

Buenos Aires, Junio 2 de 1901

Carmita, Carmita:

¡Ya estoy casada! ¡Qué pecado, que no hayas podido venir a mi boda! Hoy hace quince días... Y cada uno de ellos, ha sido como un sol, que nace, brilla, calienta, y luego, declina para comenzar de nuevo.

Esta embriaguez del amor, es deliciosa, y tu sabes bien, que yo no soy una sentimental. Solo una cosa me preocupa; pasará esto pronto? ¿y qué la reemplazará luego?

No quiero inquietarme, quiero gozar tranquila del presente:

"Oh novia blanca, como hecha de luna:

"Nunca dudes, conserva tu ilusión

"Ten para la buena y la mala fortuna

"Siempre un canto de cisne entre tu corazón".

No oyes? Déjame seguir el sabio consejo.

Tu no puedes imaginar Carmita, como es hermoso este despertar a cuatro ojos a todas las cosas. ¿ Que antes las miraste con los tuyos? pues, has de cuenta, que no las has visto, o que las has visto borrosas, pequeñas. Mientras que ahora, los dos ojos amados como si las iluminara de pronto, te enseña a mirarlas agrandadas, embellecidas con el encanto de lo nuevo, ¡he ahí, los cuatro ojos maravillosos!

¡Lo que hemos paseado juntos Carmita! Teatros, thés, comidas, recepciones, conferencias.

En todas partes soy "la señora de Carranza", algo nuevo que me impresiona bien.

Luego, me siento admirada y envidiada y esto me encanta. Solo una cosa no he podido conseguir de Alberto; que me lleve al tennis... esperemos.

He estrenado preciosos vestidos, alhajas estu-
pendas, ricas pieles, creo que algunos días hasta con calor las he llevado; pero mi novelería parece que todo quisiera agotarlo en un día.

También han figurado en el desfile de novedades, tus preciosas cofias; pero en la intimidad

¡que pena!, no poderlas llevar al teatro... si vieras que lindas me quedan algunas.

Solo aquel paquetito, ¿recuerdas? un capricho tuyo "las reservas espirituales", no me han interesado aún, está intacto el paquete. Quizá un día de lluvia. Por el momento me basta con el amor. Ahora si creo que me estoy enamorando de mi marido ¿no te lo decía yo que así tenía que suceder? ¿Será contagio?, porque Alberto, está loco, de manicomio.

Si vieras, anoche...

Pero, estoy mal, esto es ya mareo amoroso, ¿pues, no te iba a contar una escena?... y de pronto recuerdo el famoso epitafio de "Eça de Queiroz"

"Sobre la ruda desnudez de la verdad,

"El manto diáfano de la fantasía"

Y yo dejo a tu fantasmagórica imaginación, mucho más rica e inquieta que la mía, bordando escenas y tejiendo idilios: ¡y quien sabe!

Te prometí una crónica de la boda, voy a hacértela rápidamente, pues tengo que prepararme para ir a la ópera esta noche y tu sabes, que eso lleva tiempo y responsabilidad. Te prometo mirar desde lejos, por tí, al hombre de la batuta.

Pues, a empezar ¿por donde?

La tarde anterior al día fijado para la boda, el 16, tuvo lugar el casamiento civil, en el salón-chico; pocos invitados, los testigos, hermanos, cuñados y parientes más allegados.

La novia "yo" Gladys" lucía un precioso tra-

je color de rosa de crêpe-georgette y pailleté. El novio (Carranza), sin novedad.

Tu ya sabrás que en sociedad, existe el prejuicio de no darle importancia al acto civil; pues realmente querida, casi no la tiene. A mí no me ha quedado ninguna impresión. Ni novios parecíamos, es natural sin la blanca toilette!

Cierto es que puse muchas firmas y Alberto también. Bueno, dicen que eso se llama "el contrato matrimonial". Yo no me sentí intimidada, ¿será porque, este pueda romperse?, lo que asusta, es lo indisoluble.

Sin embargo, como un recuerdo de aquel momento que iniciaba nuestro nuevo estado civil, estrené un magnífico collar de perlas regalo del novio. Después... un poco de champagne, y he ahí todo. Dormí esa noche, con mis nuevas perlas, la última noche de soltera en mi cuartito azul.

Al día siguiente, el 17 de Mayo, nuestro gran día; no es para pintarlo el alboroto de nuestra casa. Desde temprano comienzan a llegar los regalos, aunque ya hacía días que veníamos recibiendo. El primer hall y la galería de retratos se llenaron de preciosas canastas y ramos de flores, también el salón principal, donde se había pensado celebrar la ceremonia protestante, que a último momento se resolvió suprimir; Alberto decía que era demasiado exhibicionismo, y como se resistía de todas maneras hubo que elegir una, y se le dió entonces le prefe-

rencia a la ceremonia católica, por ser la familia de Carranza muy religiosa, y nosotros en cambio indiferentes, solo la rama materna era protestante y quedó en minoría.

Sigo con los regalos. Llegaron de todas clases y variadísimos, imposible detallarlos. Entre todos les buscábamos la mejor ubicación. Alhajas, una enormidad, tuvimos cuatro vitrinas.

Esa mañana llegaron de Montevideo los de ustedes. Tu anillo es magnífico, llevé puesta la preciosa perla en tu recuerdo. El pendantif de Bella-Carmita y Tío Lindoro, es una maravilla; pero, lo que me emocionó realmente, apesar de insistir en que yo no soy una sentimental, fué, tu "epitalamio". Me dices, que era para mí sola, que tu no eres poetisa, que ni sabes siquiera lo que son consonantes Yo tampoco; pero sé, que tu canto de bodas, es poesía aunque no sean versos, y me ha traído algo de tu emoción de amor, y es por mi boda! y todo ello es dulce como tú, Carmita. No te enojas pero se lo he enseñado a Alberto; era necesario leerlo a cuatro ojos, y juntos lo leímos y te recordamos mucho.

Alberto pasó casi todo ese día con nosotros y hasta se quedó a almorzar, aunque creo que no es de protocolo; pero en estos casos es bueno perder un poco la línea. Lo hubieras visto, él mismo colocaba, de pronto un jarrón, que no, que la canasta, y entre un regalo y otro que viene, un beso furtivo

que se va. Así se pasó el último día, hasta que llegó el momento de vestirse para ir a la Iglesia.

Mi traje de novia, era algo de soñar; no puede describirse, lo verás, en el retrato que te enviaremos. Es de piel de cisne; pero el detalle que más me gustó, fué un manto de tul, de ilusión, colocado en la cabeza en forma de abanico y que luego caía, cubriendo todo el manto de encaje de Inglaterra, que era estupendo. Este detalle, no lo he visto en ninguna novia, creo que era creación del modisto.

Tu ya conoces la iglesia de San Miguel, fué la elejida; porque es la que está actualmente de moda. Estaba vestida de gala, con sus ricas alfombras de Smirna hasta la escalinata. Un derroche de jacintos blancos y mirto en el altar mayor, y en la nave central por donde debíamos pasar los novios, preciosas guirnaldas de flores de azahar y tul de ilusión.

El cortejo se iniciaba con dos parejitas de amorcillos; luego, la novia, del brazo del padrino "papá Nicanor"; seguíanos el novio dando el brazo a la madrina, su madre, después venían las madrinas que se habían elejido para el casamiento protestante, ocho parejas vestidas con los trajes ya descriptos anteriormente y que resultaron preciosos. La orquesta tocaba la marcha nupcial de Lohengrin a tu pedido.

Pero, ser la novia querida, es algo que no pue-

de olvidarse. Todo el mundo quiere verte, sonreírte, admirar tu traje y hasta no faltará quien lo critique y quien lo copie; pero, todo es la novia en una boda.

Al llegar al altar donde Monseñor nos esperaba, Blanca Ortiz de Zúñiga cantó el Ave María de Gounod. Te confieso, que sentí en ese momento una fuerte emoción; luego las palabras de Monseñor, el cambio de los anillos, los ojos de Alberto.

¡Es impresionante la ceremonia del casamiento religioso!

Y después, el regreso del brazo del novio; que me decía muy quedo, mía, mía para siempre. ¡Qué hermoso es Carmita! Cásate, y cástate en la Iglesia; la ceremonia y la emoción valen todos los riesgos y sorpresas del Destino.

En casa luego, no hubo fiesta, la enfermedad de Bella-Carmita y tu ausencia la impidieron. Un gran derroche de luces, flores, vinos, dulces... y más tarde... nos marchamos juntos, a nuestro precioso hotelito y...

“Sobre la ruda desnudez de la verdad

“El manto diáfano de la fantasía”.

Te besa muchas veces,

La Señora de Carranza

Montevideo, junio 27 de 1901.

Gladys muy querida:

Tu carta me ha dejado contenta, muy conten-

ta. Por ella he visto que tu casamiento fué una linda fiesta, en la cual, la novia tuvo un rol lucidísimo, como era de esperarse por la gran mise-en-scene; pero lo que colma mi alegría es el ver que empiezas a querer mucho a tu marido.

Quien sabe si al fin no estás tu en lo cierto, y sea realmente la reflexión, el mejor camino para llegar al amor y a la felicidad en el matrimonio.

¿Recuerdas la conversación que tuvimos en Pocitos sobre este tema, precisamente el día que me anunciabas tu compromiso con Carranza? Tú dijiste: "no lo quiero aún; pero estoy segura que lo querré, porque es el más bueno, el que mejor me quiere y me ofrece un brillante porvenir, ya ves las mejores garantías de felicidad". Así dijiste.

Y así ha sido, Gladys, gracias a Dios! Estoy ya tranquila por tí, te veo al fin bien orientada. ¡Dichosa tú, que no tienes mi loca fantasía!

Escúchame: ayer estuvo en casa Paquito Alonso, a pedir mi blanca mano. ¿Tiene gracia, verdad? Así, sin previo aviso, sin ponernos de acuerdo y sin que nada me hiciera sospecharlo tampoco.

Tu sabes bien que yo no lo quiero y que así se lo dije muchas veces, en nuestros paseos playeros del verano pasado. Luego, la gravedad de "Bella Carmita" y la vieja amistad que nos une a su familia, lo autorizaban a venir frecuentemente a interesarse por la enferma. Muy rara vez aludió a sus pasadas declaraciones.

Yo no soy coqueta, me parece; pero, soy mujer. ¿Será que la negativa no fué muy convincente? ¿O mi actitud habrá sido un poco equívoca?

No lo sé. Lo cierto es que él se hizo ilusiones y se presentó a pedirme a papá Lindoro.

Figúrate mi asombro! y también el de abuelito. Me llaman a la sala a requerir mi consentimiento. Yo no supe que decir. Por ahora no, yo no pienso casarme, abuelita me necesita, en fin, evasivas.

Papá Lindoro insiste: esos no son motivos; pero Carmita ¿tu lo quieres?

Me pareció una crueldad decir, no lo quiero, y callé, ¿que ridículo verdad, Gladys?

Entonces, Paquito que posiblemente había comprendido vino hacia mí diciéndome: Carmita, prométame reflexionar, esperaré un mes, dos, lo que usted quiera, yo no he de olvidarla. Y se marchó.

Abuelito me abrazó emocionado, también había comprendido. No lo quieres, ¿verdad hijita? ¡Que lástima! yo hubiera muerto tranquilo si pudiera dejarte bajo su protección ¡vale tanto ese muchacho!

Y yo también lo comprendo, es el mejor, el que más me quiere y me ofrece un brillante porvenir; las mejores garantías de felicidad como tu decías, y sin embargo; ¿porqué no digo yo como tú: estoy segura que lo querré, porque lo merece y porque encauzaré hacia él mi afecto, ¿porque? Yo no

puedo decirlo Gladys, no puedo. Tengo sobre el amor una idea tan hermosa, tan grande! Me parece, que yo esperaría temblando de emoción el momento, que había de unirme al hombre amado, a corazón abierto, lleno de esperanza, lleno de ilusión. Y yo, con Paquito Alonso que me quiere mucho y que es tan bueno; si me dijeran: "vete Carmita", tendría miedo... no sé... un extraño miedo.

Después de la escena que te cuento, he tenido anoche un sueño muy raro, que me ha impresionado mucho aunque no soy supersticiosa. ¿Qué significará? ¿tu no sabes interpretar los sueños?

Oyeme: soñé que me casaba, me veía vistiéndome de novia; me sentía invadir por una emoción dulce, una emoción maravillosa, que deben sentir los que se casan amándose de veras, y seguía vistiéndome, tan pronto apresuradamente, pensando; él me aguarda, luego, más lentamente como si quisiera prolongar la deliciosa sensación de la amorosa espera.

Me veía con un traje precioso, con larga cola. Yo que soy pequeña, parecía haber crecido.

Tu Gladys, me alcanzabas un ramo, pero no era de azahares eran azucenas parecían flores de altar. ¿Y el novio? ¿quien era?, te preguntarás, estoy segura. Pues, el hombre de la batuta; pero más jóven, mucho más joven. Entró radiante en mi

busca, yo lo esperaba en mi alcoba, dando los últimos toques a mi toilett.— ¡Qué cara tan feliz traía!— Me abrazó y besó delante de todas las personas que me rodeaban, y eran muchas! Yo temblaba de emoción. Apresúrate Carmita, me dijo sonriendo, ya es la hora, hay que marchar a la Iglesia. Las madrinas te esperan, y el novio está impaciente.

Y ahora viene lo más extraño, del sueño, Gladys. Me veo en el altar. A mi lado está el hombre adorado a quien voy a dar, mi amor, mi vida; oigo música, es la marcha de Lohengrin. Veo al sacerdote que se aproxima, sigo oyendo música; pero no es el Ave María en un "Veni Sponsa Christi". De pronto, he sentido un miedo extraño, tengo frío, miro a mi lado: y ya no está el novio, estoy sola; pero aún visto el blanco traje.

Miro hacia atrás ¡horror!, las madrinas, ya no eran alegres mariposas vestidas de rosa, eran, unos extraños pájaros oscuros, con pechugas blancas y copetes negros.

Después el sacerdote se aproxima, yo tiemblo, de pronto, siento un frío de muerte, algo ha rozado mi nuca... ha caído mi trenza ¡era una tijera! Me miro asustada, el blanco traje había desaparecido, vestía negro sayal.

Quise huir, me sentía morir... y caí.

Desperté con una horrible angustia en el pecho, y estaba caída al lado de mi cama.

¡Que extraño sueño! Que horrible el final, de pesadilla.

No lo he contado a nadie; pero recordando que cuando deseamos que un sueño no se realice, debemos contarlo a alguien de inmediato: te lo cuento a tí querida para que no suceda.

Besos de

CARMITA.

A RIO DE JANEIRO

A RIO DE JANEIRO

En una preciosa mañana de agosto, el día dos a las diez, se encontraban en la dársena, don Lindoro de Ortiz, su mujer, a quien conocemos por "Bella Carmita" y su nieta, Carmita de Medina, con el objeto de embarcarse para Río de Janeiro.

Rodeábanlos sus parientes más allegados y algunos amigos.

El tiempo quiso asociarse a los buenos deseos de los viajeros y de sus acompañantes, ya que el principal objeto del viaje, era reponer por medio del buen clima de Río, la quebrantada salud de la anciana señora de Ortiz; y el sol de agosto que suele ser tan rogado, calentaba iluminándola la fría mañana para el momento de las despedidas.

Las amigas de Carmita, lleváronle preciosas flores y ricos bombones. Paquito Alonso, acercose con un ramo de violetas: Carmita, dijo, "quedo siempre esperando".

—Seamos amigos Paquito, muy amigos, quizá

es mejor , decía Carmita sonriendo al tomar sus flores.

Los viajeros despidiéronse de sus acompañantes, sin lágrimas, cosa lógica tratándose de un corto paseo. Tomaron un vaporcito llamado "La Gaviota" y en él marcharon hacia el Cap Vilano, paquete alemán, que debía conducirlos a Río y que estaba anclado unas millas mar adentro.

Pasadas las molestias del trasbordo, la familia de Ortiz trató de instalarse en el transatlántico.

El Cap Vilano, era uno de los vapores más lujosos, que hacían la carrera a Europa en el año 1901. Carmita y sus abuelos, tenían un lindo apartamento compuesto de dos camarotes, un saloncito y cuarto de baño. Este apartamento estaba situado en el piso alto, para el lado de proa; pues la cabina de la enferma, elegida expresamente, recibía mucho sol, ya que la pobre viejita llevaba la consigna de no salir de ella hasta su llegada a Río.

Carmita traía del brazo a la abuelita y subía la escalera interior, que debía conducir las a su apartamento. Don Lindoro y un camarero las guiaban; de pronto, al desviar sus ojos hacia un corredor creyó Carmita reconocer en una persona que desde allí la miraba con insistencia a Raúl Daniello.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! —se dijo ésta — Yo sueño seguramente. El está en Buenos Aires.

Y llegó muy preocupada a su camarote.

A las doce del día, púsose en marcha el Cap Vilano, con viento favorable y escoltado por un sol magnífico que duró lo que dura un lirio: sol de Agosto.

Después de haber instalado confortablemente a la enferma, quiso Carmita poner también cómodas a las lindas flores de Montevideo y llenó con ellas cuanto búcaro encontró. Tomó el apartamento un lindo aspecto, encontrándose los viajeros relativamente bien, dentro del estrecho círculo de una cabina.

El vapor se movía dulcemente de proa a popa y el suave balanceo, no parecía ocasionarles ninguna molestia.

Don Lindoro pidió el almuerzo, que se servía a la una y se disponían a tomarlo en compañía de "Bella Carmita", condenada a prisión. La enferma oponíase de todos modos; pero fué inútil el esfuerzo; estaba resuelto que el primer almuerzo a bordo sería una pequeña reunión de familia en el apartamento de la enferma. Esta se sentía muy bien, lo que colmaba de alegría a Carmita y a su abuelito, pues el mareo podría ser una terrible complicación para la asmática.

Viajaba también en el mismo vapor, el doctor

Alfredo Vidal y su hija, ambos uruguayos y amigos de la familia de Ortiz.

Terminado el almuerzo, al no ver a sus amigos en el comedor, sabiendo que tenían enferma a la abuelita, presentáronse en la cabina el doctor Vidal y su hija, a visitar a sus compañeros de viaje.

Gran alegría tuvo Carmita al vez y abrazar a su amiga y al saber por ella que eran casi vecinas, su alegría no tuvo límites, pues para su inquietud, era el ideal tener tan cerca de la enferma, un médico amigo.

El doctor auscultó a "Bella Carmita". La encontró relativamente bien y después de dar algunas instrucciones a su nieta, prometiéndole unos polvos que debía mezclar en los alimentos y que eran un gran preservativo para el mareo, que había que evitar a la enferma, de cualquier modo.

El doctor Vidal, tenía un carácter alegre y comunicativo; luego que los entretuvo un rato con su amena charla, dijo: yo he venido a desafiar al amigo Lindoro y señora, para jugar unas partidas al "Solo". Tiempo hace que no lo hacemos señora, a causa de su enfermedad; pero ahora, es la mejor oportunidad para renovar los partidos y las querellas, acortando así las horas viajeras, y entre tanto, agregó el doctor, las niñas pueden marcharse a recorrer el Barco y a hacer conocimientos.

—Muy bien, aceptado, dijo "Bella Carmita",

contentísima, pues la entristecía ver a su nieta encerrada en la cabina.

—Anda Carmita, arréglate, dijo la abuelita, que nosotros nos divertiremos jugando.

Carmita no se hizo de rogar; pasó a su camarote a ordenar un poco su peinado y después de dar un beso a la enferma, se marchó con su amiga, contentísimas ambas de haberse encontrado.

Esther Vidal, que fué un tiempo compañera de internado de Carmita, había terminado su educación unos años antes, pues era un poco mayor, y, luego muy poco se habían visto. Las dos amigas, eran tipos completamente opuestos, y quizá por ello mismo no tuvieron muchas afinidades; pero se querían bien.

A Carmita ya la conocemos, aunque algo pequeña y menuda, era la gracia misma. Esther por el contrario, tenía la belleza estatuaria, la pureza de la línea, una figura arrogante y un cuerpo atractivo. Ambas vestían con elegancia; pero naturalmente Esther era más decorativa.

Carmita era de tez mate, cabello de azabache, y unos preciosos ojos negros, muy vivaces y expresivos brillaban en su cara redonda.

Esther, por el contrario, era rubia, cabellos dorados, muy blanca, con pronunciados colores en sus mejillas, que contrastaban con la dulce mirada de sus ojos azules. Físicamente, presentaban un gran contraste: sus caracteres también eran opuestos. A

Carmita ya la hemos presentado alegre, inteligente; su conversación era generalmente brillante y muy amena, y ponía siempre al descubierto un delicioso espíritu femenino.

Esther, más reconcentrada, era muy observadora y también muy inteligente, cultivaba la ironía y su conversación tenía un especial encanto.

Esther convirtiéndose en el Cicerone de Carmita, pues esa mañana ya se había recorrido sola todo el barco, además como era éste su segundo viaje a Europa, conocía la vida de a bordo y le era muy fácil orientarse. Recorrieron cuan largo era, el hermoso Transatlántico y Carmita con su novelería habitual parecía encantada.

El Salón-Comedor, estaba situado en la planta baja; lujosamente decorado en estilo Luis XVI, de acajou y bronce, vestido en brocato rojo, era soberbio.

Magnífico también el Salón de Música, donde hasta el piano era del mismo estilo Luis XVI, pero en herable gris, con tapicería azul y oro. Gran profusión de espejos, consolas y jardineras con bellísimas flores lo adornaban.

Visitaron luego el "Fumoir", un saloncito pequeño, de elegante estilo Pompadour, con unos cómodos sillones que invitaban a la molicie.

Recorrieron también el Jardín de Invierno, la Sala de Gimnasia y luego se dirigieron sobre cu-

bierta, principio y fin de todos los paseos, a elegirse un cómodo sillón para la hora de tomar el sol. Pero, como sintieran un poco de frío, se dirigieron hacia el Salón de Música.

—Toca un poco el piano Carmita, dijo Esther.

—Si tu cantas después, no hay inconveniente,
— contestó Carmita.

—Aceptado, por aquí dejé unas músicas que repasé esta mañana, decía Esther, mientras buscaba algo en el atril del piano; pero primero tu, yo tengo un poco de frío, espera que entre en calor.

El salón estaba desierto.

—También yo tengo las manos heladas — dijo Carmita, preludiando unos arpegiados. Luego tocó con sentimiento exquisito el noveno nocturno de Chopín, su predilecto, después la Balada número 2 y algunos vals, siempre en Chopin, pues parece que aquel día, el alma de Carmita, solo quería ponerse en comunicación con el maravilloso poeta del piano.

—Carmita, dijo Esther; Chopin me entristece demasiado, y hoy me siento melancólica, toca un poco de Litz, que me distrae... si... a ver?... — Toca La Campanella.

—No, dijo Carmita. Me tiene cansada, prefiero una Rapsodia.

—Bueno, la Segunda, que tanto me gusta, dijo Esther, y Carmita, tocola admirablemente, y reclamó después de su amiga, su número de canto.

Poco a poco, habían empezado a entrar en el Salón, algunos curiosos; pero, seguramente eran aficionados, pues guardaron absoluto silencio, tanto, que ninguna de las dos se apercibió de ello.

—Qué cantas Esther?

—De todo un poco. Aquí están en primera fila los clásicos, mira, voy a comenzar por "Plaisir d'amour", de Martini, verás es una maravilla, y dispúsose a cantar.

Carmita acompañaba, diciendo en varios tonos admirativos, muy bien! ¡muy bien!! Después cantó "L' heure exquise", de Reynaldo Han, y al terminar esta preciosa romanza, admirablemente interpretada, los oyentes, hasta entonces pasivos, estallaron en sonoros y entusiastas aplausos, descubriendo así su presencia.

Acercose a ellas, dirigiéndose a Carmita, un señor que escuchaba devotamente desde el principio el improvisado concierto, diciendo:

—Señorita de Medina, usted aquí? Permítame que la salude y felicite, — dijo — inclinándose también ante Esther.

Carmita alzó los ojos y quedó deslumbrada.— Frente a ella estaba Raúl Daniello, y después de saludarlo un tanto confundida aun por la sorpresa, presentóselo a su amiga.

—Estoy sorprendido y encantado, dijo "El Maestro", — son ustedes, dos artistas y dirigiéndose especialmente a Esther, agregó: tiene usted,

señorita, una magnífica voz de soprano - lírico; para el gran teatro, si usted quisiera.

Acercáronse también a ella otras personas, que querían felicitarlas.

Las dos familias que ya conocemos, eran los únicos uruguayos que iban en el vapor. El resto del pasaje eran argentinos y extranjeros.

Hiciéronse mutuamente varias presentaciones, rompiéndose la incógnita, ya que a bordo, se prescinde fácilmente de las severidades protocolares, iniciándose rápidamente amistades, que se cultivan luego en todos los instantes con un anhelo común: embellecer la hora que pasa y nacen muchas veces de esta intimidad grandes amistades y hasta grandes pasiones, aunque lo más común es la frivolidad espiritual y sentimental.

Pidieron todos con insistencia otro número de música. Pero tanto Carmita, como su compañera, excusáronse en que estaban un poco cansadas, prometiendo hacerlo esa noche a la hora del concierto. Alrededor de las festejadas concertistas, formáronse distintos grupos.

Aprovechó entonces Raúl Daniello para acercarse a Carmita diciendo en correcto español:

—Señorita Carmita, aquí estoy a cumplir mi promesa: “volver a verla”. Desde que la conocí a usted el año pasado, he soñado con el momento que había de reunirnos y por fin ha llegado!

—Pero, ¡qué casualidad! — dijo Carmita, no sabiendo que responder en su emoción.

—No, señorita. No es casualidad. Constantemente he tenido noticias de usted. Supe que se embarcaba para Río de Janeiro en este vapor, y luego he hecho lo posible y hasta casi imposibles, para reunirme a usted, Carmita.

Esta, emocionada, no sabía qué decir. Le miraba con sus ojos muy abiertos, asombrados aún. Su alma, se abría como una flor y el sonido de aquella voz, suave como una caricia, le resultaba a su oído una música nueva, que la llenaba de emoción.

—¿Se bajarán ustedes en Río? — preguntó Raúl.

—Sí, — dijo Carmita. Ese es el fin de nuestro itinerario.

—Y su abuelita ¿cómo viene?

—Bastante bien... es decir, relativamente.

En ese momento, acercóse a ellos Esther y aprovechó Carmita la oportunidad para alejarse, invitándola para reunirse a los jugadores de "solo" pues ya estaba inquieta por ver a su abuelita.

Despidiéronse hasta más tarde. Los ojos dijéronse quizá mucho más que los discretos labios. Y Carmita y Esther se marcharon al camarote de "Bella Carmita".

Los jugadores, aun estaban entretenidos con sus naipes.

—¿Se han divertido mucho? — preguntó “Bella Carmita”.

—Sí, mamaíta. Sí, señora, — se oyó simultáneamente.

—Ya se habrán hecho de algunos amigos, me supongo, — dijo el doctor Vidal.

—Y hasta de admiradores, — agregó Carmita sonriendo. Sobre todo su hija, bella sirena, que los ha encantado con su hermosa voz.

—Y tú, con tus dedos, — dijo Esther.

—Ya veo, repuso el abuelo, que han estado de concierto.

—Sí, papaíto, — no te imaginas qué preciosa voz tiene Esther. Y a propósito ¿dónde has estudiado? Porque en Montevideo, hay tan pocos maestros...

—En Montevideo, estudié con Piccioli; pero en el primer viaje que hicimos con papá, estudié en París casi un año con monsieur Chabrier, que es un gran maestro.

—Se conoce por la escuela, dijo Carmita, aunque la interpretación ya acusa una cosa completamente personal: el temperamento.

—Hasta esto mismo hay que cultivarlo, solo que en Europa, naturalmente, todo está al alcance del espíritu. Ahora pienso tomar también una se-

rie de lecciones, mientras papá se dedica a los hospitales.

—¿Van directamente a París? — preguntó don Lindoro.

—Sí. Bajaremos en Boulogne-sur-mer, — dijo el doctor. Y desde allí, en cuatro horas, a París, donde estaremos por lo menos seis meses. Luego, pasaremos a Berlín y también tengo intenciones de hacer una rápida recorrida por España e Italia.

—¿Y Esther, le acompañará en toda la gira? — preguntó Carmita.

—Desde luego, dijo el doctor. Si viviera su madrecita, seríamos tres; pero no somos más que dos, e indivisibles.

—Podrían ser tres, — dijo Carmita.

—Contando con un yerno?

—Desde luego.

—Por ahora, no me interesa, — dijo Esther. Más adelante puede ser.

—Vamos, Lindoro, — dijo el doctor. Las chicas se quedarán con "Bella Carmita". — Nosotros también tenemos que hacer algunos conocimientos.

—Pero, yo no bailo, ya sabes. No me comprometas, — dijo Don Lindoro.

—Sí, sí, te conozco.

—Pobrecitos ¿hasta dónde llegarán? — decía sonriendo "Bella Carmita".

—Hasta la farmacia, — dijo Esther.

El salón-comedor presentaba esa noche un hermoso aspecto, pues es costumbre ya establecida en los vapores de lujo, que vistan para la hora de la cena, los hombres el elegante frac y las damas deliciosos trajes de fiesta, decoración obligada para el baile o el concierto.

Habíase resuelto esa tarde que don Lindoro y Carmita serían compañeros de mesa del doctor Vidal y de su hija, eligiendo para ello, de antemano, una mesa muy bien situada, cerca del maitre y vecina a la del capitán.

Eran las siete. Carmita bajaba la escalera de acceso al comedor con su abuelo, encontrándose en la puerta de entrada con Raúl Daniello que parecía esperarla. Inclínose éste saludándola y Carmita presentole a don Lindoro cambiándose breves palabras con los cumplimientos de rigor.

—¿Tienen ustedes ya mesa? — preguntó el maestro.

—Sí, — dijo Carmita indicando con un gesto la que ocupaban ya el doctor Vidal y su hija.

—Entonces seremos vecinos, — dijo Raúl Daniello. Mi puesto es a la izquierda del señor Capitán. Si me permiten, voy a acompañarlos.

Juntos se dirigieron hacia sus asientos. Saludó el maestro a Esther y ésta presentole su padre. El doctor Vidal y don Lindoro ofrecieronle al amigo de Carmita, un asiento en su mesa, que éste agradeció excusándose y un "hasta luego" los separó.

Las fragantes y aun frescas flores, que venían desde Montevideo vistieron de gala aquella mesa toda uruguaya.

Esther Vidal lucía una elegante y lujosa toilette del color de sus ojos y toda ella parecía una preciosa turquesa con engarces de oro.

Carmita, vestía un trajecito de tul de seda color de rosa, todo de voladitos tableados; parecía una flor.

La comida transcurrió en un ambiente de alegría. Amenizábala una buena orquesta, cuyo director, que seguramente cenaba más temprano, había preparado uno de esos programitas alegres y dulces, muy digestivos.

Terminada la comida, cubriéronse las damas con sus lindos abrigos, pues la temperatura de agosto, en la latitud que aun navegaba el Cap Vilano, era bastante baja.

Marchóse todo el mundo a pasearse sobre cubierta. Allí estaba ya instalada una banda que tocaba un incitante programa de baile; donde el tango argentino (como le llamaban los alemanes) nuestro tango, dirían los uruguayos, figuraba en primer término: era el baile de moda.

En el ángulo que se forma a popa o a proa, queda un espacio, que generalmente se destina al baile al aire libre. De inmediato, apesar del fresco reinante, formáronse algunas parejas. Entre los pasajeros de cámara, llamaban la atención las se-

ñoritas de Lezica, distinguidas y bellísimas mujeres. Viajaban con sus padres, el señor Roberto Lezica, hombre de mundo y gran fortuna, y su mujer, Hortencia Lavalle, que también era una dama de la aristocracia porteña. Dos jovencitas de Ocampo, también iban a Europa con sus padres. Ellas eran elementos indispensables en el programa de fiestas de a bordo, muy bailarinas, muy alegres, dispuestas siempre para todo. Lo mismo podía decirse de las de Escalante, Villegas, Salas, Oribe, Molina, Esther Vidal, bailaba muy bien y pronto encontró pareja. Carlos Montoro, argentino, era un elegante, indispensable pues era también, que supiera bailar. Formaban una hermosa combinación.

Carmita habíase reunido con algunas de las personas que le presentaron esa tarde. Ella sabía bailar, pero a sus abuelitos no les gustaba la tango-manía y demás bailes de la época. Así es que, con un poco o un mucho de pena, se privaba de hacerlo.

El doctor Michelena, que iba a Europa comisionado por el gobierno argentino, para hacer estudios sobre el radium y sus diferentes aplicaciones, también pensaba especializarse en las enfermedades de los ojos. Era un médico joven de mucho talento y de gran porvenir, y no siendo tan unilateral como la mayoría de sus colegas, cultivaba su espíritu, bebiendo en todas las fuentes claras del arte, con preferencia en la música. También bailaba. —

Acercóse a Carmita, hiciéronse mutuamente las presentaciones y sin intermediarios.

—¿Baila usted señorita?

—Gracias, no bailo, — contestó Carmita.

Recostados a la barandilla del Buque, iniciaron interesante charla alejándose en lo posible, para no molestar a los bailarines.

Un comentario literario, envolvió ligeramente a Lugones, Zorrilla de San Martín, Rodó, y hasta con Martín Fierro la habían emprendido nuestros comentaristas de ocasión, cuando se acercaron a Carmita, el doctor Ocampo, uno de los auditores de la tarde y Raúl Daniello, — éste dijo:

—Señorita, perdón si molesto, pero venimos en comisión, delegados de un gran grupo, a pedirle tenga la amabilidad de hacernos oír un poco de música.

—Lo haría con mucho gusto, — dijo Carmita. Pero quizá contrariaremos a la mayoría que ha votado ya por el baile.

—Protesto en nombre de todos, dijo el doctor Ocampo, el buen gusto así lo exige.

El doctor Michelena dijo:

—Yo también me agrego a los comisionados y pido música, aunque ya era música señorita, su interesante conversación.

—Además, dijo el Maestro, otra comisión ha ido con el mismo objeto a entrevistarse con su compañera y teniendo en cuenta, el anticipo de esta

tarde, nos proponemos deleitarnos con un lindo programa.

—Opino, dijo Carmita, que les demos una pequeña prórroga a los bailarines.

—Y usted no baila, señorita? — preguntó Daniello.

—Yo bailo por dentro, dijo Carmita sonriendo.

—Es raro que un carácter tan alegre como el suyo, no sea ferviente adorador de Tersipcore, dijo Magdalena.

—¿Y quién dice que no lo soy? Es mi papaíto su enemigo.

—Entonces tendremos que pedirle un permiso especial, — dijo Michelena.

—Ojalá pudieran tener éxito si así lo hicieran, dijo Carmita. Me muero por bailar.

—Pues ahora mismo voy a pedir gracia, — dijo Michelena. ¿Dónde está su papá?

—Abuelito? Pero debe haberse ido a su camarote. Mi abuelita está enferma.

—Vamos todos hacia allá, si usted quiere, — dijeron simultáneamente Michelena y Ocampo.

Daniello callaba.

—Prefiero que dejemos el programa de baile para mañana, — dijo Carmita. Yo prepararé el terreno primero y ustedes después harán su pedido a hora propicia.

—A la del almuerzo, — dijo Ocampo. Es la hora de las grandes condescendencias.

—Muy bien, — dijo Carmita. De acuerdo. ¡Ah, un buen cómplice sería el doctor Vidal.

—Ahora mismo nos pondremos de acuerdo con él y mañana nos presentaremos con nuestra solicitud, — dijo Michelena.

En ese momento, acercábase Esther con su compañero de baile y siguiéndola muy cerca, los otros delegados, señores Lezica y Villegas, que habían ido a solicitarle unos números de canto.

—Carmita, si tu quieres acompañarme, cantaré algo, — dijo Esther.

—Estoy a tus órdenes. Solo que yo no quería interrumpir el baile.

—La noche está muy fresca y es prudente recogerse pronto, — dijo el doctor Ocampo. Además, estoy seguro que todos preferirán oír a las señoritas.

—Entonces, en marcha. ¿Me permite señorita? — dijo Daniello ofreciendo su brazo a Carmita.

Esta tuvo un momento de vacilación y luego, tomó el brazo que éste le ofrecía tan gentilmente.

Dirigiéronse hacia el salón de música, seguidos por Esther y sus compañeros, un poco más distantes los doctores Ocampo y Michelena y los señores Lezica y Villegas, también seguíanlos.

Carmita y su compañero caminaban silenciosos y emocionados. Nada se decían y todo lo hubieran dicho.

Próximos ya al salón, detúvose un momento

Daniello junto a una ventana y dijo: "Señorita, permítame llamarla por su nombre, Carmita, por su dulce nombre.

Esta inclinó la cabeza como asintiéndolo.

Daniello miróla en los ojos un momento con inquietud y dijo:

—Carmita ¿tiene usted novio? ¿Ama usted a alguien?

Carmita quedó desconcertada. No supo qué decir.

Daniello la miraba de un modo extraño, como si quisiera leer hasta el pensamiento más íntimo de aquella alma exquisita.

—Conteste, Carmita, — insistió éste, mirándola ahora más dulcemente, como si algo hubiera visto en sus ojos que lo alentara.

—No tengo, ni he tenido nunca novio, — dijo Carmita lentamente.

Y luego, mirándole a su vez, fijamente, con valentía dentro de su timidez, preguntó: "¿Y usted Raúl?

Daniello se puso pálido. Era la primera vez que Carmita le llamaba por su nombre.

Esta, que lo miraba, sorprendióse del cambio de su fisonomía y volvió a insistir con acento un tanto entristecido.

—¿Es que tiene usted novia?

—Novia... novia no la he tenido nunca, — contestó el maestro con acento de sinceridad.

—Pero usted, Carmita, — insistió Daniello, — ¿ha querido a alguien? ¿Sabe usted ya lo que es el amor?

—Quizá lo presienta, — dijo Carmita. Usted en cambio, debe ya ser maestro también en esa materia.

Volvió Daniello a inmutarse, vaciló un instante y luego dijo:

Carmita, quizá ahora recién sé lo que es amor, aunque a usted le parezca un poco tarde.

Quedaron silenciosos un momento y luego entraron al salón donde los esperaban.

EN EL SALON DE MUSICA

Carmita dirigióse al piano, desprendiéndose del brazo de Daniello, quien presionándola suavemente, parecía deseara retenerla. Esta emocionada, buscaba algo en el atril que no encontraba, ¿Sabía Carmita lo que era? Tal vez nó.

El doctor Michelena que acababa de entrar, dijo:

—Yo deseo oírla a usted primero, señorita Carmita, hoy la escuché solo desde lejos.

—Sí, dijeron todos incluso Esther, primero la pianista.

—Aquí tenemos a todo un maestro, dijo Carmita, indicando a Raúl Daniello. El sí, que debe ser un verdadero pianista.

—Señorita Carmita, contestó éste. Yo hago

tocar a los demás y varita en mano. Obedezca al Director, decía, mientras simulaba mover una batuta.

Carmita no quiso que le rogaran. Se sentó al piano y tocó "Le jour de la noce" de Grie.

—Muy bien!! Muy bien! Aplausos.

Daniello se acercó a Carmita y preguntóle:

—¿Qué es ésto? No recuerdo!

—El día de la boda, de Grie, dijo Carmita.

—No la conocía, es una preciosa composición, pero éstos músicos del Norte, no son los que pueden reflejar mejor su temperamento emotivo; prefiero oírla en Chopin, que interpreta Vd. admirablemente.

—Yo también, es mi autor predilecto, dijo el doctor Michelena, sentándose más cerca de Carmita.

Esta sin replicar, hizo oír el "Nocturno" en Mi Bemol, luego a mayor insistencia, tocó la "Marcha Fúnebre". Toda su alma vibraba de emoción y la nota dolorosa parecía ser la expresión de su vida misma.

A los aplausos, siguió un silencio casi angustioso.

El Doctor Michelena dijo:

—¿Cómo puede sentir así, tan hondo el dolor, siendo tan joven? Si aún no ha vivido usted señorita?

—Por eso mismo, dijo Esther. Cada ser huma-

no nace con un caudal de emoción, y la de Carmita, aun está intacta: "todavía no conoce a los hombres!

—No los conozco, pero creo, dijo Carmita.

—Pero, es que acaso son los hombres, los que han de desgastar ese caudal? — preguntó el Maestro.

—El alma de la mujer es un arpa, con muchas cuerdas, todas y cada una muy emotivas. La emoción está en la caja y amor, es el que ha de hacerlas vibrar, dijo Esther.

—Precioso instrumento! y qué sonido maravilloso! quisiera sentirlo en mi Orquesta, dijo "El Maestro".

—Porque usted piensa, que la mano que ha de pulsarlo, será de hombre, ¿y si esa mano, fuera la de un maestro? ¿qué me dice usted?

—Que sería estupendo! — contestó Daniello.

—¿Y cuando en el concierto amor, se oyen notas ásperas y hasta desafinadas, que significarán? — preguntó Carlos Montoro.

—Quizá inhabilidad del tocador, dijo Michele-na.

—O tal vez las quejas del amor contrariado, o las del amor imposible, dijo Carmita.

—Señorita de Vidal, nosotros los hombres, no seremos también arpas? — preguntó Montoro.

—Si, como nó, dijo Esther, arpas-eólicas que vibran solo al contacto del aire.

—Tiene gracia, dijo Carmita.

—Muy bien la charla, pero es necesario interrumpirla, la señorita de Vidal nos debe una romanza y el público está impaciente por oírla, dijo el doctor Ocampo.

—No canta usted, el aria de La muerte de Margarita, de Mefistófeles? — preguntó el Maestro, agregando: Debe quedarle muy bien a su registro.

—Si; la canto, dijo Esther, ¿quiere usted acompañármela?

—Con mucho gusto, dijo el Maestro, sentándose al piano.

Prolongados aplausos se sintieron al terminar la hermosa romanza, hasta de los corredores, donde se aislaban algunas parejas, quizá de enamorados.

Cantó después “Un bel di, vedremos”, de Madame Butterfly, con gran éxito.

—Bravo! — dijo el Maestro aplaudiendo. Le aconsejaría señorita que se dedicara al Teatro, tiene usted una bellísima voz.

—Me encantaría, dijo Esther; pero papá no lo consentiría nunca.

—¿Por qué? — dijo el Maestro. Son prejuicios.

—La Vida está llena de ellos y nos rige desgraciadamente, dijo Carmita.

—Acompáñame tu, Carmita, ésta, que ya miramos hoy "Plaisir d' Amour".

Acompañó Carmita y cantó Esther encantando ambas al auditorio.

—Preciosa música, dijo el Maestro.

—Y preciosa letra, agregó Esther, "Placer de amor" no dura sino un momento, "Penas de amor" duran toda la vida.

—La señorita de Vidal, está en pecado, dijo Michelena, duda del amor.

—Yo creo en el amor; pero no creo en los hombres, dijo Esther.

—Señorita, es necesario creer, en todas las fuerzas vivas y creadoras, dijo el doctor Ocampo.

Y Carmita agregó:

—"Creed y no temáis", son las palabras de Jesús.

—Sentimos mucho, interrumpir al predicador, dijo el doctor Vidal, acercándose al grupo con don Lindoro; pero... niñas, hay que dormir. Mañana Dios dirá.

Esther y Carmita, despidiéronse de sus amigos y alejáronse con su padre y su abuelito.

—Dos temperamentos extraordinarios, — dijo

el doctor Ocampo; quisiera que mis hijas se les parecieran.

—Dos espíritus deliciosos de mujer, dijo Montoro. Yo titubearía en la elección.

—Carmita tiene un alma transparente y profunda que atrae, y es dulce y serena como la luna, dijo Michelena.

—A la señorita de Vidal, quizá le temiera, dijo Montoro.

—¿Por qué? ¿por qué duda? — dijo el doctor Ocampo. Ella duda creyendo.

El Maestro callaba.

.

—Confesemos que sin ellas, ya nada nos interesa, dijo Michelena.— Son realmente encantadoras.— Vamos pues, a dormir... y a soñar.

—A su edad, yo soñaba despierto, dijo el doctor Ocampo.

SEGUNDO DIA DE VIAJE

—Muy buenos días, ¿cómo está esa enferma?, — dijo el doctor Vidal, entrando en la cabina de la señora de Ortiz.

—Durmió muy bien, doctor, dijo Carmita, sin cigarros y sin fatiga.

—Llevamos un buen viaje, hoy tenemos un día magnífico, con una temperatura muy templa-

da.— Vamos a levantarla un rato, dijo el doctor, mientras le tomaba el pulso a la enferma.

—Yo le tenía terror al mar, doctor, ¡quién me dijera que estoy como en mi casa!

—Bastante trabajo, nos costó decidirte a emprender el viaje, abuelita.

—Ahora vamos a ponerle una inyección de adrenalina, así llegará perfectamente a Río, dijo el doctor.

Carmita alcanzó el frasco del remedio y el alcohol.

—Y usted Carmita, ¿no pasea un rato antes de almorzar?, — dijo el doctor mientras quitaba la aguja.

—No doctor, voy a leerle un poco a mamáita una novela que tenemos en lectura. Y Esther? Hoy no la he visto.

—Por ahí anda con sus amigas. A propósito, Michelena y Ocampo, me pidieron que los acompañe a entrevistarse con Lindoro para pedirle que le permita a usted bailar esta noche; parece que se prepara un gran baile.

—Ya les dije yo, que lo hicieran después de almorzar, — dijo Carmita.

—Sí, ya está arreglado; invitaremos a Lindoro a jugar unas partidas de poker y entonces lo abordaremos.

—¡Ojalá que acceda! — dijo Carmita. Estoy loca por bailar un tango. El pobre papaíto, tan bue-

no!, ¡tan condescendiente!, pero con el baile no la transa.

—Allá veremos, — dijo el doctor Vidal.— Me voy a tomar el caldo y los ricos “sandwiches”, es la hora de la distribución, y usted, Carmita, ¿se queda sin probarlos?

—Mándeme usted al camarero por aquí, yo me encargo de la propina.

—Muy bien, hasta luego.

—Por qué no vas tu también, Carmita?

—No mamaíta. Voy a levantarte primero, y luego leeremos un poco en “La Segunda Esposa”, ayer no adelantamos nada.

—Te encuentro extraña; preocupada, no cantas. ¿Es que habrás dejado algo que te interesa en Montevideo?

—¡Qué idea, abuelita! Si estoy encantada...

—Puede ser.

Terminado el almuerzo, formáronse, como siempre, distintos grupos y saludáronse los amigos que aún no se habían visto.— Acercáronse a la Mesa del doctor Vidal, Michelena y Ocampo e invitaron a éste y a don Lindoro para jugar unas partidas de poker. Don Lindoro excusábase.

—Si es por mamaíta, dijo Carmita, yo la acompañaré.— Nosotras tenemos que seguir nuestra lectura.

—No es justo, eres tu la que debe divertirse y no yo.

—Transémosla, abuelito. Juega tu un rato hasta las cuatro y después, cambiamos de roles.

—Si. Tienes que jugar tu Lindoro; nos haces falta, dijo el doctor Vidal.

—Bueno, bueno, jugaremos. Pero primero, preferiría dar dos o tres vueltitas para hacer la digestión.

—Muy bien, dijo el doctor Ocampo. Caminemos un momento, y después nos vamos al Salón de fumar; pedimos allí unos copetines, que es el mejor digestivo, don Lindoro, y organizamos nuestro partido.

—Carmita, dijo el abuelo, dile a mamaíta que a la hora del the, estaré con ella.

—Si, abuelito, vete tranquilo. ¡Ah! escucha, ¿te acordaste de pasar el cablegrama para Buenos Aires?

—Si mi hijita, lo hice hoy temprano, imaginándome que estarán ansiosos por noticias de la enferma.

—Me alegro mucho, dijo Carmita, alejándose hacia su apartamento.

Daniello salióle al encuentro y dijo:

—Carmita, quédese un momento.

—No puedo. Abuelita está sola. Bajaré más tarde.

—Me he encontrado unas músicas a cuatro manos y desearía que las leyéramos juntos.

—Encantada, gran honor para mí, — dijo Carmita. Pero, será luego, más tarde. Cuando abuelito termine de jugar, yo bajaré.

—Si no hay otro remedio, — dijo Daniello.

—Nó, no lo hay: hasta luego, — dijo Carmita despidiéndole con una sonrisa.

—Hasta luego, — contestó el maestro. Venga pronto. La esperaré ansioso.

Carmita tomó el té en la cabina con los viejecitos.

—¿Ganaste o perdiste, abuelito?

—Hijita, perdí. Sí, perdí, porque he tenido que ceder y darte permiso para que bailes esta noche.

—¡Qué alegría!, dijo Carmita palmoteándole.

—¿Tanto lo deseabas?

—¡Ya lo creo, papaíto! Estaba loca por bailar.

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

—Como sé que a tí no te gustaba...

—Hijita, es necesario tener el valor de defender sus gustos, tanto como sus ideas.

—Se agradece el consejo.

Encaminose Carmita hacia el salón de música. Estaba vacío, es decir, el maestro sentado al piano,

tocaba suavemente una melodía sentimental, casi no se le oía.

Carmita vaciló un momento y luego, entrando, se aproximó a él y se quedó escuchando.

—¡Que preciosa reverie-melodía; O lo que sea! dijo Carmita.

Tiene usted razón.... Es un sueño. La esperaba, Carmita, dijo Daniello mirándola con ternura.

—Tóquela otra vez, insinuó Carmita un poco nerviosa.

—Sí, Carmita. ¡Si es para usted!... La he compuesto anoche. ¿A ver si le gusta?

Y se puso a tocarla nuevamente.

—Es una maravilla. Está toda llena de emoción, —exclamó Carmita. Y sus ojos la traicionaron.

—Está toda llena de usted, Carmita. Entenderá mi escritura?

—Pero ¿es que está ya terminada?

—Sí, dijo Daniello. Anoche no me he acostado y la terminé.

—Y ¿por qué?, dijo Carmita.

—La fiebre de la concepción es así. Cuando compongo algo, no duermo, por lo menos hasta no haber terminado un período. Pero, en cambio, no lloro como usted. Su sensibilidad es exquisita. Recuerda a "La furtiva lágrima"? Yo nunca pude olvidarla, Carmita.

—Fueron aquellas las primeras emociones

fuertes que me brindó la vida. ¿Como quiere usted que las haya olvidado? Toque usted otra vez esa composición, Raúl.

El maestro tocóla nuevamente. Carmita, que escuchaba con emoción, preguntó: ¿Como se llama su preciosa composición?

—Es un poema y se llama como la musa inspiradora: "Carmita". Prométame usted que la tocará siempre en recuerdo mío, dijo el maestro mientras ponía en sus manos la música.

—Gracias, gracias, Raúl. ¡Ya lo creo que lo tocaré siempre, siempre.

Quedáronse un momento silenciosos.

Daniello se aproximó más a Carmita mirándola como si quisiera revelar algo muy íntimo. Luego, separose un poco y dijo:

—Aun nó. Tengo miedo Carmita.

—¿Miedo? ¿Y de mí? ¿Qué ocurrencia!

—No de usted, Carmita. De la vida. Mañana...

—Toquemos ahora, si usted quiere, dijo el maestro, estas sinfonías de Haind a cuatro manos; naturalmente, que no será la orquesta; pero puede decirse mucho.

Carmita era bastante buena lectora, pero en el primer momento estaba muy nerviosa. Tocar juntos! ¡Qué emoción! Y recordó la expresión de

Gladys: "a cuatro ojos". Con los ojos amados, con los dedos amados, luego, se dominó.

Muy pronto tuvieron auditorio. El Maestro tenía un sonido maravilloso; gran colorista, parecía sacar del pobre instrumento todos los matices que pueden conseguirse en la Orquesta. Carmita también contribuía al éxito, con su gran técnica y su honda emotividad. Sus manos se cruzaban muchas veces y sus corazones vibraban al unísono, traduciendo una bella emoción.

—Extraordinario!! Estupendo!! Esto es la orquesta misma, decía el Doctor Ocampo aplaudiendo.

—Maravilloso! Soberbio, decía Michelena, y acercándose a Carmita, agregó: Señorita, tengo el placer de pedirle a usted, el primer baile para esta noche. Ya tenemos el permiso del abuelito, dijo inclinándose ante ésta nuevamente.

En ese momento "El Maestro", llamando a Carmita, no le dió tiempo a responder. Señorita Carmita, decía, vamos a tocar estas Danzas de Dvorak, son muy hermosas y muy brillantes, en la Orquesta he sacado de ellas mucho partido.

—Encantada, dijo Carmita, sentándose nuevamente al piano.

Grandes aplausos.

—Bis, Bis, pedía con insistencia el auditorio. Y tocaron nuevamente, las Danzas de Dvorak.

Carmita levantóse del piano casi tambaleante.

—Me siento un poco mareada, dijo. Vamos a tomar un poco de aire. Hoy no he salido de la cabina en todo el día.

Daniello y Michelena, que se habían acercado a ella, como si fueran a protegerla, ofreciéronle su brazo simultáneamente. Carmita dijo:

—No puedo tomar los dos, ni tampoco elegir uno. ¿Qué hacer? Ya se me pasa. Me siento bien. Acepto la compañía de ambos, vamos a caminar un momento.

Señorita Carmita, dijo Michelena deteniéndola. Yo espero aún su respuesta a la invitación que he tenido el honor de hacerle hace un momento.

—¿Qué cosa? No recuerdo.

—Su primer baile para esta noche.

—Aceptado y con mucho gusto. Además, estoy agradecidísima a su intervención acerca de papáito. ¿Les dió mucho trabajo convencerlo?

—¡Ya lo creo! Bastante tuvimos que rogarle.

Daniello se acercó a su vez y entregándole el rollo de músicas que Carmita olvidaba sobre el piano, díjole muy bajo:

—Yo deseaba tanto, tanto que no bailara!

—¿Por qué?, dijo Carmita con coquetería.

—Podría usted adivinarlo.

—Pues, no se me ocurre.

Y después de un pequeño silencio, marcháronse todos a pasear sobre cubierta.

TERCER DIA DE VIAJE

Carmita había tenido un gran suceso en el baile de la noche anterior. Fué ella el punto de atracción de la fiesta y todos se disputaban su carnet, pues aunque Carmita no frecuentaba bailes, ni tés-danzantes, había aprendido a bailar con sus compañeras y practicaba siempre que se encontraban reunidas. Esa noche, su musicalidad, su juventud y su alegría, fueron los mejores factores del éxito. Un grupo de muchachos alegres y barullentos, indispensables en todo paquete de lujo, que no se habían atrevido a acercársele, viéndola defendida por el círculo intelectual que siempre la rodeaba, aprovecharon esa noche la ocasión que fué "el baile".

No hubo forma de hacer un paréntesis para el concierto de todos los días.

—No, no, decían los bailarines, que se sentían fuertes, teniendo a su frente al doctor Michelena y a Carlos Montoro. Que se sacrifique esta noche la gente seria y al que no le guste el baile que se vaya a dormir.

—Que se vayan, que se vayan, coreaban los barullentos.

El maestro no bailaba. Sentado en un confortable sillón, en el extremo del salón de baile, observaba desde allí a Carmita, con su semblante entristecido. Esta se daba perfecta cuenta de ello, con esa perspicacia tan propia de la mujer, que se sabe

amada aun antes de oírlo de los labios del hombre elegido y con una dulce crueldad, que la más refinada coquetería vierte en el alma femenina mejor templada, supo esa noche Carmita sacar partido de su éxito, para mortificar aquella esfinge, que callaba su secreto ya adivinado y cuya revelación era esperada con ansiedad amorosa.

Daniello supo ser fuerte y no se traicionó ni un momento. Devoró sus celos y su angustiosa impotencia para aclarar una situación que Carmita no podía adivinar cuan terriblemente dolorosa y cruel era. Soportó su martirio y se quedó en el salón de baile hasta el final de la fiesta.

Carmita y Raúl se separaron esa noche sin decirse una palabra.

Llevóse Carmita a su cabina, una secreta amargura. Para los espíritus de selección, los éxitos de la vanidad no hablan al alma. Y con verdadera mortificación se decía mientras preparaba su toilette para la cama: Si él me quisiera, no me hubiera dejado bailar toda la noche con esos estúpidos, mirándome impasible. Cierto es que él tampoco se había acercado a ninguna mujer. Pero ¿porqué no bailó con ella? A un músico como era él, poco le hubiera costado seguir el ritmo.

—No no. No me quiere, decía Carmita en todos los tonos dolorosos del silencio. Si me quisiera ¿có-

mo no hubiera sentido el deseo de llevarme en sus brazos? Yo sí, insistía, yo sí que estoy segura de quererlo y si lo hubiera visto bailar con otra mujer, me habría desesperado.

Y Carmita se acostó muy triste. Enterró sus éxitos de mujer mundana solo de ocasión con una oración melancólica y después de esperar muchas horas el sueño, logró al fin conciliarlo.

CUARTO DIA DE VIAJE

Terminaba Carmita de retocar su peinado frente al espejo, preparándose para asistir a la última distribución del rico caldo y los apetitosos sandwiches, cuando de pronto creyó notar algo anormal, como si el Cap Vilano hubiera detenido de pronto su marcha y acercándose muy sorprendida a Bella Carmita, preguntóle ¿abuelita, no te parece que el barco se ha parado.

Bella Carmita que nada había observado, contóle: no mi hijita, tú sueñas, si vamos navegando.

—Sin embargo abuelita, insisto en lo dicho; el vapor se ha parado, espérame un momento abuelita y voy en busca de noticias.

Salía Carmita de la cabina y encontróse en el corredor inmediato con el doctor Ocampo: buenos días Doctor dijo, ¿qué pasa? ¿no es verdad que el vapor está parado?

—Si señorita, dijo éste, quitándose el sombrero precisamente vengo de hablar con el Capitán, se

ha roto una hélice y ha sido necesario parar la marcha de la máquina para hacer las reparaciones; pero no tenga temor agregó viendo la cara angustiada de Carmita no hay ningún peligro la única molestia será el atraso de unas horas en el viaje de ustedes y nosotros saldremos ganando porque disfrutaremos un día más de su compañía .

—Se agradece, dijo Carmita, pero ¿está seguro Doctor que no hay ningún peligro?

—Sí, señorita, estoy seguro, esté usted tranquila. Siguieron caminando juntos, cuando observaron que el Capitán venía hacia ellos, parándose en todos los grupos quizá para tranquilizarlos. No se oía sino un comentario: el accidente. El Capitán acercóse a Carmita asegurándole que en ocho o diez horas estaría reparada la avería, además agregó, pueden hacer lo que quieran, no hay ningún peligro, aunque bailen todo el día no nos hundiremos. Alejóse luego el Capitán, continuando su misión tranquilizadora.

Carmita volvió junto a su abuelita para comunicarle las noticias que circulaban; pero encontró a su lado a don Lindoro y al doctor Vidal, que se le habían anticipado y a Bella-Carmita ya tranquilizada.

Después del almuerzo, los comentarios sobre el accidente eran todavía el tema obligado.

Felizmente, aún no había entrado el barco en el golfo de Santa Catalina y sin viento, aquél mar tranquilo tan azul, parecía un gran lago.

Algunos pasajeros organizaron pesquerías y los pescadores de ocasión festejaban con gran entusiasmo cualquier pecesillo que caía en sus redes. Otros jugaban al croquet aprovechando la serenidad que reinaba.

La rueda pensante de todos los días combinaba programas para la noche, dando cada uno su opinión y entre todas, la que tuvo verdadero éxito fué la de un Banquero Americano llamado Míster Spangember, gran admirador de Carmita.

La idea aceptada era la siguiente: "Hacer una tómbola en la que se guardarían en forma de cédulas los nombres de las señoritas y de los caballeros separadamente, luego, elegiríase una cédula de cada bando leyéndose en voz alta sus nombres. Los elegidos, quedarían convertidos por el "azar" en una pareja de enamorados, cuya boda se realizaría esa noche con gran solemnidad. Del resto del pasaje, se elegirían también el Juez y el Sacerdote o Pastor, la novia tenía el derecho de elección. Todos los viajeros debían enviar sus regalos a los novios y éstos se destinarían a formar una kermesse a beneficio de los pasajeros de tercera clase. A la novia como recuerdo de la ceremonia se le permitiría guardar el regalo del novio.

—¡Muy bien! ¡muy bien!— — aceptado.

Rápidamente corrióse la voz sobre cubierta y de todas partes acudían los interesados para intervenir en el juego.

Habíase formado una gran rueda y en el centro de élla se improvisaron dos pequeñas urnas para depositar en ellas las cédulas.

Roberto Lavallo, uno de los mejores bailarines y niño mimado del grupo social dijo: yo me encargo de preparar las cédulas, todas iguales y las repartiré, luego cada uno escribirá en élla su nombre.

Roberto fué en busca de papel y con mucha prolijidad cortó pequeños cuadrados distribuyéndolos encantado de haber tenido un rol tan importante en el juego.

Míster Spangember fué elegido depositario de las urnas.

Sentóse éste en el centro de la rueda diciendo: que cada uno se acerque a depositar personalmente su credencial y para dar el ejemplo, pondré primero la mía, pues también soy aspirante.

Uno a uno fueron desfilando junto a él, señoritas y caballeros.

Carmita, fué una de las primeras en depositar la suya y retiróse luego a observar desde un rincón un tanto apartado, las incidencias del juego y sus ojos siguieron con ansiedad al Maestro, que se alejaba, cual si no pensara tomar parte en él. De pronto Daniello, como si tomara una resolución des-

pués de breve lucha, volvió sobre sus pasos, escribió la cédula y la depositó en la urna de los caballeros.

¿No falta nadie? Se esperará cinco minutos a los rezagados, dijo Míster Spangember.

Míster Spangember se había parado; subióse la manga del saco y la de la camisa, hasta la altura del codo, como si fuera a hacer una prueba de prestidigitación, resolvió luego un momento la urna del grupo femenino y dijo: atención, señorita, señorita...a decía cédula en mano gozándose en hacer sufrir a éstas con la espera hasta que decidido dijo: Señorita, Carmita de Medina.

—¡Muy bien! ¡bravo!, ¡Viva la novia! — decían todos, aplaudiendo hasta las desencantadas.

—¡Quién pudiera hacer trampa! — dijo Míster Spangember y continuó: atención, caballeros y revolvía en la misma forma, hasta que tomando una leyó: caballero, Raúl Daniello.

—¡Bravo! ¡muy bien! — y se festejó también la elección del caballero.

Carmita y Raúl, mirábanse emocionados.

¡Eran los elegidos de la suerte!

Ahora, dijo Míster Spangember, elegiremos el Juez entre la guardia vieja. Sorteados los presentes, resultó electo el doctor Vidal.

—Que la novia decida la religión por la que ha de casarse, dijo el Director.

—La católica, contestó Carmita.

El Capitán, resultó electo Sacerdote.

—Yo le pediría a la novia, dijo el Director del juego, que se casara también por la iglesia protestante.

—Yo soy católica, — dijo Carmita, — muy católica.

Eso no tiene nada que ver; usted se casa por la Iglesia Católica, por que su sentimiento religioso así lo exige y luego se casa por el rito protestante por condescendencia, que es por lo que lo hacemos generalmente los hombres. Aquí se trata solamente de prolongar la fiesta.

—Yo temo faltar a mi religión, insistió Carmita.

—Pero señorita, si esto es un juego, no lo tome usted tan en serio.

—Cásate Carmita debajo de la campana, que dicen es símbolo de fidelidad, — dijo Esther.

—Además, nosotras queremos ser tus Bride-Maide, pues me han asegurado trae novio en puertas, agregó Margot.

—Ya que se trata de una broma, lo haré, — dijo Carmita, si el novio no se opone.

—Yo, encantado, respondió Daniello, con tan gentil novia pasaría por siete iglesias con otras tantas campanas.

—Elijamos ahora las Bride - Maides.

—Y sería bueno observó Margot, que hubiera un poco de armonía en los vestidos como se estila.

—¿Quién tiene traje rosa?, — preguntó Esther.

—Yo, yo, yo, — dijeron simultáneamente varias voces. Y en un momento se reunieron seis.

Solo faltaba elegir el Pastor y los padrinos católicos. La suerte decidió que Míster Spangember fuera Pastor, y el doctor Acosta y señora, los padrinos. El Director del juego dijo: entre todas las madrinas adornarán y vestirán a la novia, es su obligación de Maides.

—Y el padrino, — dijo el doctor Acosta, os invita a beber una copa de champagne.

—Bravo! muy bien! — Es de orden, exclamaron los caballeros.

—Esa invitación le corresponde al novio, reclamo ese derecho — dijo Daniello.

—No señor contestó el padrino, el novio invitará después de la ceremonia.

—Muy bien, acepto, — dijo el Maestro.

—Las ceremonias del casamiento se realizarán en el Salón de Fiestas a las diez de la noche, — dijo el Capitán. Se ruega no olvidarse de enviar los regalos.

—Al comedor, al comedor, — gritó el padrino.

—¡Vivan los novios!

—¡Vivan! ¡vivan!

Carmita y Raúl, impresionados no se atrevían a mirarse.

—Los novios, del brazo y al frente, — ordenó el Capitán. Carmita y Daniello obedecieron.

Siguiéndolos de cerca con gran alboroto marchó toda la farándula.

—Yo me voy a preparar la campana — dijo Spangember ¿habrán flores?, — señor Capitán.

—Si, dijo éste, las hay en cantidad para las fiestas del carnaval y pasaje de la línea.

—¡Qué coincidencia! — exclamó Spangember; flores de carnaval y casamiento en broma.

—¿Y no le parece a usted, que el sentimiento vá en serio? — comentó el Capitán.

—Suele ocurrir a veces lo contrario y entonces sí que es grave.

—Entre tanto, me voy en busca de la sotana — dijo el Capitán. Y salieron juntos.

Las Bride-Maides habían improvisado un lindo traje de desposada y hasta la clásica cola habíase tenido en cuenta; la señora de Lezica ofreció gentilmente un manto de encaje que llevaba a Europa para hacer sufrir una transformación; siendo aceptado y agradecido.

Las Bride - Maides comentaban el traje de la novia, confeccionado en breve rato.

—En fin querida, de todo hemos encontrado a bordo, menos los azahares, — decía Esther a Carmita.

—¡Qué lástima!

Pero tonta, si no se usan ahora. Mira estas azucenas, son preciosas y también son simbólicas.

—Vamos hasta el Salón — dijo Margot y ayudemos un poco si hace falta. Encamináronse hacia allá y tuvieron al llegar una agradable sorpresa; en el fondo del salón de fiestas apercibieron un altar improvisado con una bella imagen de Nuestra Señora de Lourdes, — rodeada de candelabros, flores, etc.

En el extremo opuesto simulando el rito protestante, habían levantado otro altar sin imágenes; pero con la simbólica campana de flores, bajo la cual debían pararse los novios durante la ceremonia.

—Muy bien! ¡muy bonita! — exclamaron las amigas de Carmita.

El Salón de Fumar, estaba lleno de regalos y en el centro habían colocado una mesita para el casamiento civil.

—Nada falta, dijeron las mismas, vámonos a descansar un rato.

Carmita entre tanto, habíase retirado a su apartamento para enterar a sus abuelitos de los detalles de su improvisado casamiento.

—Papaíto, dijo ésta, me imagino que asistirás a mi boda.

—Si pudiera ir también Bella Carmita, lo haría con mucho gusto; pero sin élla, no.

—Pero papaíto, — si es un juego.

—Desde luego, dijo la abuelita, si fuera cierto, yo también iría aunque fuera en carrito de mano.

—Y que tal el novio, ¿te gusta?

Si papaíto, dijo Carmita algo intimidada.

—No parece que te gustara mucho, observó la abuela.

—¡Y tanto!, que ojalá fuera en serio y no un juguete.

—Entonces, decididamente te gusta, dijo don Lindoro.

Si abuelito.

—Cuidado hijita con hacerte ilusiones. Los hombres... son los hombres.

—Vaya una novedad Lindoro, ¿no se te ocurre otra cosa? — preguntó Bella Carmita.

¡Oh! yo me entiendo — agregó el abuelo.

—Voy a recostarme un poco, así estaré de buena cara para no desentonar en la fiesta; la novia es todo es una boda; se decía a si misma Carmita recordando las palabras de Gladys.

LA BODA

El casamiento civil se realizó en el Salón de

fumar. Carmita vestía el clásico traje de novia, pero sin la manta.

El doctor Vidal parecía un verdadero Juez, hasta la banda se había colocado, un solo detalle olvidó el organizador de la fiesta: los testigos.

Después de leído el contrato y una vez puestas las firmas de rigor, las madrinas colocaron el manto sobre la cabeza de Carmita y formóse el cortejo.

La orquesta tocaba la marcha de Lohengrin.

El padrino daba el brazo a la novia.

El novio a la madrina y detrás de ellos los amigos formando parejas dirigiéronse al improvisado altar. El resto del pasaje, era la concurrencia al templo de ocasión.

Esther Vidal, de sorpresa, cantó el ave María de Gounod.

Carmita estaba embellecida, con su lindo traje de desposada y tan emocionada como si realmente fuera a casarse de verdad.

Daniello la miraba arrobado, también parecía tomar en serio la boda.

—Los anillos, — pidió el Sacerdote.

—Daniello tomó una sortija y la puso en el anular de Carmita diciéndole: Mi recuerdo. Y Carmita luego colocó el suyo en la mano del novio.

El fingido sacerdote simulaba bendecirlos, diciendo unas raras palabras imitando el latín, después aludió a la Epístola de San Pablo y finalmen-

te dijo: Ya estáis unidos ante Dios y ante nosotros; amaos siempre... y sed felices.

Sonaron nuevamente los acordes de la marcha nupcial, Daniello ofreció entonces su brazo a Carmita y ésta lo tomó visiblemente emocionada.

Caminaban lentamente los novios hacia el salón de Fumar. Todos festejaban la belleza de la novia.

—Lástima que esté tan asustada — dijo Michelena a su paso.

Formóse nuevamente el cortejo para la ceremonia protestante, encabezábalo la novia, seguida de sus Bride-Maides. El novio esperábala en el altar acompañado de su Bestman (su mejor amigo).

Los concurentes a la ceremonia en traje de etiqueta habían formado dos calles abiertas al centro, por donde debían pasar los novios.

Regresaron juntos nuevamente Raúl y Carmita.

—¡Que preciosa está la novia!

—¡Que divino es el manto!

Y así entre exclamaciones, fueron haciendo los novios el recorrido del Salón hasta que llegaron al "Fumoir" lugar destinado a recibir felicitaciones. Besos de las mujeres a la novia.

Abrazos de los hombres al novio, y todos en coro ¡vivan los novios!

Carmita y Raúl hacían esfuerzos por dominar su emoción.

El Capitán, aún vistiendo el traje de Pastor, dijo al padrino: "Yo diría que son dos enamorados".

—También lo pienso yo, contestó el Doctor Acosta; hagámosles una trampa señor Capitán... y dijo en voz alta: ahora hay que dejar solos un momento a los novios.

—Sí, ¡que se queden solos!, gritaban todos mientras les arrojaban puñados de arroz.

Y se quedaron solos los novios.

Raúl acercóse a Carmita y tomándole cariñosamente sus manos le dijo con profunda emoción: Carmita, tengo que hacerte una terrible confesión y tú tienes que perdonarme.

Carmita lo miraba sorprendida, y quiso protestar del tuteo; pero Raúl insistió diciéndole: permíteme hablarte así Carmita, no soy acaso tu marido en este momento?

—Marido! marido en broma.

—Carmita, escúchame y trata de comprenderme. Desde que te conocí, te he amado y por la primera vez en mi vida sé lo que es amor. Si, Carmita, mírame bien en los ojos, mírame muy adentro; no está nadie más que tú en mi alma, tú y mi tormento.

—Carmita lo miraba contristada, no pudiendo acertar a comprenderlo.

—Carmita, insistió Daniello, por favor, comprendeme; te amo hace ya mucho tiempo y no tenía el derecho de decírtelo: soy casado.

—¡Casado! ¡Casado! repetía Carmita casi desvanecida, parecía que iba a caerse de la impresión sufrida.

Daniello intentó sostenerla.

—¡Casado! repetía Carmita y recobrándose trataba de desprenderse de los brazos de Raúl diciendo con indignación creciente, ¡canalla! ¡miserable!..., ésto no lo hace ningún hombre de bien.

—Carmita, óyeme por favor, imploraba Daniello.

Carmita no escuchaba, seguía diciendo con indignación: casado! miserable!

—No digas eso, has de oírme Carmita, para eso he hecho éste viaje.

—Usted no tenía derecho a mezclarse en mi vida si no era libre, decía Carmita llorando, usted es un mal hombre Raúl.

—No Carmita, no digas eso, que no lo merezco, escúchame te lo ruego o hago un disparate.

Algo extraño y terrible vió Carmita en aquellos ojos tan amados y tuvo miedo.

—Siéntate Carmita y óyeme con calma, dijo Daniello arrastrando dulcemente a ésta hacia un sillón; sentóse luego él a sus piés: Carmita, yo no me casé por amor, me casé por deber; tú eres muy joven y no puedes comprender cómo la vida de los

hombres está regida por duras leyes, por eso, aunque me casé con una mujer muy buena, con la madre de mi hijo, yo nunca la he amado, y no lo supe bien hasta que te encontré en mi camino. Fué en Buenos Aires, y de inmediato comprendí que te adueñabas de mí para siempre; me fuí, con la esperanza de olvidarte. Y no fué así, cada día que pasaba, crecía este sentimiento, que solo lo alimentaban el recuerdo y mi desesperación.

—Yo no había tenido tiempo para pensar en el amor; los primeros años de mi carrera fueron muy difíciles y si mi espíritu inquieto quiso alguna vez soñar, la vida me apresó temprano y el cumplimiento del deber fué la única sonrisa de mi yo íntimo. Ahora el amor se venga de mí cruelmente. En vano he luchado contra este sentimiento que tú me has inspirado y entonces resolví volver a América y tratar de libertarme en cualquier país del mundo, por medio del divorcio, para ponerme así en condiciones de unirme a tí, a quien no puedo renunciar.

—¡Que horrible desencanto Raúl—, decía Carmita sollozando.

—No llores Carmita, que jamás mujer alguna ha sido más amada. No llores, insistía Daniello besando sus manos religiosamente. Para hacerte esta confesión me embarqué contigo, repitiéndome en todos los momentos: ahora, ahora tienes que decírselo. Y he callado, he sido cobarde, de miedo de perderte; hasta que llegó la coincidencia del juego

y comprendí que había llegado el momento de hablar.

—Usted no tenía derecho Raúl de intervenir en la tómbola.

—El amor dá derechos Carmita. Pero yo también he vacilado, tú lo has visto, y luego pensé: "es un juego" y no quise que ni en broma otro te llevara.

—Egoísmo, siempre el egoísmo, dijo Carmita.

—Egoísmo no, amor, protestó Daniello. Yo he sufrido Carmita el horrible tormento de los celos y me he desesperado ante mi impotencia; pero reflexiona en nuestra situación, porque yo también sé que tú me quieres Carmita y quiero oír de tus labios lo que he visto en tus ojos. El amor, es ley de la vida y yo no puedo, no quiero renunciar a él; el amor es más fuerte que la muerte misma, por él, se mata y por él, se muere. Carmita, mi Carmita yo te imploro, si tu quisieras podríamos vencer el destino.

—Dios no lo quiere, Raúl.

Dios te puso en mi camino Carmita.

—No Raúl, nuestro cariño es imposible, dijo Carmita dulcemente. Yo te perdono porque te he amado mucho; he tenido un hermoso sueño, pero he despertado en una dolorosa realidad.

—No Carmita, por la vida, si tú me quieres lucharemos, tengamos fé en el porvenir; yo me divorciaré. Mira, ahora en Buenos Aires, se está tra-

tando la ley de divorcio, se cree que éste se impondrá, y es tan cerca de tu patria!

—No, no, Raúl, jamás me casaré con un divorciado, yo soy católica... ¡qué dirían las buenas hermanitas!

—En amor no legisla ni la iglesia, ni el código, sinó nuestro propio corazón. Esto me ha enseñado la vida Carmita.

—No digas eso Raúl, es un pecado.

—Si es un pecado, Dios ha de perdonármelo Carmita; porque mi cariño a tí es una verdad, lo que Dios no podría perdonarme, sería la hipocresía del otro, de ese, que es para siempre, por que fué primero.

—No porque fué delante de Dios.

—También éste lo ha sido.

—Este fué una farsa, la suerte se ha burlado de nosotros, dijo Carmita.

—Farsa en los actores como en el teatro; pero verdad en los sentimientos como en las obras y eso es lo que vale.

—Dios no lo quiere.

—Dios ha dicho: vivid en la verdad, dijo Daniello, y la verdad es mi cariño para tí, para tí sola.

—No Raúl, la verdad, es tu hijo.

En ese momento, la alegre farándula entraba al Salón gritando: ¡el champagne del novio: el champagne del novio.

El vapor ya está en marcha decían ¡viva el Capitán! ¡vivan los novios! ¡vivan!

Carmita levantóse y al querer dar unos pasos hacia sus amigos, cayó al suelo fulminada; se había desmayado. Corrieron todos a auxiliarla. Daniello ya la había levantado en sus brazos y la extendía sobre un sofá cuidadosamente.

El doctor Vidal, acercóse a Carmita, le tomó el pulso, auscultó el corazón... y luego dijo: no será nada. Una fuerte emoción seguramente.

—Estaba extrañamente pálida, comentó el Capitán.

Esther volvía corriendo con un frasco de sales y otro de agua de colonia.

—El doctor Vidal seguía observándola, de pronto dijo: voy a ponerle una inyección de aceite alcanforado, el pulso está muy débil.

Conviene que la dejen sola, que cuando vuelva en si no recuerde de inmediato.

Daniello estaba lívido; al ver que los otros se retiraban silenciosos, intentó quedarse.

—Tampoco usted Daniello, dijo el doctor; la broma ha terminado y se acabaron los derechos del marido, agregó sonriendo de un modo extraño.

—Pero, ¿ésto pasará pronto?, preguntó Daniello angustiado.

—Sí, pasará pronto, esté tranquilo... pero váyase.

Y salió Daniello muy contristado.

El Doctor Vidal y su hija, seguían auxiliando a la enferma.

ULTIMO DIA DE VIAJE

Una noche de insomnio y cruel angustia, fué la última que pasó Carmita a bordo del Cap-Vilano.

Después que ésta hubo reaccionado del accidente, el doctor Vidal y su hija la acompañaron hasta su camarote, recomendándole mucho reposo; receta inútil para los espíritus en tortura.

Carmita había sufrido un rudo golpe, aquella naturaleza sensitiva e impresionable, que por la primera vez sentía latir su corazón sincera y lealmente, con su larga estada en el convento, en el cual se había formado un falso concepto. del mundo, de los hombres y hasta de la vida, no podía comprender que hubieran pasiones y sentimientos que trastornaran el orden moral del ser humano y juzgaba por eso mismo a Daniello con gran dureza.

Lo que más la hacía sufrir, era precisamente el convencimiento de lo mucho que quería al hombre que tan mal juzgaba y se mortificaba hasta la tortura, creyéndose en grave falta para con su Dios y sus creencias; pero su romanticismo, la exaltación y la inquietud de su espíritu, la encadenaban cada vez más a este sentimiento, con la poderosa atracción de "lo imposible".

Levantóse Carmita esa mañana completamente repuesta de la indisposición sufrida la noche ante-

rior; pero su palidez y su abatimiento denunciaban un intenso dolor. Comenzó luego a preparar el equipaje, pues como el vapor había continuado su marcha normal, anunciábase la llegada a Río, para las dos de la tarde.

Terminada su tarea, sentose Carmita muy cerca de sus abuelos y con lágrimas contenidas, los puso al corriente de la confesión de Daniello y la terrible impresión que había sufrido, como así mismo también, la decisión inquebrantable de éste, de divorciarse tan pronto llegara a Europa, para ponerse en condiciones de casarse con ella.

—Tu no te casarás jamás con un divorciado, dijo la abuelita, yo preferiría que te murieras si tuviera que elegir entre dos soluciones.

—Tranquilízate abuelita, yo no me casaré nunca.

—Eso es un disparate, dijo don Lindoro, no puede hablarse así a los dieciocho años con toda la vida por delante.

—No me interesan los hombres, — agregó Carmita.

—Pero si aun no los conoces, — dijo el abuelo.

—He ahí el gran mal que ha hecho ese mal hombre, sembrar el desencanto y la desesperanza en un corazón que recién empezaba a creer, eso es un crimen, — dijo Bella Carmita.

—No ha sido suya la culpa abuelita, también

él ha destrozado su vida; habrá sido quizá el destino, o la fatalidad, como tú quieras llamarle.

—Sólo Dios es dueño de nuestro destino y de nuestra vida y una católica, no puede ser fatalista.

—Que quiéres abuelita, — yo creo que hay algo muy indispensable, que rige vidas y destinos que se llama, “el factor suerte” y que a mí no me acompaña seguramente.

—No Carmita, no hay nada más que la voluntad de Dios y nuestra sumisión.

—Yo me someto a su voluntad, abuelita; pero sufro porque lo quiero.

—Un buen amor no puede hacer sufrir, y mal amor es aquel que tiene que destruir para crear, dijo el abuelo que había escuchado el diálogo silencioso y absorto.

En ese momento la camarera dirigiéndose a don Lindoro, anunció en voz alta: “El señor Raúl Daniello”.

—Dígale a ese señor, que no deseo recibirlo,— contestó don Lindoro.

—No abuelito, tú no harás eso, dijo Carmita, sería una afrenta que él no se merece.

—Es un canalla que nada tiene que hacer aquí, ya ha hecho bastante mal, yo no quiero verlo, dijo Bella - Carmita.

—La Camarera vacilaba... ¿qué respondo señor?

—Abuelito, dijo Carmita, tú y yo lo recibiremos en el Saloncito; mamíta se quedará aquí. Yo te lo ruego, te lo imploro, es necesario, si quieres evitar males mayores.

—Que sea como tu quieres, — dijo el abuelo y dirigiéndose a la camarera agregó: "haga pasar a ese señor al Saloncito.

—Vas a sufrir aún más Carmita.

—Quédate tranquila abuelita, yo sé mi deber y seré fuerte.

Momentos después entraban en el Salón, don Lindoro de Ortiz y su nieta Carmita; al verlos, Daniello púsose de pie y dijo inclinándose: yo os pido perdón si mi presencia os hace sufrir, pero he creído necesario darle a usted señor una explicación, como se la he dado a Carmita.

—Siéntese usted señor, dijo don Lindoro, y ya que usted así lo desea, hablaremos de este desagradable asunto.

Al sentarse Raúl y Carmita miráronse de frente y ambos encontráronse cambiados, tanto era lo que habían sufrido aquella noche!, y es que el dolor deja impresas huellas inborrables en las almas que acaricia con predilección.

Daniello sobreponiéndose a su emoción dijo: Señor, mi juventud fué absorbida por el trabajo y por el estudio, muy joven, casi un niño, perdí a mi

padre, me dejó una herencia: mi madre; por élla y para élla he estudiado y he trabajado, muy pesada ha sido la carga; pero la soporté con valor y con fé.

No tuve tiempo para soñar ni tampoco para escuchar mi corazón; los primeros pasos que dí en mi vida de hombre me apresaron y mi conciencia me ató a la madre de mi hijo; pero desgraciadamente mi corazón había quedado libre.

Me casé a los veintitrés años, tengo ahora treinta; toda mi vida la ha llenado el trabajo, el afecto y el deber, pero no han podido completarla. Mi espíritu siempre inquieto y una melancolía intermitente, parecían advertírmelo, sobre todo después que perdí a mi madre. Yo no era un hombre feliz, mi mujer es una buena criatura, ha sido una excelente madre, pero no ha podido ser una compañera para mi espíritu; supo conquistar un día mi carne, pero no ha podido conquistar mi corazón. ¡Cómo me he encontrado solo en mi casa muchas veces!, y ésto señor, lo he comprendido después que conocí a Carmita.

Hace ya un año que la quiero intensamente, al principio, me defendí contra este amor, creyéndolo imposible; pero, después pensé en el divorcio y resolví luchar por él, hasta alcanzarlo, hasta merecerlo. No se puede renunciar al amor sin haberlo vivido; señor, compréndame, el amor es también ley de la vida.

—Hace un momento le decía yo a Carmita: mal amor es aquel que tiene que destruir una vida para crear otra.

—Ninguna vida será destruída señor; tengo actualmente no sólo una carrera sino también una posición brillante, yo aseguraré el porvenir de la madre y el del hijo; además, velaré siempre por ellos y tendrán también siempre mi protección. A la madre le dejaré nuestro hijo, a élla le bastará, estoy seguro; pero mi amor es de Carmita. a élla quiero ofrecérselo, por eso estoy resuelto a divorciarme y he venido a comunicárselo.

Señor, escúcheme, compréndame, se lo ruego, no es posible que se me obligue a vivir una vida, basada en un error de elección... y Daniello calló, la emoción lo vencía.

—Mi nieta y sus abuelos, le ruegan a usted que desista del divorcio; nuestra Carmita, no se casará nunca con un divorciado, somos católicos.

—Señor, yo no puedo renunciar a su cariño, la vida me resultaría insoportable.

—El cumplimiento del deber, es la cadena más fuerte que nos ata a la vida, dijo don Lindoro.

—Y cree usted señor, que una vez divorciado si me casara con Carmita estaría en falta con mi conciencia?, ¿lo cree usted?

—Repetiré sus palabras, ha dicho usted, que su conciencia lo ató a la madre de su hijo.

—Pero, he agregado, que mi corazón había quedado libre; mi conciencia cumple su deber dando protección y afecto al hijo y a su madre; pero amor, no, no puede ser ni nunca lo he prometido.

El corazón debe querer siempre a aquéllos que están bajo su guarda protegidos por el deber.

—Esas son palabras Señor, y la palabra es fría como el aire que la recibe, los sentimientos están en el corazón, se alimentan de nuestra sangre misma y tienen la fuerza irresistible del torrente que todo lo arrastra a su paso.

—Todo, menos el deber, insistió el abuelo.

—Señor, soy joven aún, tengo treinta años y una vida aún por vivir; no puede condenarme a llevar para siempre ese pesado fardo; a ellos nada ha de faltarles.

—Todo ha de faltarles, si no tienen su cariño.

—Es que si quedara a su lado sería una farsa ese cariño.

—Es su deber, no tiene usted otra solución y si no puede vivir en paz con su corazón, por lo menos vivirá usted en paz con su conciencia.

—¡Carmita! ¡por favor!, — imploró Daniello; dígame usted que estas palabras no reflejan su sentir, ayúdeme a defender nuestro cariño.

Carmita lloraba silenciosamente.

—Ya vé usted como la hace sufrir, élla ya ha contestado a usted por mi intermedio: jamás se casará con un divorciado, por lo menos, mientras vivan sus abuelos.

—¿Es una resolución definitiva Carmita?

Esta seguía sollozando y no podía pronunciar una palabra.

—¡Carmita! — insistió Daniello; es la vida que implora, es el amor... todo lo demás no tiene valor.

—Carmita, contéstale tu misma, no quiero que este señor crea que yo te obligo.

—Carmita trató de sobreponerse y dijo: Daniello, creo en su cariño, creo en usted, también yo lo quiero y Dios lo sabe; pero es necesario que nos sacrifiquemos, dicen que es nuestro deber.

—Dicen... pero no dice usted, creo que es nuestro deber.

—Si fuera necesario...

—Carmita, ¿le falta valor o le falta convencimiento para decírmelo?

—Es necesario que nos separemos Raúl, llévase la seguridad, que es usted el único hombre que yo he amado, y sin embargo le digo: váyase Raúl... y sé que es para siempre.

—Carmita!! — dijo Raúl, estrechando y besando sus manos.

—Váyase... dijo ésta, y crea que se necesita mucho, mucho valor para este renunciamento. —

¡Tengo diez y ocho años! Mi corazón y todas las fuerzas vivas protestan; una sola cosa me defiende, mi fé religiosa.

—Me voy Carmita; pero no para siempre, yo volveré, no puede ser de otra manera. Y despidiéndose de don Lindoro, dijo nuevamente: “yo volveré”.

Salió Daniello muy emocionado, en sus ojos de hombre fuerte, había lágrimas también de hombre fuerte.

A Carmita, faltáronle las fuerzas que milagrosamente la habían sostenido y se echó a llorar en los brazos de su abuelo.

—Has cumplido con tu deber Carmita, — dijo don Lindoro, acariciándola.

—¡Deber! ¡deber!!, — decía ésta sollozando.

—¡Es una fría palabra abuelito!

CONFIDENCIAS

CONFIDENCIAS

Buenos Aires, Agosto 18 de 1901.

Muy querida Carmita:

Tu primera carta de Río llegó ayer diecisiete de Agosto. ¿Te parece una fecha cualquiera?, mala memoria tienes, nena; ayer fué el gran acontecimiento: hizo tres meses que nos casamos. Tu carta me encontró en preparativos para una comida de familia. ¿Tu sabes lo que es ésto?... hijita, un aburrimiento; por élla tuve la primera discusión con Alberto, que tú me habías aconsejado tanto tratara de evitar; pués ahora, la primera ya no podrá evitarse y para colmo ¡tu carta! Se me amargó la fecha.

Me cuentas en élla, tu gran desencanto, tu enorme pena!, — naturalmente, para tu espíritu soñador y romántico, debe haber sido un golpe cruel, algo así como caerse de las nubes. ¡Ah! mi

querida! Ahí tienes el peligro de las ascenciones espirituales a gran altura. Al espíritu práctico de Gladys no le hubiera ocurrido eso; porque no sabiendo de ese hombre casi nada bueno de su vida, se hubiera élla imaginado todo lo malo, incluso lo de casado y ya vés cómo dudando hubiera acertado. Pero tu no sabes dudar, eres un alma blanca, solo sabes soñar, no quieres hacer cálculos, prefieres sentir.

Y luego, me pintas toda una tragedia y un estado de ánimo indignos de tí.

Sí, Carmita, tú músico es un truhán, que no tenía ningún derecho a mezclarse en tu vida, tan clara, tan nueva. El es uno de los tantos casados por equivocación, que cuando están esplinados se distraen como pueden, y si el amor no entró en su boda, pues luego quieren tenerlo, aunque sea de convidado de piedra, porque sin él no podrían pasarse, ¡cómo prescindir del amor!, ¡cínicos!, que arrastren la cadena y vivan su vida como se la eligieron.

Carmita queridísima; no tienes que pensar ni un minuto más en ese mal hombre que has tenido la desgracia de encontrar en tu camino. Felizmente estás en el país del amor y del flirt. Los brasileiros gozan fama de enamorados y se dice por ahí, que tienen gran simpatía por las uruguayas bonitas como tú.

Carmita, no pienses más en ese músico, que no

es, ni de tu rango social, ni de tu estirpe espiritual, ¡Ah! mi querida! todo por no pensar!; que mala elección tuvo tu corazoncito; si no hay nada más tonto que el corazón, nunca sabe lo que le conviene; los hay buenos, los hay malos, pero nunca los hubo inteligentes, por eso necesitamos siempre el control de la cabeza. Perdóname Carmita, sé que te hago sufrir, pero hay que hacer sangrar la herida, para que la curación sea eficaz; confía en tu juventud, en la belleza del paisaje, en la primavera y hasta en el clima.

Ahora querida para distraerte un poco voy a describirte el famoso banquete ofrecido ayer en honor de nuestras bodas de... ¿de qué?, — busco algo poco consistente y no acierto; — a las de veinticinco años las llaman “bodas de plata”, a las de cincuenta “bodas de oro”, a las de setenta y cinco, “bodas de diamante”; pues a las de tres meses ¿cómo las llamarías tú? ¡Ah!, se me ocurre algo: “bodas de azúcar”. ¿Te parece bien? Y al final, como estaba enojada con mi marido las llamé de azúcar quemada”. ¡Cosas del matrimonio!

El día anterior había discutido un poco con Alberto por los invitados, una vez de acuerdo en festejar la fecha, yo quería invitar gente alegre, como los que asistían a mis comidas de soltera; amigas íntimas, muchachos del Jockey, del Club Inglés; ¡eran todos tan divertidos! Pero Alberto se obstinó en invitar tan solo personas de fa-

milia, que según él, era lo que correspondía en estos casos. La familia de Carranza tiene todas estas sonceras protocolares y no hubo nada que hacer, pues mi marido que no es nada flexible, cuando se encapricha no sabe ceder.

Nuestros invitados fueron: papá y mamá, Ketty y Miss Stranford, tatita y mamita (así debo llamar a mis suegros), Sarita, mi cuñada, dos tías abuelas de Alberto que se llaman Esperanza y Dolores, un tío Remigio del año uno, hermano de mi suegro y el Presidente del Congreso doctor Olmedo, amigo íntimo de mi marido y testigo de nuestra boda. Dime tu Carmita, ¿qué comida divertida se podía hacer con estos elementos?

A mal tiempo buena cara: preparé una mesa preciosa, estrenando un lindo mantel de encajes de filet y venecia con viso de seda vieux - rose, luego, una gran profusión de flores de durazno colocadas en chato unidas por sus troncos, formándoles follaje con helechos que subían en el centro de la mesa con un gran mazo de orquídeas. La casa estaba deslumbradora, la flamante dueña de casa quería dar un buen golpe; pero aquellos viejos! ¿qué quieres tú que vieran!

De rabia me puse lo más bonita posible; "de gran toilette". Cuando mi marido me vió, me encontró muy desnuda y me dijo indignado: "Gladys, tú nunca te desnudas tanto ni para la cama. Cual-

quier camisón tuyo es más decente que tu famoso traje de baile ¡que dirán los viejos!

—¡Pero Alberto! Es el último modelo.

—Yo preferiría que te pusieras un traje más sencillo, más de circunstancias, estamos completamente en familia. Anda nena, sé buena, cámbiate el vestido, te aseguro que arriba de la mesa no llega el género y solo se verá tu carne.

—¿Y te parece poco? — le dije con énfasis.

—No, me parece mucho, — me contestó secamente.

Pues no cambié de traje, hubiera perdido la batalla en toda la línea.

Llegaron mis invitados.

Había colocado a mi derecha al doctor Olmedo, pero éste con cierto embarazo me dijo: Señora, si usted me permitiera yo me sentaría del otro lado, pues mi izquierda no oye bien.

Mientras cambiaba yo de viejo, pues puse entonces a mi derecha a mi suegro y a mi izquierda al famoso doctor, me torturaba pensando, qué compañeras le pondría a mi marido que lo fastidiaran? Le coloqué a la derecha a su madre y a la izquierda que le correspondería a mi madre o a mi hermana que siquiera son personas alegres y que comen, pués, le planté a la tía Dolores, que es una momia del tiempo de Rosas, con un traje y un peinado que había que hacer esfuerzos para no reír.

Yo sé, que éstas tías no me quieren; las he escandalizado con mis toilettes, y porque se decía, que jugaba al tennis, y andaba sola ¡qué horror! ¡Bah! Qué me importa, no me interesa conquistarlas.

El doctor Olmedo, hacía esfuerzos por entretenerme, es un hombre de mundo, de un fino sprit, yo trataba de retribuírselo; pero su sordera me desesperaba, ¿porqué los sordos no hablarán por señas como los mudos, siquiera te evitarías quedarte ronca al final de una comida.

Sarita y Ketty volvían loco al tío Remigio hablándole del amor y de sus buenos tiempos, que serían, allá por el diluvio universal, ¡pobres chicas! ¡qué aburrimiento de comida! ¡me daba lástima! Y todo por el capricho de mi marido. Este, hacía esfuerzos por amenizar su rincón.

De pronto, la tía Esperanza habla: “y qué dicen los festejados, ¿todavía no tenemos novedades?

Yo comprendí la alusión, pero me hice la sorda.

En cambio insistí en que se sirviera no sé de qué plato que pasaban en ese momento: “Sí, sírvase tía Esperanza” — dije.

—No hijita, — estoy a sistema.

—Pero ¿tú crees que se conformaron esas viejas ridículas? Pues insistió la otra: “pero Gladys, no has hecho ningún encargo a París?”

—No señora (ya no era tía) — todavía no he necesitado nada, tengo tanta ropa sin estrenar!

—¡Qué poco curioso es Alberto! — dijo la cacatúa.

—Y tatita fué el peor, ya en ese terreno agregó: “pues ésta (aludiendo a su mujer), cuando festejamos los tres meses de casados, quiso que yo le regalara una canastilla, y cuando se la trajeron... empezó a guardar saquitos, gorritas y escarpines, que ella misma había tejido escondida.

—Cállate viejo tonto, no digas esas sonceras — decía mi suegra ruborosa.

—Es que ahora Tatita, le contesté, se acostumbra encargar al niño junto con la canastilla y vienen en el mismo vapor, así se evitan muchos chascos.

.. —¿Sí?... ¿cuáles?

—Pues, el quedarse con la canastilla y que luego no llegue el niño, o que llegue el niño inesperadamente y no esté pronta la canastilla. Esto lo dije con intención y hasta con crueldad, pero para qué me fastidiaron esas viejas... ¡que sufran!

Pero tu Carmita, no entiendes de estas cosas, ni falta que te hace. Lo cierto es, que mi comida de “las bodas de azúcar”, languidecía completamente, también estos viejos, ni siquiera tomaban vino. “No hijita, estoy a sistema”, ¡qué comensales! — Otra vez los invitaré un viernes santo.

No quiero fastidiarte más con mi comida, pues

quizá estoy exagerando ¿no es verdad?... ¡se marcharon! Cuando se cumplió un mes de casados, lo festejamos, y yo estaba deseando que se fueran todos!... Pués ahora, a los tres meses, tanto me daba que se fueran o que se quedaran ¡cómo estábamos enojados! ¿será sintomático?

Mi marido se imaginaba sin duda que yo estaría furiosa con las bromas, se acercó a mí muy cariñoso, como si no hubiéramos reñido antes". Así es el matrimonio", y me dijo: Gladys, tienes que perdonar a las tías, ¿te han fastidiado mucho?

—Yo creo que más a tí, — le contesté.

—No lo creas; es lógico: soy el único sobrino y esperan...

—Pero yo no tengo la culpa, — dije.

—Ya lo sé, — dijo Alberto, — tratando de acariciarme.

—Tu amor propio, es el que ha debido sufrir Alberto, tú eres, el General en Jefe; yo, apenas Capitán-ayudante y agregué: anda, tonto ¿porque no me regalas una canastilla?

—¿Para qué — tú no sabes tejer, me dijo con enojo.

—¿Y para quién quíeres que teja?

Ya estábamos otra vez riñendo, estaba visto, que ese día acabaría mal. Yo para fastidiarlo otro poco agrego: Mira Alberto, ahora todo es cuestión de sistema, si cambiáramos de vida, por ejemplo, si yo fuese al tennis todas las mañanas, el ejercicio es

bueno para todo! ¡es tan higiénico! Casi todas las señoras que van allí, tienen chicos.

—¿Qué tonta estás esta noche”, — me dijo mi amable marido, y se fué a dormir.

Terminé mi tocado de la noche y también me acosté, dándole la espalda a Alberto, aún corriendo el riesgo de tener pesadilla, pues no puedo dormir sobre el lado izquierdo.

¡Pero estos hombres!

Yo no podía conciliar el sueño, así enojada, era la primera vez... pues Alberto, roncaba.

¡Qué noche más tonta! la de las famosas “bodas de azúcar”.

Aun no le he visto esta mañana. Se levantó temprano y se marchó... Te escribo antes de almorzar. Ya ves tú Carmita, como yo también sé de desencantos.

El matrimonio así, con enojos, es muy aburrido, luego trataré de firmar “la paz”, aunque sea incondicionalmente.

Escribe pronto, con buenas noticias de Bella - Carmita, y tuyas..., sobre todo, tuyas y ojalá que mi carta te haya distraído un poco, que es lo que me he propuesto.

Muchos besos de

GLADYS”.

Río de Janeiro, Octubre 13 de 1901.

Gladys queridísima:

Han llegado varias cartas tuyas y en todas ellas te quejas de mi largo silencio y de mi indiferencia por todas estas maravillas que me rodean, reclamándome en todos los tonos, noticias e impresiones.

Bien quisiera complacerte Gladys, pero ya conoces el viejo adagio "todo es según el color del cristal con que se mira" y mis cristales están ahumados y los ojos plenos de lágrimas.

La primera desilusión, es una grave enfermedad de la cual tendré que curarme ya que de ella no se muere; pero la reacción será muy lenta.

Todo contribuye a prolongar el proceso de mi curación. La pobre abuelita no ha mejorado nada, por el contrario, parece que este dulce clima, que todos esperábamos le devolvería la perdida salud, le hubiera acentuado aún su mal y ella desesperanzada, solo tiene un deseo: volver a Montevideo. Indudablemente, si no logramos un cambio favorable, regresaremos muy pronto a nuestra casa, aprovechando la buena estación que se aproxima.

Hemos pasado días de angustia, con el sufrimiento de la pobre mamaíta y hasta se me han hecho antipáticas éstas grandes montañas que no han querido abrirnos sus brazos, sino que parecen es-

trecharlos al cuello de mi viejita, produciéndole la espantosa asfixia-asmática, y ésta vegetación maravillosa que pinta los árboles y las flores con los más brillantes colores de su paleta, parece un insulto a la gran pena de mi juventud tronchada... y cuanto más bellos son los lugares que visitamos y conocemos, más sola y más triste me he encontrado ¡Qué me importa "El Corcobado! ni Copacabana! ni la Barra de Botafogo... ¡si yo hubiera podido ver todo ésto "a cuatro ojos", como tú decías, Río de Janeiro me hubiera resultado un país de ensueño; pero mis ojos están enfermos de haber llorado y no pueden ver.

Daniello me ha escrito, insistiendo en sus sentimientos y en sus decisiones, defendiendo nuestra felicidad tenazmente, y te aseguro que me cuesta mucho cumplir mi resolución, pues yo lo he amado verdaderamente. También le ha escrito él a abuelito; éste, empieza a comprender mejor la terrible situación de Raúl y su gran amor por mí, ya no lo trata tan mal como al principio, pero es inflexible en sus ideas, en sus principios y en sus resoluciones; cree firmemente en la indisolubilidad del vínculo religioso y cree también que es nuestro deber vencer la tentación del amor.

Yo he sufrido tanto! ¡tanto!; que ya no veo claro en mi camino, solo tengo una obsesión: constantemente siento llorar a una pobre mujer a la que la vida con inconsciente crueldad, la despoja

de su marido y de su hijo; ¡no! ¡no puede ser!, tu no debes consentirlo Carmita, me repito muchas veces, recordando las palabras de la hermana Rita: “no olvidéis que Dios ha de pedirnos cuenta del mal que hayamos hecho a los demás”, y sufro casi todas las noches esta espantosa pesadilla.

Luego, la tentación, Gladys, que insiste; “pero si él no la quiere?” ¿si es a tí, Carmita, que el ama?, déjale a ella su hijo; para una madre, esa felicidad le basta”. Pero, tampoco quiero yo que un día sienta él a mi lado la nostalgia del hijo ausente ¡sería cosa horrible!

Y la única solución es, la del abuelo, la de la religión. No volverlo a ver nunca más.

También tú Gladys me cuentas tus desencantos y me preocupas. ¿Cómo es posible que no pueda haber un acuerdo entre vosotros?

Sacrifica Gladys tus pequeños caprichos, modifica la orientación de tu vida y ponla más a tono con los gustos y las ideas de tu marido, ya que él no ha podido adaptarse a los tuyos. Carranza es un hombre de muchos valores, y sobre todo, te quiere mucho. Sacrifica tu orgullo, mira Gladys, que es horrible estar separada para siempre del hombre amado, y estoy segura que tú lo amas.

¿Cómo es posible mi querida, que tu puedas hablar tan pronto de separaciones definitivas?

Te aseguro Gladys, que es muy doloroso un renunciamiento en plena juventud.

La mujer ha nacido para amar y ser amada y cuando el corazón ha hecho su elección, es muy difícil decirle "olvida" y es casi imposible exigirle que vuelva a querer.

Reflexiona Gladys, aun es tiempo, todavía estais juntos. ¡Si nosotros pudiéramos estarlo!

. Cariñosos saludos para todos y para tí

Abrazos de

CARMITA.

REGRESO

REGRESO

Y fueron inútiles todos los esfuerzos.

La vida se iba extinguendo lentamente en aquel organismo debilitado por la tortura de una cruel enfermedad.

El corazón, que había hecho un esfuerzo extraordinario para defender aquella preciosa vida, estaba agotado, ya no reaccionaba ni a la digitalina ni al aceite alcanforado.

Bella - Carmita se moría como había vivido, resignada y tranquila.

Don Lindoro y Carmita fuertemente unidos en el dolor común, la asistieron hasta su última hora, recibiendo con dolorosa emoción el supremo adiós de aquellos ojos ya vidriosos y oscurecidos por la muerte, antes tan bellos y tan amados.

No obstante, Bella-Carmita casi no sufría, se alejaba dulcemente con su bondad infinita, con su ternura siempre pródiga y con el recuerdo de sus únicos amores "Lindoro y Carmita", se llevaba la

amargura de la separación, que por ser de una creyente era menos dolorosa, porque no era definitiva, y al alejarse, dejaba en su derredor una claridad como la que dejan las estrellas cuando cambian de sitio en el espacio.

Y murió Bella - Carmita, el dos de Febrero del año 1902, en su casa solariega de Montevideo.

PARIS

PARIS

En los primeros días de Enero del año 1914, llegaba Carmita a París con su tío Nicanor.

Don Lindoro de Ortiz, presintiendo ya muy proximo su fin, había llamado telegráficamente desde Montevideo a su sobrino Nicanor; apresuróse éste a ponerse en viaje, encontrándole aun con vida.

Mucho se alegró el anciano al verle junto a su lecho de muerte y díjole: "Nicanorcito, si te he llamado desde tan lejos, es porque deseo hacerte en vida un precioso legado, voy a dejarte lo que más quiero, mi tesoro "Carmita". Ella no tendrá ya en esta vida más familia que la tuya y yo moriré tranquilo, porque sé que la quereis y que estará bien entre vosotros.

Don Nicanor muy emocionado, abrazó a su tío y prometióle hacerse cargo de Carmita con verdadero afecto.

Pocos días después de la llegada de su sobri-

no, concluía en la mayor serenidad aquella vida toda dedicada al bien, falleciendo don Lindoro de Ortiz, el veinte de Noviembre del año 1913.

Lloró Carmita al querido abuelito casi con desesperación, era éste, el único vínculo fuerte que la unía a la vida; su tío Nicanor, fué entonces el gran consuelo que tuvo en su aflicción, aunque también sus amigas la acompañaron mucho en la dolorosa prueba.

Don Lindoro de Ortiz había dispuesto, que Carmita viviría después de su muerte con el tío Nicanor y su familia, radicados hacia ya un tiempo en París, pensando posiblemente, no sólo, que éstos eran sus más próximos parientes, sino también, que un viaje a Europa sería quizá el mejor lenitivo para el dolor de la pobre huérfana.

Pasado el tiempo indispensable para dejar arreglados los intereses de Carmita y llenadas también ciertas formalidades legales, embarcáronse con rumbo a París, don Nicanor de Ortiz y su sobrina, llegando a la "Ciudad Luz", el veinticinco de Enero del año 1914.

Nicanor de Ortiz, después de haber viajado por casi toda Europa durante dos años, habíase instalado definitivamente en París, con su familia en el año 1910, comprándose un lindo Hotelito en los Campos-Eliseos.

Poco tiempo después, Ketty, la hija predilecta de don Nicanor, habíase casado con un inglés y

vivía en Londres. Insistió mucho Ketty, para que sus padres se radicaran en su país de adopción; pero, después de haber vivido éstos una temporada en Londres, tuvo que reconocer, que su clima le era pernicioso para la salud de su padre y la de Gladys, teniendo que regresar éstos nuevamente a París.

Miss Stranford prometióle entonces a su sobrina, que volvería muy pronto a su lado; pero París, que tiene una poderosa atracción, la absorbió tan completamente, que no había vuelto a su patria a cumplir lo prometido.

Corrían los últimos meses del año 1913, y los dolorosos acontecimientos de Montevideo, habían llevado la ansiedad y la angustia a la familia de Don Nicanor; pero luego la llegada de Carmita, anunciada telegráficamente, fué esperada con ansiosa alegría. Recibiéronla con los brazos abiertos, colmándola con tantas manifestaciones de afecto, que pudo élla sentirse verdaderamente consolada entre los suyos.

Carmita guardaba en su corazón un culto por los queridos muertos; pero no ignoraba, que tenía para con los vivos deberes de solidaridad vital y no quiso ofrecerles a sus buenos parientes. el espectáculo constante de su dolor. Fué entonces, la mujer fuerte que recibe las pruebas de la vida sin desfallecimientos aparentes y tragó sus lágrimas en

silencio. Sus desencantos y el dolor no la habían amargado; por el contrario parecía aún más dulce y hasta alegre, aunque su alegría ya no tenía los brillantes colores de sus veinte años.

No obstante, la mujer se había completado y es, que su juventud no fué nunca egoísta; toda su loca alegría habíala volcado a manos llenas sobre aquellas preciosas vidas ya en el ocaso. El cariño a sus abuelos había sido casi maternal, prodigándoles a aquellos viejitos que la adoraban, toda su ternura que era un tesoro. Para ellos fué hija sumisa y cariñosa, para ellos fué madre amantísima y abnegada, y porque siempre fué buena es siempre hermosa y porque siempre fué sana es siempre joven.

Los días de París todos llenos de encanto para los espíritus plenos de luz, ávidos de emociones, llevaron poco a poco la serenidad al alma atormentada de Carmita y aunque se resistía por su luto a concurrir a Teatros y otras fiestas, en cambio, no hubo conferencia que no escuchara, ni monumento o iglesia que dejara de visitar. El "Louvre", le era casi familiar y hasta hubiera podido servir de Cicerone a muchas francesas.

—Concurría también a los conciertos "La moureux", y "Colonne", como así mismo a todos los grandes conservatorios, pués, para Carmita la música era una necesidad espiritual.

Corrían los alegres aunque pesados días de Ju-

nio y como Carmita, que hacía muy poco tiempo que había llegado de América, no deseaba viajar; la familia de Ortiz Stranford, resolvió permanecer en París, ya que en los Campos-Eliseos donde tenían su residencia, podía pasarse confortablemente el verano.

El veintiocho de Junio los diarios de la tarde dieron una noticia bomba: "El Archiduque Francisco Fernando y la Duquesa Hohenberg su mujer, habían sido asesinados en Belgrado".

La noticia se esparció, con la velocidad del rayo y todo el mundo se preguntaba con ansiedad: ¿Que actitud asumirá Austria-Hungria? ¿traerá este atentado algunas complicaciones?, éstas y muchas otras preguntas, estaban en todos los labios.

Después del asesinato de Sarajevo, ocurrido en Belgrado el veintiocho de Junio del año 1914, vivieron días de febril inquietud, en Francia, como en toda la Europa Central, donde el problema de los Balkanes era una constante preocupación; los días de Julio que le sucedieron también pasaron llenos de incertidumbre, y las Cancillerías trabajaron activamente.

Francia no deseaba la guerra, ni se había preparado para élla, ahí está la famosa sesión del trece de Julio, en la cual el Senador Humbert en bri-

llantísimo discurso, hizo severas críticas a la preparación militar del ejército francés.

El veintitres de Julio, Austria-Hungría envió a Servia un ultimatum, cuyo principal pretexto era la protesta por el asesinato del Archiduque Francisco Fernando, consecuencia atribuída a la propaganda subversiva de elementos de su propio ejército, y el veintiocho por la tarde le declaró la guerra.

Este fué el comienzo del gran conflicto, la chispa había estallado y se tuvo de inmediato el convencimiento de lo inevitable. El ataque a la pequeña Nación de los Balkanes indignó a Rusia que movilizó su frontera en señal de protesta y la efervescencia crecía por momentos.

¡Alemania ha movilizado!

He ahí el verdadero grito de alarma que se oyó en Francia el primero de Agosto del año 1914; y el día dos a las cuatro y media de la tarde, se tiraba el decreto de "La Movilización General del Ejército Francés".

La orden fué recibida con una especie de recogimiento y luego se vió erguirse esforzadamente a la juventud francesa. "Había llegado la hora de la revancha". Francia no la deseaba, no la buscaba; pero recogía el guante y no hubo un sólo francés, que no decidiera en aquel instante el sacrificio completo de si mismo y de los suyos.

Y todo lo realizó sencillamente.

El día tres recibía el Rey Alberto de Bélgica,

la intimación del "Gobierno Imperial" de dejar paso libre a sus ejércitos.

El Rey Alberto, pide entonces protección a Inglaterra y Francia, garantes ambas de su neutralidad manifestándoles a su vez, que tanto el Rey de Bélgica, como sus subditos, sabrían cumplir con su deber.

Los acontecimientos se precipitan, y el cuatro de Agosto, Bélgica fué invadida por los Alemanes del lado de Gemmerich, violando así una neutralidad de la que Alemania misma era garantía. También fué violada casi simultáneamente, la neutralidad del Gran Ducado de Luxemburgo y estos atentados a la libertad de los pueblos, desataron contra Alemania, el veredicto del mundo entero.

La ola inmensa de los Ejércitos Alemanes, se volcó sobre Bélgica y la heroica gallardía del Rey Alberto y la abnegación de los belgas, salvaron a Francia.

¡Pero Bélgica fué mártir!

Una a una, fueron cayendo todas sus fortalezas, comenzando por "Lieja" y así sucesivamente día a día el ejército alemán iba envolviendo a Francia y aproximándose a París.

Comenzada la "Movilización y Concentración" del ejército francés, el servicio de viajeros y mercancías fué suspendido, se produjo un verdadero

pánico en la ciudad; los burgueses y los extranjeros apiñábanse frente a las ventanillas de los Bancos, las familias amontonaban provisiones, las mujeres y los niños lloraban acompañando a los hombres a las estaciones, y éstos, serenos, silenciosos, conscientes de su deber y de su derecho, corrían a agruparse bajo La Bandera de la Patria, al grito viril y mágico: "Allons enfants de la Patrie".

Las iglesias se llenaron de hombres y mujeres, el corazón del pueblo francés había guardado intacta su fé.

Y se tuvo el convencimiento de lo inevitable, Francia la calumniada, París, ciudad de placer, ciudad nocturna por excelencia, que muchos y hasta sus propios invasores creyeron en decadencia, asombró al mundo entero con los tesoros de su energía inagotable, de sus ideales generosos y de sus sacrificios épicos por la defensa de la patria, y Francia entera se levantó como un solo hombre.

Desde el comienzo de la Movilización "La Cruz Roja", también había llamado al corazón de los patriotas y organizaba sus fuerzas, viéndose de inmediato correr en todas las direcciones, las simbólicas cofias blancas y las simpáticas capas azules, símbolos ambos de caridad y abnegación.

Una sola incógnita preocupaba casi tanto como la invasión, ¿que hará Inglaterra? ...e Inglaterra entró en la guerra el doce de Agosto en defensa de la neutralidad de Bélgica y entonces si

comprendió el mundo entero que estallaba la más espantosa conflagración que se conoce.

La familia de Ortiz Stranford, no sabiendo que partido tomar, vivía al principio de la guerra como todos los extranjeros, desorientada y aterrada; pero ya que el regreso a América resultaba casi más peligroso, decidieron permanecer en París.

Los que vivieron aquellos días angustiosos de París, no los olvidarán nunca. El espíritu de solidaridad, el alma apasionada de la raza latina multiplicó el esfuerzo y cuando ya se sentían sobre París los cascos de las Caballerías Alemanas, surgió, "El Marne".

¡No pasarán!, dijo el Gran Joffre.

¡No pasarán!, gritaron todos los franceses, y en un esfuerzo gigantesco hicieron retroceder al invasor.

Francia estaba salvada.

Poco a poco, había ido normalizándose la vida de París. Don Nicanor, instalóse con su familia más al centro, dejándo su "Hotelito" de los Campos Eliseos convertido en Hospital, firmemente decidido a permanecer allí, hasta mejor oportunidad.

Carmita, temperamento esencialmente sensible, impresionada con aquella espantosa tragedia, ha-

bía decidido hacerse enfermera y así se lo comunicó a sus tios, pidiéndoles su consentimiento.

Al principio opusieron éstos, especialmente don Nicanor diciendo: “no Carmita, no puedo consentirlo, yo tengo la obligación de guardarte, aun más que a mis hijas, así se lo prometí a Lindoro”.

Carmita que había aprovechado la hora de la cena, que reunía siempre a toda la familia, insistía en su pedido.

—No puede ser, dijo don Nicanor, tú has sido enfermera casi toda tu vida, aquello, era el deber, ésto no lo es.

—No tienes razón Tiíto, contestó Carmita, por lo mismo que he sido siempre enfermera, estoy más preparada que muchas otras y en cuanto al deber, si los abuelos fueron la familia, ahora esta humanidad que sufre es también mi familia, todos somos hermanos en el dolor.

—Pero nosotros tenemos la obligación de guardarte, tú recién empiezas a reponer fuerzas, no es posible empezar tan pronto, decía Missis Ortiz.

—Carmita insistió; no tienen razón, yo soy, fuerte, déjenme tener una vida útil, es el deber de la hora, la mutua protección. Ya verás Tiíto como ésto pasa pronto y volverán los días felices, ya los buscaremos hasta con loco afán; pero no rehuyamos hoy el amargo trago.

—Papá; tiene razón Carmita, dijo Gladys, yo también quisiera presentarme a “La Cruz Roja”,

¿quieres vida más inútil que la mía; pero yo no tengo valor papá, yo nunca supe aliviar un dolor, ni curar una herida, la sangre me asusta, los quejidos me aterran, por eso yo sé bien que no serviría.

—No digas eso Gladys, tu también sabrías cumplir tu misión como cualquiera otra.

—No lo creas Carmita, si a mí, nunca me prepararon para el sufrimiento, y ya vés tú, como por muy inmunizados que nos creamos, éste nos alcanza. Yo admiro a Carmita, papá y quisiera ser como élla.

—Carmita insistió: no hables así Gladys, tu eres una dulce criatura, tu eres la bondad misma, y quizá por eso que eres tan sensible, no puedes ver sufrir. Ya verás, tan pronto te acostumbres a la idea de hacerlo, te sentirás con ánimo y te vendrás conmigo.

—Ustedes están bien aquí en su casa, dijo Don Nicanor.

—Papá, tienes que dejarla ir a Carmita, insistió Gladys.

—Si, Tiíto, hay que darme permiso, dijo Carmita.

—Déjala ir papá, Carmita será la madrecita de todos los heridos, ella tiene vocación.

Y Carmita fué enfermera, en el ejército valeroso de los franceses.

Muchos meses habían pasado y el segundo año de la guerra ya corría a su fin.

Carmita estaba contenta de sí misma, la emoción jamás la había traicionado y nunca le faltaron ni las fuerzas, ni el valor. Al principio, sólo salía de París hasta las pequeñas distancias para complacer a sus tíos; Gladys la acompañaba muchas veces hasta los mismos hospitales, dejando en manos de los heridos toda clase de regalos, como si quisiera compensarlos con éllo de su falta de valor para asistirlos. Luego llevábase a su casa a los soldados en licencia y obsequiábalos de todas maneras.

El hogar de la familia de Ortiz Stranford, no parecía una casa extranjera sino un hogar francés, todo lo hace la simpatía. La Marsellesa y el "God save the King" se oían indistintamente, para halagar a sus visitantes, pues por las vinculaciones de raza, también los ingleses eran sus gratos huéspedes.

Corrían los primeros días de Julio del año 1916 y la familia de Ortiz Stranford, reunida a la hora del thé, comentaba con cierta angustia, la ausencia de Carmita, ¡un mes que no venía a su casa! Es una enormidad, decía don Nicanor, yo temo que se enferme. Todos habíanse contristado recordando a Carmita; se encontraba también en la reunión, Esther Vidal, cuyo marido el doctor Michelena antiguo amigo de Carmita, también prestaba sus servicios profesionales en el Primer Regimiento de la Legión Extranjera. Esther que había estado algún tiempo delicada de salud había tenido que refugiar-

se en un Sanatorio de Suiza; pero luego, nerviosa y angustiada siempre por la suerte de su marido, regresó a París, para tenerlo más cerca y poderlo ver así con más frecuencia.

Desde entonces, Esther formaba parte integrante de la familia de Ortiz Stranford que había quedado completamente reducida con las largas ausencias de Carmita y el viaje de Miss Stranford a Londres, pues hacía ya seis meses que ésta acompañaba a Ketty.

—¡Ojalá! que Carmita se haya encontrado con Michelena, dijo Esther. ¡El que la quiere tanto!

—Y por lo menos se prestarían mutua protección — dijo don Nicanor.

—Ya lo creo, agregó Missis Ortiz.

.
¡Oh! ¡quién está aquí!, gritó Carmita que entraba en ese momento, ¡tu, Esther! — decía mientras besaba y abrazaba a su antigua amiga con alegría infinita, luego besó y abrazó también a sus parientes, no salía de su asombro y decía con satisfacción inmensa ¡Esther aquí! ¡Esther aquí!

—Pero, siéntate criatura, — le decía su tío, acariciándole sus manos.

Y élla insistía, ¡Esther aquí! ¡Cuando viniste?
¡Y Michelena?

—Hace ya unos cuantos meses que presta servicios en los Hospitales, ahora está en el Primer

Regimiento de la Legión Extranjera, ¿no le has visto?... Aquí creían que tu estabas también allí.

—No, dijo Carmita, yo estoy en el Hospital de Cognac, muy próximo a la línea de fuego.

—Pero siéntate criatura, después hablarás, — dijo Missis Ortiz.

—Si yo hubiese sabido! insistía Carmita, como no hubiera llamado en mi auxilio a Michelena! — Yo también tengo enfermos de la Legión Extranjera y una enfermedad de atacados por los gases asfixiantes y nos hubiera venido muy bien un especialista de la vista, y además ¡un amigo!

—Yo no sé bien donde está, pues el célebre doctor Leroux, que fué profesor de Michelena y se hicieron además muy amigos, dicen que está haciendo maravillas a los cegados por los gases y pidió el pase de Michelena para su hospital.

—¡Qué bien me hubiera venido a mi un amigo como él! Figúrense, decía Carmita, tenemos más de trescientos atacados y solo dos especialistas... ¡pobrecitos! ¡son los que me dan más lástima! Los otros heridos, mientras están graves, aunque sufren no se dan mayor cuenta hasta que comienzan a mejorar, entonces si, cuando se encuentran con una pierna o con un brazo de menos, claro está, pobrecitos mutilados deben sufrir mucho moralmente; pero no se quejan y hasta piden volver al frente.— Los que están ciegos, unos para siempre; otros momentáneamente; éstos si, viven desesperados,

quieren morirse, ¿para qué vivir?, si no han de poder volver a batirse! ¿para qué vivir?, si no han de volver a ver!... y algunos tienen veinte años.

—¡Debe ser horrible, Carmita! — decía Esther, y cómo sufrirás tú que eres tan sensible.

—No lo creas, no lo soy tanto, he tenido que hacerme fuerte a todas las impresiones. Están todos muy contentos conmigo, y yo hace ya tiempo querida, que no pienso en mis penas, ¡tan pequeñas me han parecido al lado de tan grandes y terribles desgracias!

—¡Qué bien te sienta el uniforme!, — dijo Esther, acariciándola largo rato.

—¿No es verdad, que hasta parece más alta? — dijo don Nicanor, acercándose también a su sobrina.

—Es que habré crecido Tiito, ¡con tantas caminatas! — decía Carmita sonriendo.

—Toma una taza de thé Carmita, vendrás fatigada, decía Gladys alcanzándosela ¿cuántos terrones quieres?

—¿Cómo? ¿le pondrás azúcar? ¿no saben que está prohibido ese derroche.

—Aquí nos privamos de élla sin sacrificio, — dijo Gladys; pero tenemos azúcar para cuando vienen soldados licenciados, y tú eres un soldado, un valeroso soldado.

—Pero mi vida, no es tan dura como la de ellos, ni tampoco corro sus peligros.

—Aquí tengo también bizcochos para la valiente Carmita, decía Missis Ortiz, acercándose a su sobrina con una bizcochera llena de bollos.

—¿Y dónde los habías guardado, mamita, que yo no los encontré? — preguntó Gladys.

—Secreto de estado, — contestó Missis Stranford; me daba el corazón que Carmita vendría de un momento a otro, los hice ayer y los puse en seguridad.

—Están riquísimos — decía Carmita, saboreándolos.

—Mira Carmita, una carta para tí, — dijo su tío.

—¿De quién?

—No lo sé, sólo que me ha llamado la atención una cosa, esta carta ha ido desde Europa a América y luego ha venido nuevamente, siguiéndote hasta aquí. ¡Si habrá dado vueltas en tu persecución!, milagro grande es que haya llegado, ¡mira cuántos sellos!

—¿De quién será? — muéstramela, dijo Carmita.

—Que la muestre, dijo Gladys, todos estamos curiosos.

Carmita tomó la carta en sus manos, miró el sobre y tornóse pálida ¿había reconocido la letra!

—¿Qué te pasa?, — preguntó Gladys acercándosele solícita; tú que no tiembles, ni ante los obuses, ni los zepelines, ni ante la muerte misma, qui-

zá, ¡tiemblas ahora ante un sobre cerrado! ¿Qué es eso Carmita?

—Una extraña coincidencia, dijo Carmita, y eso es lo que me ha impresionado.

—Bueno, dijo su tía, concluye tu thé y tranquilízate, después nos contarás de qué se trata.

Serenóse Carmita y dijo: la carta es de Danie-lo, yo no tengo secretos para ustedes, veamos qué dice, y con mano temblorosa rompió el sobre y leyó:

Milán, Marzo 15 de 1914.

Señorita Carmita de Medina

Montevideo.

Adorable Carmita: Acabo de saber la terrible desgracia, ha perdido usted a su abuelito, ¡ya está sola en la vida—mi pobre niña! mi querida Carmita, y yo tan lejos! También me ha sido negado, el derecho de compartir sus penas, ha sido muy cruel el destino con nosotros querida niña, y permítame llamarla así, ¡ahora que sufre tanto y estará tan sola!

Mis amigos de Montevideo, me han tenido siempre al corriente de todos los acontecimientos que se han relacionado con usted y los suyos.

Cuando falleció su abuelita, yo le escribí una carta, recibí más tarde una tarjeta suya: “Muy

agradecida", eso fué todo. ¡Nunca ha querido usted contestar mis cartas!

Pero ésta vez Carmita es diferente, queda usted sola frente a la vida, sé que no se ha casado, sé, que ni siquiera se le ha conocido a usted un amor, ¿será que todavía... ¡Oh! Carmita, después de tantos años, todavía tiemblo ante la esperanza.

Carmita, Carmita, mientras vivieron tus abuelitos yo respeté sus prejuicios; pero, quiero esperar que éstos no son los tuyos. Carmita, todavía estamos a tiempo, ¿quieres que vaya a buscarte?... Mis sentimientos no han variado, puedes contar con ellos y con mi protección.

Contéstame una sola palabra y me pondré inmediatamente en condiciones de traerte a mi lado puedes disponer a tu voluntad de mí, y no habrá imposibles que no sea capaz de vencer.

Carmita, nuestro sacrificio ha sido estéril, nadie ha sido feliz, todos hemos sufrido y seguimos sufriendo.

Ahora, esperaré ansioso una palabra tuya de esperanza y deseo que ésta carta llegue a tí y sea élla un consuelo en tu dolor.

Todo mi gran afecto para tí, Carmita y quedo esperando tu última palabra.

Raúl Daniello.

Rúa Dante 1753. — Milán.

Carmita lloraba...

Todos callaban entristecidos.

—¡Qué extraña coincidencia!, hace un año y medio que esta carta me sigue; ya ven ustedes que Dios no quería que llegara a mí.

—Pero, al fin, ha llegado, dijo don Nicanor.

—Ya es tarde Tiíto.

—Nunca es tarde Carmita, insistió éste.

—Escúchenme un momento y me comprenderán: hace treinta y cinco días, que recorriendo las líneas como de costumbre, recogiendo heridos con los camilleros, de pronto, veo uno, caído dentro de una zanja, corro hacia él y al mirarlo para recogerlo, me impresiona un parecido, ¡Dios mío! digo, es Daniello!... No, no puede ser, estoy loca!, será que aún después de tantos años, ¿veré su cara en las caras de los otros? — me pregunto, y traté de pasarle un algodón mojado para librarlo del polvo que aún lo cubría, y seguí mirándolo, sin atinar a nada.

Callóse Carmita emocionada... y todos aguardaron con ansiedad el final de su relato.

—Y sin embargo se le parecía! dijo Carmita, aunque era más jóven, mucho más joven ¿quién será?, ni siquiera se me había ocurrido mirarle la chapita que llevan muchos soldados, con su nombre a la muñeca; de pronto, recuerdo el detalle y busco, ¿no adivinais? “Raúl Daniello”, decía. ¡Era su hijo!

—¡Qué extraordinario! No hay nada más complicado que la vida misma, dijo Gladys.

—Y ¿qué hiciste tu? — preguntó Esther.

—Lo arreglé cuidadosamente en una camilla, estaba aun con vida, pero parecía muy grave; lo transportamos con todo cuidado al Hospital, tenía una herida grave en el vientre, hubo que hacerle una operación y sobrevino la peritonitis. Allí ha estado dos semanas entre la vida y la muerte, y sin embargo... lo peor, es lo otro, dijo Carmita mientras sus ojos llenáronse de lágrimas.

Y ¿qué es lo otro? — preguntaron todos.

—Los gases asfixiantes, los horribles gases!, y los médicos creen que quedará ciego, y Carmita lloraba al decirlo.

—¡Pobrecito !y pobrecita tú también Carmita. ¡Cuánto has debido sufrir! — decía Gladys acariciándola.

—No te he visto tan abatida, ni al principio de la guerra, dijo su tío.

—Es, que he pasado quince días sin permitir que nadie me sustituyera a su lado, como no fuera el Doctor ¡oh! si hubiera estado allí Michelena! — Hay que llamarlo Esther, hay que llamarlo pronto!

—Si Carmita, tranquilízate, lo llamaremos.

—Ahora — dijo ésta, — hace quince días que está fuera de peligro, pero empieza a darse cuenta de su ceguera y está desesperado; ayer me decía: “que si ha de quedarse ciego para siempre, prefiere morirse” y no hay forma de consolarlo, se rebela contra su destino. La vida, no le hubiera impor-

tado darla; los ojos, si, le importa. Ustedes no pueden darse una idea de lo que he sufrido en estos días, mucho más, que en el resto de la guerra; ¡pobres padres! ¡si supieran! Si pudieran imaginarlo siquiera.

—Y ¿no les han avisado? — preguntó Missis Ortiz.

—El no ha querido. Comprenderán ahora, la impresión que me habrá hecho encontrarme aquí con una carta de su padre, a mi llegada.

Es como si fuera un castigo de Dios, por haber pensado él, en abandonarlos otra vez.

—Y ¿qué harás ahora, Carmita? — preguntó don Nicanor.

—Mi deber, Tío. Seré su enfermera, seré su madre, todo, todo, ¡pobrecita criatura!, es bello como su padre. Precisamente, he venido en busca de recursos para entretenerlo; para engañarlo y distraerlo, llevaré libros, en fin, todo lo que se me ocurra.

—Y él ¿sabe quién eres tú? — preguntó Gladys.

—Ya me conoce, hace quince días que está en su conocimiento, quiere que lo tenga siempre de la mano como los niños. Sólo así está tranquilo.

—Y ¿sabe él que su padre?...

—No, no sabe nada, sólo mi nombre y que soy uruguaya. Por ahora no hay peligro que se lo anuncie a su familia, está ciego.

—Pero ¿será para siempre? — preguntó don Nicanor.

—El Doctor lo teme; pero, aun conserva alguna esperanza, recién se le ha empezado a hacer el tratamiento y está muy débil, hay que esperar, hay que tener mucha paciencia.

—Y tú ¿hablas bien el italiano?

—Felizmente, mi enfermo habla correctamente el castellano, es su lengua maternal y ha pasado largas temporadas con su madre y sus abuelos, en Madrid.

—¿Hasta cuándo te quedas con nosotros, Carmita?, — preguntó su tía.

—Solo vengo por ésta noche y mañana a primera hora vendrán a buscarme.

—Eso no puede ser, tú te vas a enfermar Carmita, dijo su tío; tendremos que tomar serias medidas, después de un mes, vienes, sólo por unas horas, no puede ser, insistió su tío.

—Pero si yo estoy muy bien en el Hospital, allí tenemos todo lo que necesitamos y hasta nuestras horas de descanso. Estén tranquilos, ya vendré por más tiempo.

—¿Quiéres tomar un baño? — preguntó Gladys.

—Si, mi querida, prepáramelo tú que me resultará mejor, ya conoces mi gusto.

—Encantada, — dijo Gladys, saliendo de la habitación.

—Ahora, yo voy hasta la Biblioteca a seleccionar unos libros, dijo Carmita, y también en busca de ropa seglar. Con permiso Esther, vuelvo enseñuida.

—¡Pobre criatura! — dijo don Nicanor, viéndola que se alejaba, ¡Cuántas pruebas le ha depurado la vida! y jamás se queja. Carmita es una mujer extraordinaria.

—Tienes razón Nicanor, dijo su mujer, pocas mujeres he conocido tan bien templadas.

—Y con un destino tan inmerecido, dijo Esther.

—¿No se casará ahora con Daniello?, — preguntó Missis Ortiz.

—Casi, casi se lo aconsejaría, dijo don Nicanor; pero ahora ya es tarde; un año y medio ha rodado esa carta! ¡si hubiera llegado a tiempo! quizá.

—Podíamos aconsejarla, tenemos el deber de hacerlo, dijo Missis Ortiz.

—Sería todo inútil, ella se considera obligada, mas aún, necesaria para el hijo... luego, esta cruel guerra, no deja pensar en los propios problemas.

—Y ¿no se concluirá esto pronto?, — preguntó Esther.

—Por ahora, no se le vé el fin, hay que esperar.

—Y toda la vida es siempre lo mismo... esperar... esperar...

...esperar...
—Y toda la
...
—P...
...
...
...

EL HOSPITAL

EL HOSPITAL

Acercábase Carmita al Hospital ansiosa de ver a su enfermo y al llegar, corrió hacia la Sala, sin cambiarse de ropa. Raúl, la esperaba aún con mayor impaciencia, animóse su fisonomía al reconocer la voz de su enfermera y gritó con alegría: "Carmita, Carmita, la estoy esperando".

Acercóse ésta y tomándole cariñosamente sus manos preguntóle con afectuosa coquetería, ¿cómo está mi enfermo? ¿me ha extrañado un poquito?

—La he extrañado tanto, tanto!... que ya empezaba nuevamente a desesperarme.

Muy mal hecho, eso no le he enseñado yo.

—No Carmita; pero me ha enseñado usted a sentirla, que es según su expresión, una forma de ver.

—Sí Raúl, no solo nuestros ojos ven, quizá nuestra alma, o nuestro espíritu, tengan una visión más perfecta que nuestros ojos, que muchas veces se deslumbran o se distraen con la luz exterior.

—Carmita, sin usted yo soy ahora dos veces ciego.

—No diga eso Raúl. Vengan esas manos, ¿que hay aquí?

—¡Flores! ¡Rosas! ¡Que buena, que deliciosamente buena ha sido usted Carmita al traérmelas! ¡me gustan tanto! decía Raúl tomando en sus manos con emoción, las flores que Carmita le ofrecía.

—Se dá usted cuenta Raúl, como sus manos también vén?... y así, todos nuestros sentidos tienen ojos. Y ¿qué decir de nuestros oídos?... ellos vén en un mundo maravilloso, el del sonido. Prepárese Raúl, le traigo muchas sorpresas.

—Nada mejor que usted misma Carmita, ya vé usted, mis oídos la vén, porque la siéntén, ¿que mejor música que su voz?

—No me adule Raúl, que me perderá, soy tímida a la lisonja.

—Usted no puede abandonarme, ahora que me ha hecho vislumbrar un rayito de sol en mi horrible obscuridad; usted no puede abandonarme Carmita, porque caería en la desesperación.

—No es ese, precisamente el camino, que yo he elegido para usted, sinó otro lleno de dulzura; le he traído libros; de todo un poco: versos, prosa y hasta un gramófono con sus discos bien seleccionados.

—¡Que buena!, que armoniosamente buena es Carmita!, decía Raúl lleno de emoción.

—Vamos a pasar unas lindas horas con todos estos amigos que he de presentarle poco a poco. Y ¿su herida, Raúl? ¿como sigue?

Me han quitado ya las puntadas y mañana me levantaré, hoy no quise hacerlo, usted no estaba!

—Muy mal hecho, yo tendré que ausentarme muchas veces, tengo otros enfermos que también me reclaman.

—Pero ninguno tan desgraciado... yo soy un pobre ciego.

—Cómo es eso Raúl, ¿quién le ha dicho a usted que está ciego?, tiene usted los ojos enfermos momentáneamente, eso es todo, y... ¿le han curado los ojos durante mi ausencia?

—Si Carmita, me han curado los ojos y es por eso que he dicho que soy un pobre ciego, yo me doy cuenta.

—Ya verá usted Raúl, ya verá... y mientras asomaban lágrimas a los ojos desesperanzados de Carmita, agregó: ya lo creo que verá, tenga usted fé.

—Quisiera esperarlo, dijo Raúl.

En ese momento entró el Doctor de Sala y Carmita acercósele a recibir órdenes. Este transmitióselas brevemente y continuó su recorrido, después, de haber auscultado al enfermo.

—Voy a tratar de improvisar algún florero para ponerle agua a sus flores, dijo Carmita, tomándolas de manos de Raúl.

—Déjeme una rosa, Carmita.

—Se las dejaré todas para que le acompañen y me traeré aquí el improvisado florero.

—Pero no tarde mucho, Carmita.

—No tardaré Raúl, el tiempo indispensable para ponerme la túnica, y mirando el tablero de orden, agregó: y le traeré también el alimento, pues es la hora.

—Vuelva prontito Carmita.

—Más paciencia Raúl, más paciencia, que con ella dicen que se gana el cielo, dijo Carmita mientras se alejaba sonriendo.

Raúl se había curado completamente de la peritonítis; pero estaba ciego.

Carmita había consultado el caso con varios médicos, éstos no daban ninguna esperanza, pues en un mes y medio de tratamiento el enfermo no había hecho ningún progreso, ni siquiera había experimentado el menor cambio.

Raúl estaba engañado; Carmita alimentaba su esperanza a medida que iba perdiendo la suya, ¿que hacer entre tanto? se preguntaba ésta y decidió escribir a su tío Nicanor, pidiéndole que pusiera al Doctor Michelena al corriente del caso y lo interesara por él, pues había sabido que se estaban haciendo curas notables en su Hospital, a los cegados por los gases.

Y se preguntaba Carmita, también con ansiedad que actitud asumiría con los padres de Raúl, ¿cómo les anunciaría la terrible desgracia? Raúl no había querido que les dieran noticias de su enfermedad, hasta que sus ojos pudieran ver algo, pues pensaba con razón, que sus padres se desesperarían, y Carmita había consentido en ello, siempre abrigando la esperanza que llegarían mejores días.

Cognac, era una pequeña localidad, donde se habían improvisado varios hospitales por su proximidad a la línea de fuego. El que albergaba a Raúl, era bastante cómodo, muy bien orientado y tenía al frente un lindo jardín, de cuyas bellezas poco podían disfrutar los enfermos, en su mayoría atacados por los gases.

Raúl se sentaba frecuentemente en un cómodo sillón, que se le colocaba a la sombra de un frondoso tilo, en el mes de Setiembre sentíase una suave temperatura otoñal y el enfermo podía pasarse muchas horas tomando aire y sol.

Aquella tarde, Carmita sentada a su lado, leía-le. Raúl la interrumpió diciendo: "esos versos de Amado Nervo, son muy bellos; pero hoy, preferiría que me leyera la prosa de su compatriota Rodó, que usted me ha enseñado a gustar, ¡es una maravilla!, Carmita, léame otra vez a Rodó, pidió Raúl.

—Y, ¿qué obra prefiere?, preguntó Carmita mientras cerraba el libro de versos que estaba leyendo.

—“Ariel”, sin vacilar. “Ariel”, insistió Raúl, que ha hecho nacer mi esperanza, que me ha enseñado a despreciar el utilitarismo, la vida sin ideales del pasado, el vacío del presente, con ésta terrible guerra que parece decirnos algunas veces que triunfará el más fuerte, y otras veces, el mejor.

—No hablemos de la guerra Raúl, le hace a usted mucho mal, se excita... y luego, sus ojos se enrojecen.

—Tiene usted razón Carmita, sigamos con “Ariel”, genio del aire, que nos enseña a amar a la inteligencia por élla misma, a la belleza, también por élla misma, por usted Carmita, y me enseña además a tener fé en el porvenir y sobre todo, a tener fé, en la eficacia del esfuerzo humano, haciéndome soñar con el triunfo de la justicia, con el fin de esta guerra cruel.

—Escuche usted Raúl, escuche a Rodó, decía Carmita que había estado buscando la obra predilecta del enfermo mientras le escuchaba su interesante comentario. Escuche Raúl esta hermosa frase: “Nuestra capacidad de comprender, sólo debe tener por límite, la imposibilidad de comprender a los espíritus estrechos”.

—Y su capacidad de comprender Carmita, ¿qué le dice de mis sentimientos?

—Que ellos son hermosos; porque son buenos.

—¿Nada más le dice, Carmita?

—Que tiene usted fé en sí mismo y en el Dios bueno que murió en la cruz por nosotros.

—Y en usted también, Carmita.

Esta siguió leyendo: "Cuando vendrá el día...

—Raúl la interrumpió diciendo: "Es maravillosa esa renovación constante del ideal, de la esperanza, que nace allí donde ha muerto otro ideal el día antes. Esa renovación de todos los momentos y de todos los tiempos que Rodó aconseja a la juventud, es un testamento de amor, Carmita. Nada podrá el pesimismo de todos los tiempos... yo estoy ciego... y espero.

—Que inspirado está hoy mi enfermo, dijo Carmita, así quiero oírlo siempre Raúl.

Ahora vamos a seguir nuestra lectura, o prefiera usted seguir su comentario?

—Siga usted leyendo Carmita; pero tenga paciencia y soporte mis interrupciones.

—Todas las que usted quiera... y leyó Carmita: "Del renacer de las esperanzas humanas; de las promesas que fían eternamente al porvenir la realidad de lo mejor, adquiere su belleza el alma que se entreabre al soplo de la vida; dulce e inefable belleza, compuesta como lo estaba la del amanecer para el poeta, de un vestigio de sueño y un principio de pensamiento".

—Carmita, dijo Raúl, mañana han de hacer-

me los médicos una prueba seria en mis ojos. Quisiera hacerme la ilusión que volveré a ver, y quisiera también atreverme a hacerle un pedido.

—¿Que desea usted Raúl?

.

Béseme usted en los ojos Carmita y estaré seguro del éxito.

—¿Es antojo de enfermo?, dijo Carmita.

—Es antojo de hombre.

—No creo en los hombres.

—¿Tampoco cree usted en el amor?, Carmita.

—Oh! en el amor! en él sí, creo.

—¿Es, que ama usted a alguien?

—Sí Raúl, he amado mucho y he sufrido mucho. No hablemos más de éllo.

—Pero, ¿es que lo ama usted aun?, insistió Raúl.

—No sabría decirlo Raúl. Nunca pude olvidar y nunca pude volver a querer... eso es todo lo que sé..

—¡Si yo volviera a ver Carmita!... porque así, ciego, no tengo derecho.

—Pues así ciego, es como lo quiero a usted; cómo a un niño que se guía, porque no sabe aún andar sólo, como a un niño que se mima, porque no está su madrecita. Así le quiero a usted Raúl, cómo a un niño.

—Béseme usted en los ojos Carmita y veré...
béseme como a un niño, a los niños se besan.

.
.

Y Carmita muy emocionada, besó en los ojos
a Raúl.



El día destinado para la prueba que debían hacerle a Raúl en los ojos, amaneció lloviendo, era una de esas mañanas grises, cuya atmósfera pesada irrita el sistema nervioso de los enfermos o lo predispone a la melancolía y quizá por éello el Doctor Leroux al hacer su visita acostumbrada, le comunicó al enfermo, su postergación para el día siguiente.

Contrarióse un poco Raúl; pero Carmita que estaba a su lado, se encargó de tranquilizarlo como de costumbre y mientras le arreglaba su cama poniéndole muchas almohadas como a él le gustaba, decía: Raúl, le prometo que pasaremos un lindo día apesar de la lluvia y del encierro.

Raúl era dócil como un niño bueno y contestó ya más tranquilo: Si usted me acompaña, lo creo Carmita.

—Déjeme ir un momento a recorrer mis líneas dijo ésta y enseguida volveré con los elementos que nos han de servir de entretenimiento.

—Y entre tanto, ¿que haré yo? dijo Raúl.

—Piense en muchas cosas bellas, haga proyectos para cuando esté curado.

—¿Y si no curara... no puedo hacer proyectos?

—Curará usted Raúl, tenga fé, dijo Carmita alejándose. Dirigióse luego hacia otras camas, a llevar una esperanza, a aliviar otros dolores, ¡esa era su misión!

Volvió Carmita junto al enfermo con un gran paquete en sus manos y acercándose a su cama, dijo alegremente: aquí estoy Raúl a cumplir mi promesa; esta lluvia persistente que golpea los cristales de su ventana cual si fuera una monótona música, algo así como una "Berceuse", me ha sugerido una buena idea: variaciones sobre el mismo tema.

—¿Que variaciones?, ya siento curiosidad, dijo Raúl.

—Pues, he traído un gramófono, con una colección de discos muy selectos, así es que, rompiendo la monotonía de la lluvia-música, cantará Caruso el maravilloso, Battistini el Maestro, La Barrientos, La Patty. Además oiremos algunos números sinfónicos por los que siento gran predilección y hasta oiremos también, algún virtuoso del arco y del teclado, Zarazate y Paderewsky, y mientras enume-

raba el programa, Carmita había colocado una mesita cerca del enfermo en la que instaló el gramófono.

Raúl callaba.

Carmita insistió, ¿no le parece un programa estupendo, Raúl?

—Para mí, la mejor música es su voz Carmita, ya se lo he dicho.

—Pero eso es lo de todos los días Raúl, es necesario variar, matizar y usted saldrá ganando en el cambio.

—Insisto en darle preferencia a su voz hablada, Carmita. Dígame cualquier cosa, recíteme unos versos, o cánteme una canción de la infancia, de cuando estaba en el Convento.

—Pero mi voz cantada es insignificante Raúl. Y mientras colocaba un disco dijo Carmita con persuasión: escuche usted, es la romanza de "La flor" de Carmen, cantada por Caruso.

Y escucharon con silenciosa emoción.

Carmita rompió el encanto de aquel silencio, preguntando: ¿no le ha gustado a usted Raúl?

—Sí Carmita, mucho; pero ya que se empeña en darme un concierto, preferiría que me hiciera oír algún número de orquesta, así podré hacerme la ilusión que oigo a mi padre.

—Tiene razón, Raúl, no se me había ocurrido.

Elegió Carmita otro disco diciendo: oiremos la Sinfonía de "Maestros Cantores" por Toscanini.

—También la he oído dirigida por mi padre en La Scala, dijo Raúl.

.
.

—Recórdando a su padre se ha entristecido usted Raúl y eso no le hace bien, dijo Carmita; voy a hacerle oír enseguida algún trozo de Rossini, cuya alegría es comunicativa.

—No lo conseguiría tampoco, Carmita; toda clase de música me hace mal, no quise decírselo desde un principio por no desilusionarla ;tenía usted tan buena voluntad!

—Es desde que está enfermo, que le produce a usted ese efecto?

—No, hace mucho tiempo!, ha sido casi toda la vida, es amargura de mi vivir, Carmita, escúcheme: Yo adoro a mi padre, también mi madre lo ha amado mucho; él, nos dedicó siempre todo el esfuerzo de su lucha por la vida, nos ha colmado de todo lo que pudiéramos desear, creándonos una gran posición; pero, entre él y nosotros ha habido siempre un fantasma o un vacío, algo que nos ha separado a nuestro pesar, sin poderlo evitar, y esa rival Carmita, ha sido "la música".

—Exagera usted Raúl, eso no puede ser, la música es muy absorbente, pero élla no nos aleja de los que amamos, créame Raúl, yo también tengo pasión por la música y para mi ha sido élla vín-

culo de unión con el hombre que tanto quise, mas aún, ha sido una compañera, una aliada.

—Yo le aseguro a usted Carmita, que en nuestro hogar la música no ha sido aliada, sinó, la manzana de la discordia.

Desde que yo era casi un niño, veía muchas veces llorar a mi madre y me torturaba buscando la causa, ¿porqué lloraba? ¿porqué mi padre estaba ausente?... y sin embargo, cuando regresaba él a nuestro lado, era lo mismo. Disidencias, no eran, mi padre tiene muy buen carácter, además, es conciliador, comprensivo, nunca se le oye un reproche; en mi casa Carmita, yo no he sentido jamás una discusión. ¿Qué sería entonces lo que nos separaba? Apesar de mi juventud, yo hubiera asegurado que había una mujer entre nosotros.

Un día, le confié mis temores a mi madre y ella me abrió los ojos a la verdad, diciéndome: Hijo mío, no dudes nunca de tu padre, él es un hombre noble y leal, él es incapaz de traicionarnos; la rival que tu has presentado existe; pero no es una mujer, es "la música". Ni tú, ni yo hemos nacido con ese don y él lo siente mucho, porque quizá no podemos comprenderlo como él lo desearía, eso es todo".

Y yo comprendí entonces Carmita, los continuos aislamientos de mi padre, los amargos silencios de nuestras veladas familiares; y es que su espíritu está siempre absorto en los sonidos que crea, o en los sonidos que escucha. Comprendí

también, porqué muchas veces al regresar de sus viajes, cuando nosotros lo rodeábamos con cargoso afecto, de pronto, como si le molestara nuestra ternura que no sabía de sonidos, se marchaba a su escritorio y allí escribía largas páginas que luego nunca hemos oído. Carmita, ya sabe usted ahora, porqué odio a la música; para mí, élla es como si fuera una mala mujer.

—¡Una mala mujer! (repitió Carmita dolorosamente) No diga eso Raúl, nadie le ha quitado a su padre, él está con ustedes.

—Si Carmita, él está con nosotros, pero élla está entre nosotros, y yo sé que esa mala mujer, es “la música”.

—¡Mala mujer! ¡Mala mujer! (repetía Carmita con emoción contenida). No Raúl; no es mala la mujer, no es malo el hombre; mala es la vida que todo lo complica y quiere que nuestra hora de amor, cueste muchas veces, la hora de dolor de otra alma.

EL TILO

La operación de Raúl había fracasado y éste estaba muy triste, aunque se le había engañado, diciéndole que faltaba la segunda parte de la intervención y que había que esperar un momento propicio.

Sin embargo, algo había en aquellos ojos, que

desconcertaba a los médicos y por eso, aún sin saber porqué, esperaban.

Dos días hacía que el General Mangin con sus legionarios extranjeros se batían en las proximidades del Hospital, y Carmita había tenido mucho trabajo, estaba casi extenuada.

Además el fracaso de la operación de Raúl la tenía desalentada; el Doctor Michelena, tampoco daba señales de vida y ella había puesto en él, después de Dios, su esperanza.

Habiendo terminado su tarea, reservóse Carmita una hora para hacerle compañía a Raúl, se dirigió en su busca encontrándolo debajo del hermoso Tilo, su sitio predilecto; allí hacía poner el enfermo su sillón y se pasaba largas horas de soledad, horas de ansiedad y hasta de desesperanza, cuyas dolorosas alternativas parecían mitigar el sedante Tilo de su simpatía.

—Buenas tardes Raúl, dijo Carmita acercándosele.

—¡Oh! ¡Carmita!, ¡mi Carmita que me abandona!

—No Raúl, no lo abandono, pero, es que hay tantos heridos! usted por lo menos no sufre, decía Carmita mientras acercaba una silla, sentándose luego muy cerca de Raúl.

—Hoy he sufrido mucho Carmita, mientras estaban lejos había llegado a olvidarme de ésta terrible guerra; pero ahora, sentir el estampido del

cañón, de la fusilería, sentir que están muy cerca los compañeros y no poder correr a ayudarlos, ésto es superior a mi resignación, Carmita... yo estoy desesperado! ¡yo quisiera morirme! ¿Para qué y para quién ha de servir esta inútil vida mía?

—Pero Raúl, ¿cómo es eso?. ¡Así tan desesperado! Cállese querido niño, y al decir estas palabras, acariciaba Carmita aquellas manos aún crispadas por su desesperación.

—Si hubiera estado usted, siquiera! — decía éste serenándose un poco.

—Pués ya estoy aquí Raúl, mi niño, mi niño mimoso, aquí está la madrecita; porque yo soy la buena madrecita, ¿no es verdad, Raúl?

—Lo que usted quiera Carmita, pero no se vaya.

—No pienso irme, por el contrario, he encontrado algo muy interesante para su estado de espíritu y me propongo leérselo ahora; buscando una receta que creía haber guardado en mi “maletín” encontré algo muy hermoso, es un artículo que me escribió un amigo uruguayo, en un momento también de desesperanza para mí... ¡todos hemos sufrido Raúl!

—Pero, los ojos, los ojos, Carmita.

—Bueno Raúl, también los ojos volverán a ver, no desespere.

—Aunque no fuera nada más que para verla a usted Carmita, y luego, que cegara otra vez.

—¡Qué niño es mi enfermito. Ahora que ya está más tranquilo, vamos a leer el artículo, y Carmita, después de sentarse muy cerca de Raúl, entrelazando su mano izquierda con la derecha del enfermo, leyó:

**“FIDELIDAD, ESPERANZA
Y RECUERDO”**

“Carmita: Ha pocos días un atardecer como el de hoy, de cielo teñido de cándido celeste y leves nubecillas bermejas propicio a la evocación en la tertulia íntima, recordábamos la respuesta atribuída a Alejandro en el momento de aprestarse a salvar el Helesponto para cimentar su inmortalidad gloriosa.

—¿Y tú que te reservas?, inquirieron los absortos beneficiados con el reparto de sus bienes.

—¿Yo?... La Esperanza.

Muchas veces en la silenciosa contemplación que llena mis tardes solitarias he evocado la dulce cabeza efébrica del grande conquistador Macedónico inclinada suavemente sobre su hombro vigoroso de vencedor del pentatlo. Y en la vaguedad del paisaje he creído oír su palabra como denunciando a través de los siglos el secreto de sus heroicas campañas triunfales.

Si Carmita. Quién se reserva la Esperanza y la

lleva muy dentro de sí, bien dorada suavemente por el aún lejano sol de la Gloria, bien anegada en gracia de blanda luz de la estrella promisoras de un amor entrevisto, marcha por esta Tierra como al cobijo de los cuidados de Dios y llega a gozar la plenitud infinita del vivir, ya bajo el majestuoso amparo del arco de triunfo, ya en la ensoñación de los delicados pliegues de un velo nupcial.

—Carmita, interrumpió Raúl bruscamente, ese es el hombre que tu has amado.

—Carmita sorprendida miró a Raúl y encontró su faz enrojecida y alterada, sus manos temblorosas y todo él lleno de una extraña agitación; pero Raúl, ¿que es esto?... Usted sabe que le hace mal agitarse, decía Carmita intentando tranquilizarlo.

—Hay que decirlo Carmita, perdona mi ceguera; yo soy un pobre mutilado, pero yo te quiero y odio a ese hombre que te escribió ese artículo, porque tú lo has amado.

—Pero Raúl, tranquilícese, yo no he amado nunca a ese hombre ni él tampoco a mí.

—Tu lo dices por calmarme. Mira Carmita, hálame como yo te hablo... así, bien cerca del alma, porque yo te quiero Carmita, sé buena.

—Si Raúl, te hablaré como tu me pides, ya que lo prefieres, es más íntimo; pero déjate de amor, ahora solo hay que pensar en vivir, en curarse.

—Amar es vivir, es curar.

—Cálmate Raúl, tu no puedes exaltarte porque te hace mal a los ojos. Cuando tu veas, quien sabe si me querrás, yo soy vieja para ti, tu tienes veintidós años, yo treinta y dos — ya lo ves, casi una vida por medio.

—No me importa Carmita.

—Pero a mí si me importa. Además recién cuando tu veas sabrás si te gusto o no.

—Tú me has enseñado Carmita que todos nuestros sentidos tienen ojos, y yo te siento, y yo te veo y yo te quiero.

—Bueno Raúl, yo también te quiero, como a cosa mía, como si fueras mi hijo.

—Yo no quiero ser querido así. Tu me vés inutilizado y es por eso que me quieres como a un niño; pero yo curaré Carmita y seré un hombre fuerte.

—Si Raúl, tú serás un hombre y te serenarás porque lo necesitas para curarte y serás un hombre bien educado y escucharás el final del artículo que te estaba leyendo.

—Como tú quieras, Carmita.

Y leyó Carmita: “Hace más tiempo, en otro atardecer no muy distante, mientras desbrozabas piadosamente mi salvajismo musical dejando que al conjuro de tu compleja y rica feminidad y bajo la sabia y ágil caricia de tus dedos surgiesen la fuerza y justeza clásicas de Bach, la ingenua fres-

cura de Schumann, la profunda y elegida sensibilidad de Chopin, la grandiosa humanidad de Beethoven y el hondo misticismo de César Franck; mi espíritu en delectación imprecisa fué libando una dulce filosofía, que porque tú la sugeriste a tí la vuelvo en este tosco vaso de mi torpe palabra, y cuyo zumo fecundo dice así:

La fidelidad a un gran recuerdo y la fidelidad a una noble esperanza son la única fuerza que, aunque en diversa manera pero de un mismo modo esencial, nos permite levantarnos sobre las mezquindades del mundo y superar la cambiante y liviana actualidad. Y quien no tenga en su pasado un gran amor para su Recuerdo ni en su porvenir un gran ideal para su Esperanza ¿qué otra cosa será que pobre materia para un breve encendimiento más en los juegos de luz de las tornadizas pasiones humanas?

—Carmita, interrumpió Raúl, ¿qué quieres ser tú para mí: un gran amor para mi Recuerdo, o un gran ideal para mi Esperanza?... dilo.

—Calla y escucha, aun no he terminado: "Oh! Sí. "La fidelidad a un recuerdo y la fidelidad a una esperanza son diversos aspectos de una misma ansia de plenitud ideal. ¿Cuál reservará para tí la vida? Ignórolo, más ten presente que si la última le sirvió al Conquistador Macedónico hasta para ganar un mundo que solo queda en la memoria de las gentes, quizá la primera nos bastara para ganar un

cielo en el que la Eternidad impere soberana. Como quiera que sea, cuida tu Esperanza único puro tesoro de los hombres o cuida tu Recuerdo único refugio inviolable a las torpezas del Mundo, como debieron hacerlo Carmen y María, las epónimas deidades del suave María Cármén de tu designación.

G. M. M.

Montevideo 19.

—¡Qué hermoso artículo! ¿no es verdad Raúl?

—Sí, dice cosas muy bellas, pero yo no puedo tolerar al hombre que te la ha dedicado.

—Mira Raúl, no tengas celos de él, pues nunca me ha amado. Este amigo, recibió un día mis confidencias, supo que yo había amado mucho a una estrella, a un imposible... y me escribió entonces ese bello artículo. Nunca supo él, el bien que me hizo, ni sabrá tampoco la pena que tuve de no volverlo a ver.

—¿Pero tú no lo has visto más desde entonces?

—No lo he visto Raúl. La vida nos separó. Ya ves tú como la mujer no le había interesado. A mí sí, me interesaba mucho su amistad porque es el suyo un espíritu selectísimo; pero, al hombre suele no interesarle la amistad de una mujer, cuando no le interesa la mujer.

—Si llegó a valorizarte, no lo creo Carmita.

—Raúl, él tenía sus ojos sanos, él tendría qui-

zâ un amor, y Carmita fué un conocimiento más; esa es la diferencia contigo que hace seis meses vi- ves a mi lado, no tienes otro afecto, soy tu madre- cita, tu enfermera, tu hermana. Ya puedes tú que- rerme más que él; pero no creas tampoco que ésto es amor.

—Si Carmita, yo estoy seguro de que lo es.

—Muchas pruebas ha de exigirte aún la vida antes de que puedas hacer esta afirmación.

—¿Y quién fué entonces, ese hombre que tu has amado tanto? ¡Quiero saber su nombre para odiarlo!

—No digas eso Raúl. Deja su nombre en el pa- sado y en mi recuerdo.

—¿Y porqué dices que su cariño era un impo- sible?

—Porque... Mira Raúl, yo no quería hablar de este asunto contigo, pero te empeñas...

—Si, quiero saberlo, ¿cuál es ese imposible?

—No era libre; era casado.

—Y si te quería, ¿porqué no se divorció?

—Yo no quise, por...

—¿Por qué, Carmita?... dilo.

—Porque... tenía un hijo.

Después de un penoso silencio, Raúl que tenía sus manos entre las de Carmita, temiendo que ésta hubiera sufrido recordando; quiso acariciarla, co- mo lo hacía élla, cuando él sufría, tocó su cabeza, su cara... ¡tú lloras Carmita!, dijo Raúl, pasando sus

manos trémulas por los ojos de la amada... ¿por
quién lloras Carmita?... ¿por el padre que has
amado tanto, o por el hijo que los ha separado?

.

—Por los dos Raúl... por los dos.

CARMITA DESCANSA

CARMITA DESCANSA

Quedóse en cama Carmita.

En las últimas semanas había tenido muchísima tarea y un exceso de emociones fuertes, que reflejaronse exteriormente en un gran abatimiento y en una completa pérdida de fuerzas, que la obligaron al descanso. Pidió una corta licencia y regresó a su casa.

—¡Qué precioso día tienes para tu descanso Carmita! — decía Gladys mientras ordenaba la habitación de su prima.

—Son muy hermosos estos días de Agosto todavía todos llenos de sol. Descorre Gladys todos los estores y hasta los visillos; déjame tomar un baño de luz en mi cama.

—¿Quieres que abra también las ventanas?

—No, aire no necesito, te aseguro que estoy bien aireada; solo una cosa deseo, Gladys: me gustaría tener unas flores cerca mío, ¿no sería posible conseguirlas?

—Si querida, ya las tienes, papá había prometido mandarlas y acaba de llegar un ramo para tí.

—¡Qué bueno es Tiíto.

—Precisamente yo quería colocártelas de sorpresa en tus rincones predilectos, sin olvidarme de tus queridos muertos... Ahora tu dirás si quieres recordar a algún vivo, decía Gladys sonriendo, al salir.

Regresó enseguida con el ramo en sus manos. Carmita aspiraba con fruición su exquisito perfume, y después dióselas a Gladys para que las distribuyera.

—¡Qué coquetón me has dejado mi cuartito!— decía Carmita; siéntate Gladys, aquí a mi lado, ya has trabajado bastante.

—Gladys la obedeció de inmediato, sentía por ésta dulce criatura, una amistad fraterna y una piedad casi maternal. ¿Quiéres que leamos algo Carmita?

—No podría interesarme por nada Gladys, ésta terrible guerra me tiene obsesionada, los últimos días han sido espantosos, parece que el mundo va a desaparecer. Mis oídos oyen incesantemente el espantoso ruido del cañón, de las ametralladoras, los lamentos de los heridos... hasta dormida, vivo bajo la misma espantosa impresión.

—Mi pobre Carmita!... Tanto como has sufrido por los que has querido y tocarte todavía sufrir hasta por los que no conoces, por los indiferentes.

—Todos nos conocemos Gladys, si hemos sufrido.

—Pero el dolor de los desconocidos, debía de sernos indiferente.

—Es el dolor, el que no nos es desconocido, ¿qué importan las personas?... ¡Qué cosa tan cruel es la guerra Gladys!... Yo no puedo comprender como Dios ha permitido éste terrible azote. ¡Parece un castigo!

—¿Castigo para quién? — dijo Gladys.

—Para los vanidosos, para los cobardes, para los ambiciosos.

—Y para tantos y tantos inocentes de todo crimen y de todo mal, ¿no es verdad?. No Carmita, Dios no lo ha permitido. Dios es grande cuando crea un mundo, los astros, el mar, el hombre y la mujer; todo ésto es la obra de un Dios, pero la obra de destrucción, no puede ser de Dios, será más bien de ese otro espíritu del mal que ustedes los católicos le llaman "Lucifer".

—Nada puede tampoco éste, sin la voluntad de Dios.

—Pues hijita, dijo Gladys; se pondrán alguna vez en combinación, o Dios lo tolerará, como uno de los tantos derivados de su creación hombre, humanidad.

—Es que desde el principio del mundo, replicó Carmita, cada vez que se ha llegado a los grandes excesos, a la vida disoluta, a todos los vicios que

trae consigo la vida sin fé, sin ideales de mejoramiento espiritual, Dios ha permitido estos grandes cataclismos que, como el diluvio universal, son más bien que fuerzas destructoras, fuerzas renovadoras.

Esperemos Gladys, que esta terrible guerra nos haga a todos más buenos, más indulgentes y menos ambiciosos, ya que dicen que han sido precisamente las ambiciones desmedidas de los hombres las que han provocado esta espantosa tragedia.

—Esperémoslo así, dijo Gladys.

¿Se puede pasar — decía Esther Vidal entrando en la habitación de Carmita. Missis Ortiz me ha mandado.

—Adelante! Adelante! — decían simultáneamente con gran alegría, Gladys y Carmita.

—Esther besaba efusivamente a la enferma dejando en sus manos unas lindas rosas y después besó también a Gladys.

—¿Sabías tú, que yo estaba en casa? — preguntó Carmita.

—Si Carmita, don Nicanor me lo avisó esta mañana ¿cómo te sientes?... ¿qué te duele? ... ¿vieron al médico?

—No mi querida, decía Carmita sonriendo, si no tengo nada, solo es fatiga, extenuación, tantas y

tantas emociones repetidas y renovadas constantemente.

—Es natural, dijo Gladys, esa ha sido nuestra constante preocupación.

—Pero si no será nada, dos días de reposo y quedará como nueva.

—Dos días es muy poco, dijo Esther; debes tomarte un descanso siquiera de varias semanas.

—¡Qué locura! — dijo Carmita, ¿y mis pobres enfermos?

—No serás tú la única, me parece, — decía Gladys.

—No querida, ni tampoco la mejor; pero cada uno se acostumbra a la suya; conocemos ya sus gustos, sus dolores.

—Bueno, que se arreglen como puedan sin tí, ahora te haremos nuestra prisionera... ¿quieres ya el alimento? — preguntó Gladys.

—Sí, puedes traerme alguna cosa muy liviana.

—Mira, aquí viene mamá que te ha preparado una rica crema.

—Oh! mi Tiíta!, usted también trabajando por mí, ¡cómo me miman!, parece que está exquisita, como de sus bellas manos decía Carmita tomando en las suyas el platillo.

—A comerla pronto, dijo la tía, hay que reponer fuerzas. ¿Y tú Esther, no quieres que te sirva un poquito también?. Ya vés, dice Carmita que está buena.

—No señora, gracias, si acabo de levantarme de la mesa, hace un momento que terminé de almorzar, y me vine a pasar la tarde con ustedes.

—Esther, dijo Gladys, pasa al cuarto de vestir y quítate el sombrero, pues no te dejaremos ir mientras esté Carmita.

—¿Y no te levantas? — preguntó Esther.

—No, el Doctor me aconsejó que me quedara en cama cuarenta y ocho horas, pues el descanso es así más completo; mañana me levantaré si Dios quiere, dijo Carmita.

—Voy a ponerte muchos almohadones, como a ti te gusta, para que estés más cómoda, agregó Gladys, y así nos contarás muchas de tus impresiones.

—¿No has sabido de Michelena, Esther- — preguntó Carmita.

—Lo estoy esperando, y traigo noticias para tí.

—Cuéntame enseguida, habla por favor, ¿para mi enfermo? ¿No es verdad? ¿Son favorables?, dímelo pronto, pronto, sino... no digas nada, decía Carmita con vehemencia.

—Pero no te exaltes así criatura, — dijo Esther.

—Es que hacía ya rato que la pregunta me temblaba en los labios y no me animaba a hacerla.

—Pues si, te traigo, buenas noticias; yo tampoco me animaba a dártelas de improviso; me di-

ce Michelena, que según los datos que tú le has enviado, creen tanto él como Leroux, que tu enfermo si se somete a una seria operación, curará.

—¡Dios mío! ¡bendito seas!

—Vendrá también, agregó Esther, el célebre Leroux, que está haciendo maravillas con los cegados en la guerra .

—Y todo el mundo sabe también, que el famoso oculista argentino Michelena es el mejor colaborador que tiene Leroux. Puedes estar orgullosa Esther.

—Y lo estoy, dijo ésta, para qué negarlo. En el caso de Daniello, Michelena intervendrá encantado por tratarse de Carmita; pero Leroux será el operador y suya la dirección y la responsabilidad.

—Gracias querida, dijo Carmita, ¿y no te dice cuando vendrán?, porque Raúl ha caído otra vez en la desesperanza; fué sometido a una prueba y fracasó, es lógico. Yo misma casi no esperaba nada.

—No hay que desesperar Carmita. Michelena me anuncia que han pedido permiso al Estado Mayor, para poder trasladarse al Hospital de Cognac, y cree que estarán allí a fin de semana; yo espero que Michelena vendrá a verme primero, además me ha prometido que si me encuentra sana, me llevará con él al frente y estoy ansiosa por estar a su lado, por servir para algo.

—Y así junto al sufrimiento de los otros se querrán más y mejor, — dijo Carmita.

—Las dejo un rato para que se hagan confidencias, decía Missis Ortiz. La juventud necesita expansionarse.

—Usted es siempre joven, Tííta, dijo Carmita.

—Además tengo que preparar unos paquetes para mandar al frente.

—¡Cómo trabajan todos! ¡cuánto bien han hecho ustedes!

—Mas has hecho tu Carmita, decía su tía, saliendo de la habitación.

—Espéreme un momento Señora, dijo Esther, voy a quitarme el sombrero y el saco, pues me imagino que nos pondremos a tejer como todos los días.

—Yo te acompaño, — dijo Gladys.

—No, tu acompaña a Carmita, dijo Esther saliendo con Missis Ortiz.

—Voy a poner en orden la habitación — dijo Gladys.

—Acerca a la cama la mesita de la costura, así podremos tejer mientras charlamos. Prepara también un lindo sillón para Esther y otro para tí, y hasta puedes aproximar el Canapé por si viene más tarde Tíito y hay que agrandar la rueda, sin desarrreglar nuestro cuartito.

COMENTARIOS Y CONFLICTOS

COMENTARIOS Y CONFLICTOS

Rodearon la cama de Carmita las solícitas compañeras, confortándola con sus cariñosas manifestaciones de afecto. Esther y Gladys pusiéronse a tejer; pero no le permitieron hacerlo a la enferma.

—De ninguna manera, decía Gladys, tú has venido a descansar y solo te permitiremos el derroche de la charla.

—Cuéntamos algo de tu hijo predilecto, Carmita, háblanos de Raúl, ¿si vieras que cosa más rara me pasa?... Cada vez que habla de Raúl, se me representa el otro, el que yo conocí a bordo, su padre, dijo Esther.

—También me pasaba a mi al principio, ahora, creo que ya he logrado definir la nueva personalidad.

—¿Y a cuál de los dos prefieres? — preguntó Gladys.

—Al hijo, porque es más desgraciado.

—¿Y a cuál de los dos quieres?

—Eso sí que no lo sé, he ahí el problema, dijo Carmita; Raúl cree que me quiere con amor; es tan difícil el caso!, hay veces que yo también creo quererlo; pero no puede ser.

—¿Porque no? Aquí el caso es distinto, pues no existiría el imposible, — dijo Esther.

—Pero, a tí te parece poco imposible, el que éste sea su hijo?... Ustedes no saben cómo quise yo a Daniello, él ha sido mi único amor; también él me ha querido mucho, ahí está su última carta y toda una vida de constante recordación.

Yo hice grandes esfuerzos por olvidar y también los he hecho por volver a querer; pero fué todo en vano. Y ustedes saben que he sido bien querida por otros.

—Ya lo creo, y bien perseguida, — dijo Gladys.

—Sin embargo, mi corazón se obstinó en querer aquello que no podía ser.

—Por que tú no quisiste, — dijo Gladys.

—No por mí, no por él, fué por los otros, por su hijo, por mis viejitos, por mi religión.

—Un montón de quimeras Carmita, ya lo ves, toda tu vida destrozada por los prejuicios y ahora la vida se cobra y es el propio hijo quien reclama como su padre el derecho a tu cariño.

—Pero tú quieres al hijo, ahora? — preguntó Gladys.

—Yo no lo sé mis queridas, mi corazón es un caos. Cuando quise a su padre, sí, lo supe bien; lo quiero, decía, lo quiero apesar de todo.

Ahora, yo no sé si quiero en el hijo al padre todavía, o si he olvidado al padre por el hijo... y ésto me resultaría casi una monstruosidad. Y sufro mucho mi tortura, mi horrible tortura.

—Carmita, tu misma te complicas.

—No Gladys; al principio, yo quería a Raúl enfermo, como a un niño, así empezamos a querer siempre, las mujeres, maternalmente, ¡era su hijo! ¡Cómo lo he cuidado, como lo he defendido de la desesperación! ¡Cómo he deseado atarlo nuevamente a la vida!..., día por día me he ingeniado en mi tarea, siempre pensando en él y en su padre.

—Entonces, yo diría más bien que tú siempre quieres al padre; el hijo es un reflejo, dijo Gladys.

—Después, dijo Carmita: poco a poco he visto crecer el sentimiento que sin yo quererlo he despertado en el hijo; al principio me decía: me quiere porque le cuido, porque recibe mi ternura, mi dedicación absoluta, porque le inculco la esperanza; me quiere como querría a su madre. Pero luego he ido observando la transformación de su sentimiento; él, no quería confesármelo porque estaba ciego; sin embargo, yo ya lo sabía.

Hasta que un día quiso que yo lo besara en los ojos, porque así curaría... y yo lo besé, y sentí entonces una extraña emoción... ¡era mi primer

beso, y tengo treinta y dos años! Ese beso me hizo mujer.

—Se dió cuenta él? — preguntó Gladys.

—No lo creo. Yo he tratado de distraerlo, de engañarlo; pero luego, otro día estuvo celoso y me hizo toda una escena. Y yo me sentía feliz, muy feliz, y comprendí en ese momento que yo también lo quería con amor.

—Pero si tú lo quieres no hay problema. Os casáis y se acabó, puede que luego ya no os queráis, dijo Gladys.

—Si Raúl no puede salvar sus ojos de la ceguera, creo que me casaré con él, su padre mismo quizá llegara a desearlo, pues sería un ideal de vida dentro de su gran desgracia; pero si Raúl llegara a recuperar la vista, no podría hacerlo, yo no tendría valor de ponerme delante de su padre, que tanto me ha querido y al que yo también quise, para decirle: amo a tu hijo y después, toda la vida el padre entre nosotros.

—Carmita, ésto es excesivamente cruel, tu no lo mereces, dijo Gladys.

—Si ustedes lo vieran ponerse celoso, y desesperado por saber quién es el hombre que yo quise tanto!, ¡quiere saber su nombre, para odiarlo!... y ese hombre, es su padre.

Si Raúl se salva de la ceguera, yo debo desaparecer, mi misión a su lado habrá concluído; le deja-

ré mi recuerdo y toda una vida por delante para volver a amar.

—¿Y si él es como tú, espíritu inquieto, enamorado siempre de una quimera?, — se empeñará en perseguirte.

—No Gladys, él es muy joven y olvidará, el hombre no tiene el culto de los ausentes y la vida se encargará de apresarle nuevamente.

—Pero tu, ¿qué harías entonces? — preguntó Esther con voz angustiada.

—¿Yo?... Aceptar mi destino, dijo Carmita. Y me habré alejado de la vida tomando de los hombres quizá lo mejor que ellos tienen “sus promesas”.

—Poca cosa Carmita, — dijo Gladys.

—No lo creas; tal vez se es amada verdaderamente, mientras el amado no ha llegado a ser el dueño.

—Carmita, — dijo Esther, — esas son palabras, hay quién pierde, como hay quién gana valores en la posesión; pero guardarse para ser más querida por ser más deseada es un egoísmo. Tú lo dices, pero no lo sientes.

—¿Y qué otra cosa quieres que diga o que haga si la vida me ha resultado tan complicada?

—Debes de mirar esa vida de frente con la verdad, y de acuerdo con tus sentimientos.

—¿Y acaso no lo he hecho siempre?

—No Carmita, y perdóname lo que voy a de-

cirte si te hace sufrir: yo te hice muchas veces un grave reproche, yo te he llamado suicida.

(Gesto de asombro en Carmita)

—No te entiendo, Esther.

—Si, no te asombres tanto. Suicida es aquel que se quita la vida voluntariamente y yo te he llamado a tí suicida, porque frente a la vida renunciaste al amor, creyendo en él como en Dios.

(Nuevo gesto de Carmita, queriendo interrumpirla).

—Oyeme Carmita, continuó Esther, y no es eso solo, te he llamado además cobarde (como se le llama a los suicidas), porque ese renunciamiento fué por un prejuicio.

—No Esther, eres injusta, muy injusta, no fué por un prejuicio; fué por un deber de conciencia. Y no creas tampoco que fuí cobarde, se necesita muchas veces más valor para un renunciamiento, que para muchas realizaciones.

—No estamos de acuerdo Carmita, yo creo que tenemos la obligación de defender nuestros sentimientos, hasta contra nosotros mismos.

—Sí Esther, cuando esos sentimientos no hacen mal a nadie, ¿no te acuerdas de la Hermana Rita?

—Carmita, deja a las hermanas de caridad en el convento, ellas están al margen de la vida y no pueden ni deben guiarnos.

—Eres también injusta con ellas, ¡cuántos renunciamientos generosos habrá detrás de aquellos muros!

—Sí, Carmita, los habrá, pero completamente estériles, el mal de la vida se cura en la vida misma.

—Pues, apesar de todo, las palabras con que me despidió la Hermana Rita en aquella comida del convento, han golpeado en mi corazón muchas veces: "Niñas, no olvidéis que Dios ha de pedirnos cuenta del mal que hayamos hecho a los demás, como ha de perdonarnos el que nos hagamos a nosotros mismos".

—Eso es muy místico y el misticismo mata el amor Carmita; olvida pues a la Hermana Rita y vive.

—Si Carmita, agregó Gladys, (que había escuchado la controversia de las dos amigas con mucho interés), olvídalo todo y piensa un poco en tí misma.

—Y ahora te tocará también a tí Gladys, ya que estoy en tren de decir verdades.

—Espera un momento, déjame abrir el paraguas.

—Si Gladys, yo he llamado también cobarde a tu marido que por un prejuicio y mucho menos respetable que el de Carmita ya que es un prejuicio de vanidad, no quiere aceptar el divorcio que tú le has propuesto; prefiriendo este vínculo que no se atreve a romper porque defendió en La Cámara Argentina su indisolubilidad; pero que no los une porque no se quieren.

—Tienes razón Esther, y la tenía también Carlos Olivera, el contrincante de Carranza cuando dijo: el corazón no hace contratos indisolubles", y mil veces tienes razón cuando insistes diciendo: hay que buscar la verdad por todos los caminos.

—Es quizá la única forma de no extraviarnos y de encontrar la felicidad, — dijo Esther.

—Y parodiándote diré: yo también fui cobarde porque no supe esperar al amor. Tu Carmita, me aconsejabas bien, diciéndome: espera a quererlo... ¡qué necia fui!, pero dicen que es nobleza reconocer un error y no obstinarse en vivir en él, dijo Gladys.

—Pero tu habías comenzado a quererlo en los primeros meses de tu casamiento, por lo menos eso se desprendía de tus cartas.

—No Carmita, novelaría de cambio de vida. Yo no soy una sentimental, pero soy mujer; al principio el amor de Carranza me dió la ilusión de la correspondencia, quizá pudo despertarlo, pero no supe guardarme. Empezaron sus celos y me hizo la vida insupportable a su lado.

Ustedes saben que yo estaba habituada a sentirme libre; así me educaron, así he vivido, así me quiso él; pero luego, el marido criollo con su odioso despotismo amoroso, se hizo sentir hasta la tiranía, con el pretexto "te guardo, porque eres mía, porque te quiero", y llegó hasta cometer la bajeza de seguirme. Carranza es un hombre caprichoso, en

sus gustos es muy unilateral y los míos no los tuvo en cuenta, como no fuera para fustigarlos.

—La falta de afinidades, complicada con la falta de un amor grande por tu parte, que lo hubiera allanado todo, eso era lo que yo temía, dijo Carmita.

—Yo intenté hacerme a sus gustos, a sus ideas; pero fué inútil; para él, no había nada interesante fuera de la Cámara, los Juzgados, los debates, la política... y yo nunca pude entender esas cosas.— Ah! ese divorcio! Cómo me ha fatigado y me tuve que leer todos los discursos... mi marido era el leader antidivorcista.

—Eres injusta Gladys, — yo seguí ese debate con muchísimo gusto, fué muy interesante y por ambas partes se pronunciaron notables piezas oratorias.

—Si, una maravilla los discursos de mi marido y sus compañeros defendiendo la estabilidad del hogar, la indisolubilidad del vínculo matrimonial.

—Quizá defendía tu cariño, — dijo Carmita.

—Si hubiera sido así, le perdonaría esta cadena pero nosotros, ya estábamos bien hartos del matrimonio y cuando terminó el debate, la fracción de Carranza había derrotado al doctor Olivera por dos votos; pero, Carlos Olivera había triunfado en nuestra casa; quince días después regresaba yo para siempre a la casa de mis padres.

—¿Y no intentó Carranza que volvieras nuevamente a su casa? — preguntó Esther.

—Hubo una serie de entrevistas y no se llegó a nada; imagínense, que me propuso que nuestro matrimonio fuera anulado por la Santa Sede. Esq si que me pareció una indignidad. Separada de mi marido por incompatibilidad de caracteres, o por cualquiera otra causa, sería humano y hasta lógico, no rebaja la dignidad de la mujer; pero anulada ¿tu sabes lo que quiere decir? por aquí no ha pasado nada, y los dos libres para contraer nuevas nupcias.

—Realmente, dijo Esther, yo no sé como la Iglesia Católica lo admite y lo realiza.

—Eso es, lo que se llamaba el repudio y que ha existido desde el principio del mundo, dijo Carmita.

—Y te demuestra que esas eran formas incompletas de divorcio, que habrá sido una necesidad desde el principio del mundo, dijo Esther.

—Y ahí tienes otra cobardía: la Iglesia Católica no quiere volver sobre sus pasos y corregir al Concilio de Trento admitiendo el divorcio; pero se reserva el derecho de anular el vínculo, — dijo Gladys.

—Deja a la Iglesia en paz Gladys y no la hagas responsable de tus equivocaciones; tú no quisiste esperar, dijo Carmita, y la Iglesia Católica al no querer firmarle partida de defunción al amor, se convierte por ello en su paladín.

—Pues yo creo, que haría mejor en firmar su partida de defunción, que en darle boleta de nulidad, — dijo Gladys.

—La indisolubilidad del vínculo, embellece el matrimonio, es un bello símbolo, dijo Carmita. Para la mujer creyente que ha amado mucho, poder decir: “más allá de la vida, más allá de la muerte” es algo realmente sublime.

—Pero pensando así, ¿cómo se las arreglarán los viudos católicos reincidentes?; los hay en segundas y hasta en terceras nupcias, y naturalmente se encontrarán todos reunidos en el Paraíso... ¿será “una jauja” la otra vida para los viudos católicos.

—¡Qué locuras dices, Gladys!, — no se me había ocurrido, — dijo Carmita sonriendo.

—Algo he visto al respecto, dijo Esther.— Lo dice Jesús en una de sus bellas parábolas, creo que, en la de La Viña: “Cuando resucitarán de entre los muertos, ni se casarán, ni serán dados en matrimonio, porque serán como los Angeles de los Cielos”.

—Pues entonces, dijo Gladys, si la legislación religiosa no tiene alcance hasta lo eterno, que se le dé al amor partida de defunción cuando el la reclame.

—Sin embargo, hay un antecedente que nos puede ilustrar, dijo Esther: el primer casamiento se realizó en el Paraíso y los novios ya los conocéis: “Adán y Eva”. Dios dijo después del séptimo día de la creación: “no es bueno que el hombre esté

solo, démosle una compañera, y sumergiendo a Adán en un profundo sueño, quitóle una costilla y formó de ella a la mujer". Y Adán la recibió con alegría, según dice la Sagrada Escritura.

—¡Y era en el Paraíso!, — dijo Gladys, parece que por allá también existió el matrimonio, salvo que por vieja se haya abolido la institución.

—Cállate Gladys, no digas disparates, precisamente eso era antes del pecado, dijo Carmita.

—¿Pero tu sabes Carmita, lo que quiere decir Eva?... pués: madre de todos los vivientes.

—No divagues, dijo Carmita, solo es necesario investigar los sentimientos.

—A eso mismo quería llegar yo, dijo Esther: el corazón es el que legisla.

—Lástima que el matrimonio haya quedado un poco mal parado en nuestra conversación, dijo Gladys; Carmita que lo rehuye aún estando enamorada; yo, que quiero libertarme por el divorcio; sólo nos queda Esther para hacerle un panegírico al matrimonio. Que nos cuente el milagro.

—Yo soy absolutamente feliz, — contestó Esther, y no hay milagro.

—Milagro de amor, dijo Carmita.

—Tienes razón Carmita. Nos casamos muy enamorados, y después tratamos de olvidar que lo estábamos, para hacernos buenos compañeros, que es lo difícil. Tenemos muchas afinidades: Michelena ama la música, la literatura, comprende y admira

todas las artes, comparte pues él mis gustos. Vamos siempre juntos a todas partes. Yo también comparto los suyos, basta decirles, que lo he acompañado continuamente al Hospital, cuando asistía a clínicas.

Cuantas veces venía cansado de sus tareas, de sus luchas, yo lo adivinaba; no obstante, me preguntaba, ¿adónde vamos esta noche Esther? ¿Esta noche? — decía yo — nos quedaremos en casa, me duele un poco la cabeza..., y sin embargo, estaba loca por salir.

—Abnegación, grandes dosis de abnegación. He aquí el secreto para dar la felicidad, dijo Carmita.

—Otras veces, Michelena se levantaba temprano para asistir a una operación; yo estaba loca de sueño, siempre fuí dormilona, me levantaba solo para acompañarlo hasta la puerta del Hospital y luego me volvía a casa contenta. Y así llegamos a hacer del amor un compañerismo indispensable, una amistad perfecta, y la amistad perfecta entre hombre y mujer, siempre es amor. He ahí todo.

—Habéis quemado vuestros egoísmos en la llama del amor, ese es el milagro, — dijo Carmita.

—Solo una pena guardamos: no tenemos hijos.

—He ahí también por lo único que yo siento no haberme casado, decía Carmita.

—Pues cástate, aún es tiempo, — dijo Gladys.

—¡Si yo pudiera elegir el padre!

—Pues hijita, dijo Esther; ellos no se preocu-

pan por la selección de las madres, ¿te acuerdas de Daniello! Me parece oírlo todavía: “yo no me casé por amor Carmita, me casé por deber, me casé con la madre de mi hijo”. No he olvidado nunca sus palabras y muchas veces al recordarlas he pensado ¿porqué el hombre no elige también la madre por amor, por selección espiritual?...

—Si yo hubiera tenido un hijo, — añadió Gladys, me hubiera quedado con Carranza, aún sin quererlo.

—Es que entonces lo hubieras querido, dijo Esther.

—Pero ya que se toca este tema, agregé Gladys, voy a hacerles una confesión, que ha sido el punto más doloroso de mi vía crucis. La familia de Carranza, que no me quería, no me perdonó nunca mi esterilidad; Alberto mismo parecía reprochármelo. Cuando yo me quejaba del aburrimiento que me producía estar sola en casa todo el día, sin él, sin visitas, sin paseos, me contestaba invariablemente: si tuvieras un hijo, tendrías en qué entretenerte; como si yo tuviera la culpa, y lo deseaba tanto como ellos.

Una tarde, me habían mortificado tanto aquellas odiosas tías, que hice una barbaridad, me fuí a consultar un especialista... ¿saben lo que me dijo? ... “Señora, usted es perfectamente apta para la maternidad, será...” y me volví a mi casa con una

gran desilusión, y con una gran amargura, ¡qué egoísta es el hombre!

—¿Porqué hiciste eso Gladys?, — preguntó Carmita.

—Qué quieres Carmita, yo estaba desesperada... estéril!... estéril!... estériles eran aquellas viejas que se iban de la vida sin dejar siquiera una equivocación.

—¿Y Carranza se enteró? — preguntó Esther.

—Para qué?... Sin embargo, él no tenía derecho de hacerme ningún reproche. Cuando se nos hizo la vida imposible, le propuse el divorcio y muy altivo me contestó: yo he sido el leader antidiivorcista y quedaría en ridículo si me acogiera al divorcio. Su amor propio era lo único que le interesaba salvar.

—Quién sabe Gladys, — todavía puede haber un arreglo, no serían los primeros.

—Cuando aceptó esta transacción, me probó que no me quería; un viaje a Europa con mi familia, mi vida independiente en París, y él allá guardando la indisolubilidad del vínculo matrimonial, cuestión de moral.

—¡Quién sabe todavía!, — dijo Carmita.

—Ni yo ni él lo esperamos. Menos mal que no soy ni una sentimental, ni una amorosa, porque sino, calcula los riesgos que correría.

—¿Y si contra lo que esperas amor te saliera al paso?

—Si así fuera, se los juro por mi vida vacía: me libertaría en cualquier forma y sería feliz amando, yo no tengo los prejuicios de Carmita.

—Pero eres honesta y tienes padres, contestó le ésta.

Quedaron las tres amigas un largo rato silenciosas... recuerdos, reflexiones, confidencias, todo un desfile por su imaginación; ni siquiera se habían apercibido que el sol se había marchado hacía ya tiempo.

Levantóse Gladys y prendió la luz, rompiendo así el encanto del silencio.

—Ahí está papá con Michelena, — dijo Gladys que prendía en ese momento la luz del "hall".

—Michelena... Michelena, decía Esther, corriendo a abrazar a su marido, loca de alegría.

—Adiós amigo mío, decía Carmita tendiéndole sus manos; ¡qué bueno haber venido!

—¿Y cree usted que me cuesta tanto, teniendo aquí a mi Esther?

—De todas maneras, bienvenido, — dijo Carmita.

Gladys, acerca un sillón cómodo.

—Voy en busca de mi mujer, dijo don Nicanor.

Ya rodeaban todos a la enferma y la llegada de Michelena se festejaba en todos los tonos de la alegría.

—¿Y qué me dice de mi consulta Doctor? —
¿tiene usted esperanzas?

—Como no, más aún, casi el convencimiento de su curación.

—Ojalá! y que sea así bien pronto Doctor. — Raúl estaba desesperado, tan joven, con tanta sed de vivir, con tanta curiosidad por todo lo bello, y cegar a los veintidós años ¡es horrible!

—Si Carmita, ¡es horrible! ¡pero son tantos!

—Pero que no sea él.

—Me he quedado sorprendido de la coincidencia ¡es el hijo de Raúl Daniello, su antiguo enamorado?

—Si Michelena, es su hijo.

—Gladys, manda servir la cena,—dijo don Nicánor, Michelena hace seis horas que está en viaje.

—Ya está todo pronto, dijo Missis Ortiz, pasemos todos al comedor.

—Yo también voy a levantarme en su honor, dijo Carmita, después reposaré.

—Ya sé que usted no está enferma sino fatigada y un poco débil, voy a darle unas inyecciones que la van a fortificar completamente. ¿Y no se ha desmayado?... siempre recuerdo el susto que nos dió con su famoso casamiento de a bordo.

—No Doctor, no me he desmayado más, y eso que he pasado momentos de verdadera angustia en esta campaña.

—Me lo imagino, ¡es usted tan sensible!

—¿Y cuando nos iremos, Michelena?

—Pienso quedarme uno o dos días con mi Esther, se los debo, y después marcharemos enseguida hacia el Hospital.

—Y el doctor Leroux ¿cuándo vendrá?

—Dentro de ocho días, que se le hará la operación, yo debo hacer antes un tratamiento preventivo.

—¿Y corre algún peligro el enfermo?

—El único peligro, sería el fracaso, pero no lo temo, si está en las condiciones indicadas.

—Y cree usted, que sería necesario avisárselo a su familia?

—¿Y aún no lo han hecho?

—Raúl se ha opuesto siempre; pero esta vez habrá que hacerlo de cualquier modo, pues si fracasara la operación, habrá llegado el momento de abandonar el Hospital, hay que dejar sitio a otros, así me lo dicen todos los días; pero yo he defendido la esperanza de su curación con tenacidad, convencida que volverá a ver.

—Pasemos al comedor dijo don Nicanor — y entre tanto Carmita se levantará.

—Yo te ayudaré, dijo Esther.

—No, tu aprovecha tu hora.

SACRIFICIO

El día proyectado, pusiéronse en viaje el Doctor Michelena y Carmita hacia el Hospital de Cognac. Raúl que había sido avisado, esperábalos con impaciencia.

El doctor Michelena examinó minuciosamente al enfermo y quedó muy satisfecho del examen, secundábalo el doctor Moreau, médico de Sala. "Tenga confianza amigo, le dijo Michelena al enfermo, tenga confianza, que lo curaremos.

Raúl muy emocionado dijo: todo se lo deberé a Carmita y quiero volver a ver la luz por verla a ella. Doctor, cúreme usted, que yo vea sus ojos, su cara.

—Parece que quiere usted mucho a su enfermera? — dijo el doctor Michelena.

—Con toda mi devoción y con toda mi adoración.

—Raúl, dijo Carmita, el Doctor cree que debemos avisar a tus padres, él desea que se encuentren

en la operación y habría que telegrafiarles de inmediato para que tengan tiempo de venir.

—Si Carmita, tu lo harás, aquí está mi cartera, y en el bolsillo chico encontrarás la dirección, manda un telegrama bien explicativo y diles que tenemos muchas esperanzas.

—Ahora desde mañana, se quedará usted en su cuarto y sería mejor en cama por la posición, dijo el doctor Michelena.

—Si Doctor, como usted quiera; pero que vea yo a Carmita.

—Es una obsesión, dijo ésta sonriendo y después saldremos con que no le gusto, que soy vieja, que soy fea ¡oh!, quien sabe qué desencanto le espera!

—Carmita es una flor, Carmita es una dulce y bella mujer, dijo Michelena, bien la ha presentado usted Raúl.

—Doctor, dijo Carmita, hay otros enfermos que esperan ansiosos su diagnóstico.

—Estoy a sus órdenes Carmita.

—Vamos entonces cuando usted quiera.

—Carmita, quédate tú un momento, dijo Raúl, deja que el doctor Moreau acompañe al doctor Michelena.

—Si señorita, puede quedarse usted, yo le acompañaré, dijo el aludido, que era el médico de Sala y despidiéndose salieron.

Acércate a mi Carmita, ponte bien cerca. ¡Cuatro días sin tenerte a mi lado! me han parecido un siglo! Cómo te he extrañado! Cuánto te quiero Carmita, mi Carmita... ¿Y tú?

—Yo también Raúl, te he extrañado mucho, mucho!... he pensado en tí; en todos los momentos dijo Carmita, sentándose muy cerca de Raúl y acariciándole sus manos.

Pero tú no me quieres como te quiero yo... ¿será porque estoy ciego? Pero ahora voy a curarme Carmita y estoy ansioso por mirarme en tus ojos, por ver qué hay en ellos para mí. ¿Verdad Carmita que tu me vas a querer mucho?... y presionaba sus manos amorosamente.

—Carmita lo acariciaba como a un niño. —Si Raúl, voy a quererte siempre, pero tu tendrás después a tu madrecita y quizá ya no me reclames tanto a tu lado.

—¿Vés Carmita como tú me quieres siempre como a un niño? y yo te quiero a tí como un hombre, Carmita.

—Carmita, bésame otra vez en los ojos y yo estoy seguro que veré.

—El día que vayan a operarte Raúl.

—No Carmita, quiero que sea ahora. Bésame, bésame con amor Carmita y espera el milagro.

Carmita besó largamente sus ojos.

—Tú lloras Carmita, decía Raúl, palpando sus

mejillas... tú lloras... tú me quieres... dime qué es verdad?

—Si Raúl, yo te quiero.

Y besáronse sus labios amorosamente.

París, Setiembre 25 de 1916.

Gladys queridísima: Mi destino se cumple, vuelvo otra vez a mi centro de gravedad, vuelvo al convento. Esa carta para la Hermana Rita cuyo copia te dejo me precederá algunas horas en el viaje de retorno.

—Todo está decidido, todo está preparado.

Mañana llegarán los padres de Raúl y no deben encontrarme aquí, antes me habré marchado para siempre. No intentéis detenerme ni seguirme, nada conseguiríais y sufriría terriblemente; creeme Gladys muy querida, es lo único digno que he podido hacer en esta cruel hora que estoy viviendo.

El doctor Leroux ha llegado y asegura que Raúl recuperará la vista; ¡qué alegría tan grande sentimos los dos! Y cómo deseo que así suceda. Poco importa que mis ojos lloren, con tal que los suyos puedan volver a ver.

Es necesario que tu vayas mañana a presenciar la operación, hay que tener valor Gladys, le dirás que la emoción me ha vencido, que estoy enferma y le ruego que me perdone... pero cuando esté ya fuera de todo peligro, cuando sienta la alegría de

volver a ver el sol, entonces cuéntale la triste historia de mi vida y dile que lo he querido mucho, mucho y como él quería que lo quisiera.

Raúl me olvidará, es muy joven y si yo fuera débil y me quedara, quizá su propia juventud me heriría más tarde.

A su madre dile: que la vida me puso otra vez en su camino; pero que me aparto de ella como la primera vez "nada me llevo sino mi sufrir".

A su padre, le dirás que... no, a su padre no le digas nada, él lo comprenderá todo.

Yo sé que ustedes sufrirán también con mi alejamiento y con mi resolución porque me quieren, porque son buenos y lloro la pena de ustedes tanto como la mía; pero es necesario que se tranquilicen, yo estoy segura que encontraré en el convento que me guardó de niña, como guardó también mis sueños, mis ilusiones la tranquilidad y la alegría. Mi fé de niña consolidada en el dolor, ha arraigado muy hondo y allí seré feliz.

Que tú encuentres en la vida la perdida o no encontrada felicidad, es mi más ardiente deseo. Todos, todos marchamos buscándola con loco afán en todos los derroteros como al pájaro azul de la leyenda... y como en ella quizá la llevamos en nosotros mismos.

Mi vida podría resumirse en aquellas admira-

bles palabras de Kant: "Dormía y soñé que la vida era belleza; desperté y advertí que ella es deber".

Gladys queridísima, te besa muchas veces y también a los viejos tíos.

Carmita."

